

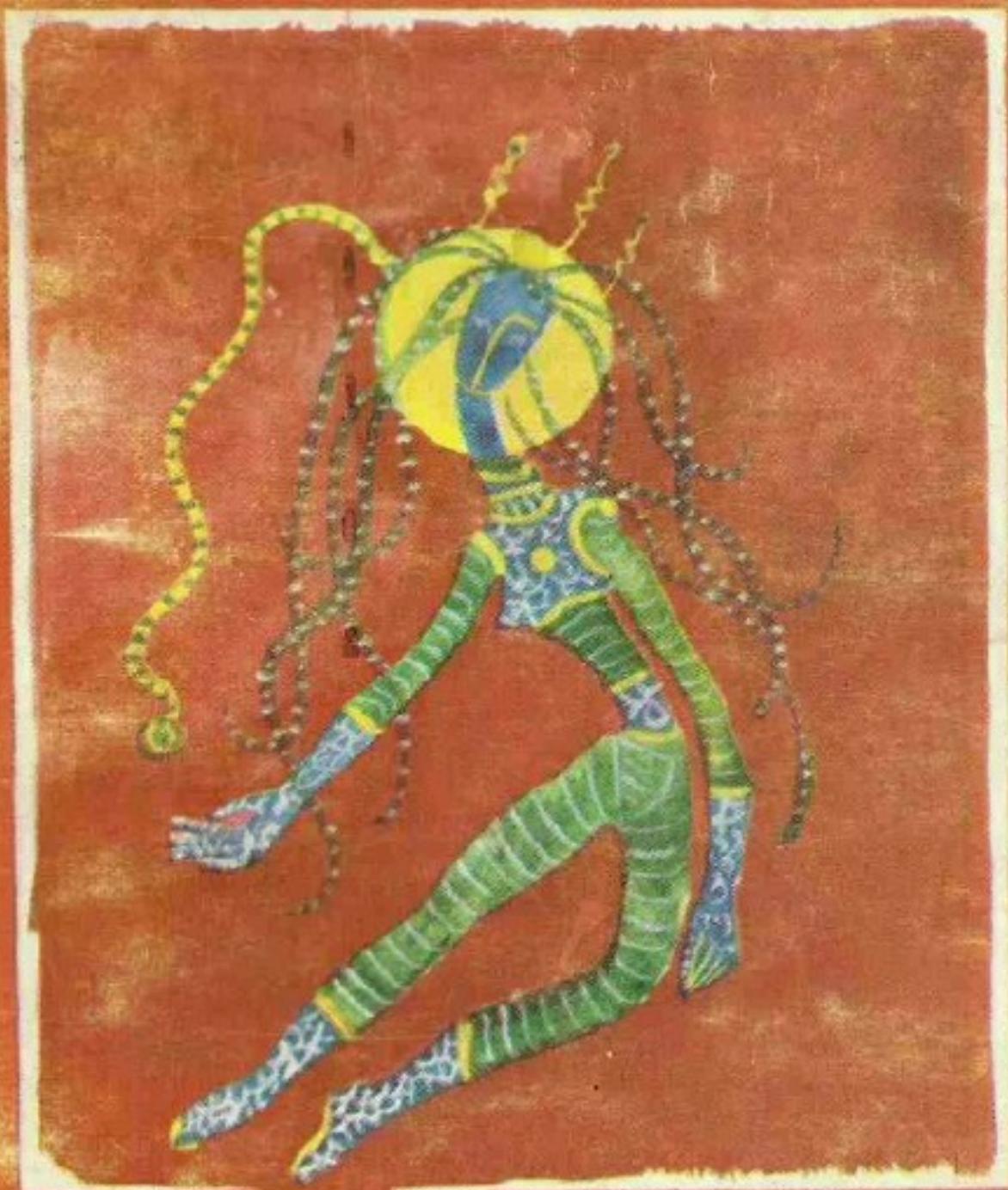
CIENCIA FICCIÓN

UN DIA DE OTRO PLANETA

Alberto Serret



68



UN DIA DE OTRO PLANETA

Alberto Serret



EDITORIAL LETRAS CUBANAS
LA HABANA, CUBA, 1986

Los temas universales del hombre: el amor, la soledad, el odio, la curiosidad insaciable del ser humano, la solidaridad entre seres de diversos mundos, soñados y recreados, son la materia esencial de este libro de relatos, pleno de desbordante fantasía, humor y aliento poético, válidos para todas las épocas y todos los mundos posibles.

COLECCIÓN: RADAR 68



Alberto Serret

UN DÍA DE OTRO PLANETA



CIENCIA-FICCIÓN

ePub r1.0
ePub2.0

Redacción / Ada Rosa Le Riverend

Cubierta / Régulo Cabrera

Foto / Lydia Vidal

Ilustración de cubierta / Chely Lima Corrección / Elvira Hernández

© Alberto Serret, 1986

© Sobre la presente edición:

Editorial Letras Cubanas, 1986

Este libro ha sido procesado en el Combinado Poligráfico «Alfredo López» del Ministerio de Cultura, terminado en el mes de diciembre de 1986, «Año del XXX Aniversario del Desembarco del Granma», Ciudad de La Habana,
011-08-07

EDITORIAL LETRAS CUBANAS
Palacio del Segundo Cabo
O'Reilly 4, esquina a Tacón
La Habana, Cuba

Editor digital: WeaR&WaZ
ePub base r2.1





—ewya_#044(27)—

EWYA es un proyecto sin ánimo de lucro, orientado a la difusión digital de obras literarias de escritores cubanos, fundamentalmente; pero también de obras literarias de autores extranjeros, publicadas por editoriales cubanas...

WeaR&WaZ®
©RiverDry 22.05.2022

¡Síguenos en redes sociales!

 t.me/p_ewya

 [@EWYAProyecto](https://twitter.com/EWYAProyecto)

 [@proyecto_ewya](https://www.instagram.com/proyecto_ewya)

 [@EWYA_Project](https://www.facebook.com/EWYA_Project)

A mi hermano Ernesto

Estamos acostumbrados a sostener un punto de vista antifilosófico, burdo y estrecho, sobre la vida como resultado de un juego fortuito de fuerzas tan sólo terrestres...

A. L. Chizhevski

A la llama de la Inteligencia
nunca le soplé
encima.
Al entusiasmo, dios
ardiente de los pechos,
nunca lo enfrié.
Y a la belleza
que es la verdad de las formas,
nunca la ofendí.
Yo soy puro, soy puro.

(Del Libro de los Muertos;
Egipto, 1500 a.n.e.)

La espiga de oro gris

I

La mujer puso una mano sobre la almohada como era su costumbre, dejó caer en ella la cabeza, y fue quedándose dormida con rara laxitud.

Y lo primero que vio entre los torbellinos de alas y espuma del sueño fue a un niño que iba corriendo despacio por una avenida bordeada de majaguas otoñales. Y supo que siempre, cuando ya la tarde empezaba a diluirse en tintas amarillas, el niño seguía el curso de aquella calle camino a su casa, con una maletica llena de prendas escolares al hombro, y las manos sucias de tiza y carboncillo.

Después saltaba un muro semiderruido y se metía en un callejón angosto, donde el musgo prosperaba formando montoncitos verdinegros en los intersticios del adoquinado. Allí se sentía protegido, como en el útero materno, y esa sensación de prístina dulcedumbre le llegaba a la mujer igual que una onda tibia por encima de su sueño. Allí era como si jamás hubieran existido los relojes, y el espacio se regocijara de su propio confinamiento, lo mismo que un globo que se hincha y se hincha interminablemente y no acaba de estallar.

La mujer tuvo esa revelación, y enseguida vio que el niño se ponía a raspar algún signo o alguna frase primitiva en el repello de

una pared colindante, veteadas por las fisuras y los brotes del helecho. Sus manos se deslizaban hábiles, profundizando, hurgando con una piedra puntiaguda y las yemas de los dedos en el antiguo escayolado. Hasta que, de pronto, se dieron a la tarea de raspar febrilmente entre las manchas de óxido alargadas.

Un instante de polvo y arena o cal muerta (quizá en un lapso de neblina onírica en que ella no pudo precisar los contornos) y bajo la capa que se deshacía con facilidad sobresalió un objeto que el niño terminó por arrancar al fondo de ladrillos desgastados. Su forma era de varilla o espiga, y uno de sus extremos estaba cubierto de semillitas oblongas, adheridas al tallo por pelos imperceptibles.

«Parece de oro gris», se dijo la mujer desde la noche de su cuarto, viendo cómo, en la noche del cuarto del niño, aquel objeto empezaba a resplandecer. Los minúsculos aditamentos vibraban hasta volverse de un rojo incandescente, y todo el tallo finísimo se ponía a oscilar, azotado por un fluido suave. Cuando el pequeño poseedor dejaba de empuñarlo o de jugar con él entre las sábanas, aquella animación languidecía en la penumbra.

Después el niño se quedó dormido con la espiga de oro gris bajo la almohada, y la mujer tuvo, a través de él, una serie de sueños inquietantes y completamente ajenos al mundo infantil...

II

La mujer se despertó extenuada, como alguien que ha trabajado mucho, pero con una rara laxitud en algún punto crucial de su interior.

Seguramente había estado soñando toda la noche, aunque no se acordaba de nada, las ideas bullían con nuevos bríos bajo la tapa sudorosa de la frente; sus manos frotaban el jabón contra la piel o alisaban los pliegues del sobrecama con una energía de reciente adquisición.

«Qué sueños habré tenido», se preguntaba mientras iba rumbo al cuarto del hijo, como mareada; «debe haber sido algo bello, debe

haber sido algo extraordinario, algo único.» Y tocaba los muebles y objetos que hallaba a su paso, y cada contacto le transmitía sensaciones indecibles.

«He aquí un jarrón de cerámica», decía con voz queda, y los dedos hurgaban en la purísima superficie desentrañando su misterio: «los hombres hacen girar la noria, amasan la pasta arcillosa con los pies, que se hunden una y mil veces entumecidos; luego, el torno, y palillos que van laminando y moldeando el material, prestándole forma transitoria», o «he aquí una copa de vidrio, el fuelle sobre la fragua, la arena fundiéndose y la boca del hombre que sopla, sopla, abriendo brecha en la roja transparencia. O «he aquí el recuerdo de mi hijo»...

Acarició la cama estrecha del hijo inexistente. Apenas unos meses antes lo veía lavarse la cara y vestirse con su uniforme y la pañoleta de pionero, todos los días a esa misma hora, y después tomar el camino de la escuela. «Está muy chiquito todavía para dejarlo ir solo», comentó su abuela en una ocasión. Y ella le había contestado, tajante: «Que aprenda a valerse desde temprano.» No le gustaba que los demás se entrometieran en sus métodos de crianza, y siempre trató de evitarlo sin llevarles la contraria o promover disgustos inútiles. Luego fue el golpe: el muchacho desapareció sin dejar rastro una tarde, a su regreso de la escuela. Se le buscó por todas partes, pero nada, ni siquiera el cadáver. Y ella no lo lloró, no lo lloró ni entonces ni después. Apenas lo sentía, y esa reacción suya la trastornaba un poco. ¿Sería un ser despiadado, sin capacidad de amor o compasión verdaderos? Pero no se trataba de eso. «La muerte es una cosa», le había dicho al padre del niño cuando él le hizo reproches, «y esto es otra.» «¿Esto? ¿Qué quieres decir con esa palabra: esto? «Quiero decir que mi hijo vive, lo sé.» «¿Vive?, ¿pero dónde?» «No puedo explicarte; quizá... aquí», y ella se había señalado el pecho, sobre la zona del corazón; «y aquí», y ella se había señalado la sien, uno de las dos sienes coloreadas con venas azules en un bordado de artífice mayor.

Ahora necesitaba sentirlo trastear entre sus camiones de fantasía y sus cohetes atómicos que no amenazaban la seguridad de nadie. Ahora necesitaba respirar el aire de aquella habitación que seguía siendo la de entonces, un afiche con la efigie del Che, y otro enfrente con una vista aérea del Vedado, en primer plano el letrero Habana Libre. Ahora debía tocar este tomo con la familia Mumín, aquel otro con un pequeño príncipe o el cochero azul de Dora Alonso; ahora este trombón que no suena, esta flauta de lata herrumbrosa, esta... ¿Qué podía ser aquello? (Su hijo recogía toda la basura que se encontraba tirada por ahí.) ¿Tal vez una herramienta desconocida? ¿Un aditamento de equipo electrónico, con esas bolitas tan raras y esos pelos casi invisibles...? Lo sacó del escondite tras las latas de galleticas con ruedas de goma, y lo sostuvo un instante ante sus ojos extrañados. Se acercó a la claridad que entraba por el enrejado de una ventana, para apreciar mejor.

«Parece de oro gris», se dijo, analítica, «una espiga de oro gris.» Y enseguida el objeto empezó a resplandecer, y los minúsculos aditamentos vibraron hasta ponerse de un rojo incandescente. Todo el tallo finísimo oscilaba, azotado por un fluido suave.

En la semipenumbra, sobre la cama estrecha ahora destendida detrás de la mujer, los ojos del hijo se abrieron, vidriosos, como despertando de un sueño de siglos.

Daína

Hoy hace diez años. Diez años y los recuerdos siguen ahí, grabados a cincel sobre una piedra frágil que siempre parece que fuera a romperse, pero no. Y nada desmiente a las imágenes que pasan una cuchilla por delante de mis ojos, o que me dicen al oído: «Era mentira, Pedro; sólo un subterfugio de las formas, una ráfaga devorando su fragmento de vida en tu interior; o tal vez un cuentecito de hadas más, el cofre de las metáforas que se abrió por un instante; poesía, simple poesía.» ¿Eras tú la poesía?

(—Si algún día tengo una hija, le voy a poner tu nombre.)

Pero ahora mi hija se llama Ana, y en estos momentos está armando un rompecabezas enorme, y me pide que la ayude con unas piezas que no acaban de encontrar el sitio preciso. Y puedo ver sus labios abultados como los tuyos, de niña; y su nariz ligeramente curva como la tuya, y su barbilla redondeada, y... Es como si tú me hubieras hecho esta hija.

(—Si algún día me caso, tiene que ser con una mujer que se parezca a ti.)

Pero mi mujer no tiene huesos por todas partes, aristas que se clavan, elementos superfluos que sobrenadan cuando hace el amor. Mi mujer es tibia y muelle, su campo magnético no transgrede los

límites de lo humano, su corazón late a ritmo normal; y si uno la aprieta contra sí, se funde como fuego y no como agua, se queda como entraña y no como turgencia que a veces se deshace. Todo en ella te ignora, todo en ella calla tu antigüedad extraterrena.

Mi oficina.

Dos arquitectas y yo trabajamos en un proyecto de cine prefabricado. La más joven está diciendo que no, que así no. La otra bosteza de cansancio, y decidimos darnos tregua para ir a la cafetería de la esquina.

Echo a andar entre ellas, que chacharean incontenibles sobre lo de aquí y lo de más allá. Entramos por la boca de un pasadizo cerrado donde los ruidos de carros y el chorro de voces con infinidad de timbres rueda en sordina. (Sumerjo el rostro en agua fresca. El agua de un cubo que he tenido que acarrear cerca de cincuenta metros hasta la casa-albergue, mientras los demás descargan del camión los equipos de topografía: niveles, teodolitos, barras, jalones como lanzas blanquirrojas...

Metó las manos en el líquido nervioso, y siento que se me escurre por entre los pelos incipientes del pecho y la barba para arrancarles el polvo. Ese mismo polvo que se encabrita y flota ahí junto a la sabana, por sobre los caminos que el ceremil de reses va raspando con sus pezuñas antes de entrar al corral. Porque pronto anochecerá, y los vaqueros se apresuran con sus jooo jooo amortiguados bajo el tropel y la bulla de los perros.

Vuelvo a hundir las manos y el líquido corre, se me escapa en hilillos que apenas rozan los dedos...

A orillas del río crecen unas plantas de muy raro aspecto, al menos para mí que las desconocía. En la zona les llaman «marcianitas». Sus tallos delgados y reptantes van formando marañas verdosas, y sobre ellos se acuesta la tarde, mortecina. De pronto, tú, completamente desnuda; los pies apoyados en ese pasto singular.

Retrocedo.

—Me llamo Daína.)

Las arquitectas se están comiendo su bocadito de queso con una voracidad digna de mejor causa, mientras yo...

(Soy de Acuario. Para nosotros es el Gorgona Uno, pero ustedes tienen otro sistema de señalización.) Mi mujer canta junto a la ventana del comedor y zurce un tapete que era de la abuela; algo delicado, una labor de artífice para que no se le note el parche. (En mi planeta, la luz nunca sobrepasa la intensidad de un anochecer, y la demasiada claridad nos hace daño; por eso, cuando visitamos la Tierra, permanecemos casi todo el día dentro del agua dulce, en los ríos y lagos...

—¿Y vienen mucho por acá?

Uh, muchísimo. A cada rato enviamos a alguien de exploración, o para confirmar datos específicos. Claro, que siempre es en una época diferente y en un espacio diferente de la historia de tu planeta. La distancia, ¿sabes?) Mi hermano Víctor fuma como una chimenea frente al televisor; estamos cansados de pedirle que deje el vicio, y él invariablemente lo deja, cada dos o tres días deja el vicio, cada vez que se lo pedimos él deja el vicio. Ahora está fumando como una chimenea frente al televisor. (Me pareciste tan bello, tan inofensivo, que decidí entablar comunicación contigo, pasando por encima de las normas... Terrícola, terrícola, terrícola.

—¿Qué?

Nada; me gusta pronunciar esa palabra: «terrícola». ¿Te desagradaba que te digan así?

—No, no, qué va. Pero prefiero que me llames por mi nombre; cuando lo dices, es como si llevara música adentro. ¿De qué forma lo consigues?

Fácil. Para nosotros, los de Acuario, las ideas tienen cuerpo y vida propios. De tanto haberse desarrollado el cerebro, fue estableciendo un puente con el campo en que rigen las ideas, que

es otra dimensión del espacio y el tiempo, ¿comprendes? Eso, a medida que avanzaban los siglos. Entonces, el cerebro lo único que tiene que hacer es cazarlas, o cogerlas de su lugar, como te sea más cómodo; y después, transmitir las de nuevo con la estructura que se desee. Tu nombre lo hago igual que una cajita con cascabeles adentro. ¿Comprendes? Cuando digo «Pedro», te regalo eso: una cajita de música.)

Mi mujer se echa la cartera al hombro y me da un beso suave sobre la oreja; advierte que va a estar toda la mañana en el estadium y viene sólo de correcorre al mediodía, que yo le tenga preparado algo de comer; hoy me toca ir a buscar la niña al colegio; mira que las competencias están al doblar de la esquina como aquel que dice, y ella se siente floja todavía, debe apretar en firme... (No intervenimos para nada en la evolución de los terrícolas. Es una ley universal. Lo contrario podría ser desastroso... Por supuesto que tuvimos una prehistoria con guerras y crímenes en masa, revoluciones, grandes cambios sociales, catástrofes naturales... y otras no tan naturales...)

Ya Víctor me cogió la delantera con el baño; ahora a morirse esperando que salga; oye, te van a botar del trabajo por esas escapaditas. Qué carajo hará tanto rato ahí dentro, con lo viejo que está.

Abandono la cabeza en mi almohada (y me acaricia la espuma que corre a lo largo de las márgenes, cubiertas por un limo grisoso. Aquí las *chinas pelonas* son rotundas y lisas, como carapachos de puro nácar, que a uno le entran ganas de ir caminando eternamente sobre ellas. Mis pies descalzos... ¿Quieres pasear por el lecho del río? ¿Cómo dijiste? Ven conmigo... Sus manos se extienden hacia mí, atrapan mis codos primero y después se deslizan por mis brazos hasta cerrarse como pequeños fardos centelleantes contra estos dedos que sudan silencios, o un engaño de siglos. Pero me voy ahogar. No, no te vas a ahogar... No me ahogo. El agua sube y mis

piernas profundizan en la undosa negrura. De pronto, Daína toda se enciende, lo mismo que una lámpara de flúor, y el camino va abriendo en cascada. Peces zigzagueantes me rozan el aliento. Seres que transitan a rienda suelta por el fangoso cristal. Plantas menudas que se aferran a la arenisca, flores imprevisibles de color escarlata. El cabello negro de Daína se esparce en todas direcciones y el mío, rubio, se estrella en largos flagelos contra mis párpados. Ella, entonces, acaricia esas hilachas ondulantes mientras avanzamos, y me dice que es muy hermoso.) Pero ya están apareciendo entradas en mi frente. Enciendo la lámpara de noche, una lámpara vulgar con bombillo de cuarenta bujías. Miro mi cabeza en el espejo de la cómoda. Sí, dentro de algunos años será como una bola de billar, y la gente podrá usarme como punto de referencia: «mire, allí, por donde viene aquel calvo»... Ahora mastico un somnífero; me gusta este amargor que anestesia la lengua, la garganta, los sentidos. Realmente no puedo quejarme de la vida por el hecho de que me esté quedando calvo. Además... en la penumbra del cuarto (Daína ejecuta una especie de danza ventral, atraviesa ágilmente el trecho que la separa de mí, por entre las lajas del fondo, que son cada vez más nítidas a medida que nos acercamos a la orilla. Estoy chorreando agua. Si mis compañeros de aula me vieran así, con ropa y chorreando agua, pensarían que estoy loco. Tú y tus ensoñaciones, me digo. Daína avanza por el ocaso; sus muslos delgadísimos, como tallos de «marcianita», se desintegran sobre la hojarasca. Yo voy tras ella, dando traspiés.) Y no puedo conciliar el maldito sueño.

—Pedro...

—Dime.

—Hace días que te veo muy distraído.

—Estoy envuelto en llamas con lo del cine prefabricado. Además, pienso en el argumento de un cuento que quiero escribir.

—Eh, ¿te vas a meter a escritor?

—Nada de eso. Pero se me ocurrió una idea; y a lo mejor sale algo. Aunque sea por no quedarme frustrado.

—¿Qué idea es?

—Algo de ciencia-ficción, a lo Ray Bradbury: una muchacha de otro planeta que se le aparece a un joven estudiante en docencia-producción.

—¿Y...?

—Nada, se le aparece y le habla de su mundo.

—¿Y se enamoran?

—Todavía no sé.

—Bueno, si lo escribes, haz que se enamoren. Las historias donde el amor no está por ninguna parte son muy aburridas... Y hablando de historias, qué me dices de Víctor y la última mujer esa que tiene.

—Deja a Víctor tranquilo, él sabrá lo que hace.

—No, si a mí no me importa nada, allá él con lo suyo. El problema es que después tu mamá quiere echarnos la responsabilidad; que si no lo vigilamos lo suficiente, que si no le damos consejos...

—Está bien, déjame pensar.

—Ya bastante tengo yo con mi entrenador, y contigo, y con la niña que cada día está más dominante. En fin, para qué voy a hablar, si es como si vivieras en otra galaxia...

—Daína.

—¿Qué tú dices?

—Daína. Ese va a ser el nombre de mi personaje.

(Allá el amor dura lo que aquí duran las mariposas: veinticuatro horas. Ni un minuto más ni un minuto menos. Necesitamos independencia para vivir con intensidad; por eso el amor no puede prolongarse lo que en la Tierra. Pero no creas, son veinticuatro horas que equivalen a centurias. En veinticuatro horas nuestro amor nace, se ramifica, prolifera y muere. Como las mariposas. Mira,

como aquella amarilla, como aquella de colores neutros. Un amor demasiado largo es atávico, no puede considerársele nada desarrollado. A medida que los seres se van especializando, los procesos se hacen más breves y agradables y exactos y ricos en matices, millonarios en matices. Un minuto de tu existencia es mucho más precioso que tres años del cromagnon, así como el amor de ustedes es tan bello como el nuestro, sólo que pertenecen a distintas etapas del proceso. ¿Te extraña? No es malo, ni bueno. Es así. Las cosas no son malas ni buenas. Son así. Unas hacen daño, otras provocan bienestar. Para mí ya casi todo provoca bienestar; entro al agua y salgo del agua con placer, duermo y no duermo con placer. Veo con placer tus ojos tan azules, tu boca y tu rostro complejo, antiquísimo. Te desnudo con la vista. Sí. Espera un momento... Qué piel tan suave. Ahí junto al ombligo tienes un lunar casi redondo. Tus órganos sexuales son pequeños y amables al tacto. Naturalmente que los toco. Me da tanto bienestar... Antes de ingresar a mi mundo te voy a hacer un regalo.)

(Las vacas salen del corral.

Amanece.

Entran al corral, y el sol se oculta entre las palmas, más allá del mar que se extiende por el frente, a lo lejos.

A través del polvo que levantan las pezuñas, el rostro de la noche, insinuándose.

Qué imponente espectáculo de vaqueros y reses y perros ladrones. De pinares clavando eróticos puntales verdes en un vientre de nubes rosadas.

Las vacas salen del corral y vuelve a amanecer.

Luego, la luz declina, en ciclo irreversible, en ciclo de sol a sol, de milenio en milenio, de nebulosa en nebulosa.

Yo tomo apuntes en mi libreta de topografía. Escribo un nombre al margen de las cotas amarradas al papel por un creyón precario. Me doy tragos de luz apresurada.

Entran las vacas al corral, urgidas por los perros, dulcemente urgidas por los perros.)

Mi mujer es muelle. Y siempre ha practicado deportes, pero es muelle y tibia. Los ejercicios delinearón con fruición de artesano unos músculos que ceden a las presiones y tensan la piel, como de cebada hirviente. Así la poseo, o ella me posee a mí, entre almohadas y sábanas revueltas, con olor a leche de hembra en celo. Mi mujer es muelle, es grávida, es ligera, y vuela hábilmente sobre mí, pasa bajo mi cuerpo como por un arco de triunfo. Salta, se difumina (Dije que iba a hacerte un regalo, y mañana se le cumple el plazo a la misión que me encomendaron). Mi mujer es blanda y húmeda y yo la amo con violencia, la poseo y ella me posee con violencia, nos entregamos el uno al otro con violencia (Contigo es como estar flotando en una gota de agua que flota a su vez sobre los árboles del monte) Mi mujer y yo nos amamos terrenalmente (Daína que me envuelve en su campo biomagnético, sustrae la camisa, el pantalón de trabajo. Todas las tardes, cuando llego al río, después de kilómetros con el nivel o los jalones al hombro, lo primero que hago es quitarme los zapatos. Entonces ya estoy descalzo. Las «marcianitas», esas plantas de enigmática sensibilidad, acogen mis pies y los pies de Daína. Acogen mis piernas y las rodillas de Daína. Acogen mi espalda, y las manos de Daína que se apoyan a ambos lados de mi cuello. Brazos que se despliegan hacia atrás, por sobre las cabezas. Muslos que se abren. El cabello de ella, distendiéndose, rompiendo el ancho bosque verde) Mi mujer que me ama, y yo que la amo. Terrenalmente nos amamos desde hace diez años...

Diez años que caben en el hueco de una mano. Diez años como un cofre de música donde se guardan las palabras. Y nada desmiente

las imágenes que pasan una cuchilla por delante de mis ojos, o que me dicen al oído: «Era mentira, Pedro, era mentira...»

El ojo del amo

Hay humedad y herrumbre en la sala, sobre los mosaicos blancos y morados donde la mujer deja a su hijo de cuatro años entre un reguero de juguetes.

—Y procura no tocar los adornos de la mesita, porque te llevo otra vez para el corral, ¿está claro, Arielito? —Respira fuerte, aplastándose el plisado de la saya contra una barriga incipiente—. A ver si puedo tener un momento de tranquilidad.

El niño se incorpora y empieza a caminar ágilmente, sorteando carros de bomberos, una bolsa de playa cubierta de parches, un velocípedo al que le faltan las llantas de atrás, trenes rotos... Mientras ella sale en dirección a la cocina y regresa con una toalla mojada, que ahora le pasa por el cuerpecito sudoroso.

—Mira esto, no hace dos horas que te di un baño y ya estás hecho una bola de churre; tierra de los pies a la cabeza, ¿te parece bonito? Mamá trabajando como una mula, y tú, revolcándote como un puerco.

Ahora le deja un beso frugal en la mejilla, y se acomoda el cabello que cae en chorrera. Levanta la barbilla con aire de mujer que se sabe hermosa todavía, pero en la marea gris de sus ojos hay un acento de amargura.

Ahora el niño empieza a armar la línea del trencito con evidente aburrimiento y ademanes que repiten un ritual cotidiano. Ahora que su madre se aleja arrastrando las chinelas de goma, su madre dulce y espinosa a la vez, su madre bella y medio apolillada, regañona

que siempre le canta «Ladrillo está en la cárcel, el barrio lo extraña...» mientras lo mece para dormirlo en el balance de la sala y acuna su frente bajo el codo misterioso. Misterioso, sí, porque a través de sus aristas se puede ver el espaldar de pajilla con toda una carga de paisajes recientes, y la pared descascarada.

Ahora se queda expectante y va despacito hasta la esquina donde se alza, como hongo gigantesco, una lámpara de falso *art nouveau*. Por la más visible de sus hendeduras asoman las antenas de algún insecto, una cucaracha quizá. Antenas sigilosas que auscultan la profundidad del espacio.

Mientras espera con paciencia a que el bicho se decida a salir, Arielito medita acerca de las antenas. Primero las del televisor, después las del radio portátil y por último las del toyota de papi. El mundo está repleto de antenas, y un destello violáceo cruza de una a otra, circunvalando el planeta a su alrededor. Los dedos son como antenas, piensa parando el anular. Su propio pipí es como una antena, piensa, tirando despiadadamente de él.

Ahora el insecto está afuera del todo y Arielito lo atrapa y lo encierra en un pomo ambarino. Aprieta firme la tapa y se dedica a contemplar al animalito, que hace esfuerzos de pantera por subir aquellas paredes de mágica transparencia.

Desde el comedor llega la voz de Radio Progreso, atragantándose con música de sintetizador y vocablos incomprensibles. Una voz que se funde con los ruidos que vienen de la calle: carros que frenan o pasan de largo hacia el coro de gorriones, un hombre que vocea, perros ladrando, cohetes atómicos que estallan allá, en la atmósfera. Pasta infernal sobre los tímpanos del niño, que pretende percibir los gritos de auxilio que debe estar dando la cucaracha, patas arriba, en un acceso de terror.

Ahora llaman a la puerta. Aunque más bien se trata de un arañar insistente, una especie de chasquido fino y prolongado. Ahora que la madre está diciéndole a una vecina, apoyada en la ventana del fondo, que la confitura de toronja es demasiado amarga y que prefiere los cascos en almíbar. Y el niño corre hasta la hoja

hermética y se pega a ella tratando de identificar los sonidos, olvidado de su prisionero. Y otra vez el rumor áspero que se interrumpe o se repite, mientras Arielito no consigue destrabar el cerrojo.

Por fin, la hoja de madera cede, reblandecida y ondulante como si fuera de papiro mojado, y una bola de carne membranosa comienza a introducirse en el apartamento, ante los ojos azorados del niño. Un animal que no es ninguno del zoológico ni de las láminas que él conoce. No león, no ciempiés, no vaca. Tampoco una cucaracha, ni siquiera una cucaracha gigantesca. Simplemente un bicho que Arielito no consigue clasificar. Un ser monstruoso. Tímido y lento, con muchas patas cuajadas de tentáculos minúsculos semejantes a su pipí, un poco arrugados o tristes; con antenas en la cúspide, antenas de verdad, vivas, latentes; con tetas como las de mamá, guindándole en el vientre.

Ahora puede bojearlo, medirlo con la vista, preguntarse el porqué de aquella cabezota que empieza a oscilar graciosísima, mirando norte sur este y oeste de la sala, como estudiando las cortinas de estampado chillón y el lustre azuloso de los búcaros sin flores. Ahora palpa cauteloso las fauces blanquirrojas que se abren en un bostezo, la lengua vacilante parecida a una lombriz de tierra. Lo ve avanzar hacia él y retrocede. El bicho avanza, pero Arielito ni se asusta un poquito, ni se echa a llorar estúpidamente; sólo llama a su madre y retrocede, y vuelve a llamar a su madre y retrocede.

Un bolero sin tregua se desgañita en el comedor «si en algo te engañé, perdón, si no te comprendí, perdón, perdóname mi vidaaaa...», y ahora se le añade la voz dulceácida y desproporcionada de la mujer:

—¿Qué tú quieres ahora, Arielito? ¿Eh? ¿Es que no me vas a dejar en paz ni un minuto? El santodía llamándome: «mami, mami, mami...» Estáte quieto ahí hasta que llegue tu papá —entonces, un estruendo de loza que choca contra el piso, y un lamento— ¡Ahora sí que la hicimos...! —y un alarido salvaje—. ¡Todo por estar

atendiéndote! ¡Mejor ni te aparezcas por aquí si no quieres que te reviente!

El visitante sigue avanzando hacia el lugar donde yacen los juguetes. Por las comisuras le sobresalen dos colmillos hirsutos. Sus innumerables patas se estremecen y le permiten derrumbarse con súbita somnolencia. Únicamente una de ellas se alarga hasta el niño y lo obliga a enrolarse en una ronroneante escaramuza. Los dos se dicen frases entrecortadas, hasta que Arielito sube al lomo del animal y lo espolea, chasqueando la lengua: «ale, ale...»

Cristales que entrechocan y se deslizan arrastrados por la escoba y el recogedor. Un aullido rabioso que apaga el repiqueteo de cascabeles dentro de la panza del ser:

—¡Y para colmo, me clavo una astilla!

Ahora Arielito desata el nudo que lo envolvía y empuja con los pies a su huésped, que apenas se contrae. Ahora tira de él por las antenas, lo golpea en las tetas, le dice que se vaya porque eres feo, más que feo. Oye a la madre masticar las mismas quejas del día anterior, la presiente desgarrando el cuello del bolearista, que se ahoga con la última frase; la ve meterse los dedos en la nariz como ella dice que no debe hacerse.

¡Zape, zape!, le ordena al animal extraño, que ahora saca la lengua relamiéndose de gusto porque seguramente ha visto comida y anda, como quien va gateando, rumbo a Arielito, y lo aturde con su aliento de tripas en descomposición y lo quita de en medio para lanzarse, goloso, contra el pomo ambarino con su cucaracha agonizante, que él saca con cuidado agarrándola por las antenas con sus propias antenas contráctiles. Ahora se la coloca en la oquedad entre los labios y traga, traga una y otra vez, mientras Arielito empieza a berrear y a pegarle, furioso por el robo de que ha sido objeto; mientras la puerta del apartamento se reblandece de nuevo y ondula como una lámina de papiro mojado; mientras la madre grita qué carajo pasó ahora, y se abalanza sobre el niño con una chinela de goma en la mano.

Nave

Las compuertas se acaban de cerrar y el corazón del hombre despega suavemente.

Bajo los párpados, la intermitencia de los focos anaranjados se concentra en círculos que se dilatan como esfínteres luminosos.

Por la pantalla derecha empieza a dibujarse la blanda trayectoria; por la izquierda se ve el espacio minucioso, con cinturones de plata mortecina y guijarros pestañeantes.

—Un año-luz, doz años-luz... tres... Y el zumbido como un sembrado de acupuntura en torno a las sienes. Allá lejos, la Tierra; allá lejos el objetivo de una misión extraterrestre, inasible tras la pared de vacío.

El jadeo propio. Voces amigas que atraviesan eternidades para llegar al hombre:

—Esteban... Esteban, contesta. ¿Te sientes bien? Los controles están en perfecto estado. Sin embargo, tu pulso disminuye rápidamente, no nos explicamos por qué... ¿Puedes oírme?

Pongo las manos en un pie del cadáver y noto que se anima, la sangre vuelve a fluir, primero con cautela, después con violencia inusitada; sus dedos se crispan, palpitan; y el cadáver se descuelga a sí mismo, aferrándose al nudo de la sogá para descorrerlo. Todo su organismo se desplaza por un camino de grava blanquecina.

Suena la piedrecilla superficial; un crujido leve de rozamientos internos, de partículas y cosas vivas que se muelen abajo.

—Te oigo, aunque muy mal. Estoy... aturdido.

—¿Y eso? No hay motivo ninguno —dice la voz que viene de la Tierra.

—Algo raro está pasando.

—Espera, que vamos a revisar otra vez, por si hay un desajuste en los biostatos...

Una lluvia de oro líquido se cierne sobre los astros invisibles. Adentro de la nave todo parece transcurrir mucho más rápidamente que de costumbre, como si un pozo estuviera tragándose las horas, los minutos...

«Tengo la sensación de estar muerto», piensa el hombre; «¿lo estaré acaso? Nunca se sabe.»

Palpa sus brazos, enfundados en la fina piel sintética; palpa la barba recién afeitada, que pugna por asomarse al mentón a temperatura estándar. Incluso, va hasta la cabina donde el espejo, de nitidez argentina, le devuelve una figura bien dispuesta sobre sus pies. El rostro grave, con ojos de miel asustadiza.

A ambos lados, el romerillo florece y la hierba es trigueña, alta. Pero la línea recta se esfuma ante el resucitado. Perros acuden en jauría, perros jíbaros; bajan desde la falda de los montes arrastrando entre sus patas, restos fósiles de arbustos espinosos. Sangran. En uno de ellos, angosto como un galgo y de hocico hombruno, viene montado un güije que empuña una vara de cáñamo y pega con ella. En sus piernas rechonchas estallan prematuras várices.

—Dónde estoy, dónde...

—Escúchame, Esteban, no puedes desesperarte. Hemos perdido el contacto con tu cuerpo; sólo percibimos tu voz. La nave cayó en un agujero que no teníamos registrado; aún no hemos determinado su naturaleza. ¿Cómo te sientes tú ahora?

—Veo... cosas...

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

—Animales... seres desconocidos...

—Es efecto del golpe. Orientaciones precisas: tomar dos capsulas de bornina al 8% y esperar pacientemente en la Cabina del Sueño. ¿Me copias?

—No podré.

—¿Qué dices?

—Nada.

—No olvides que tienes una labor que cumplir. La seguridad de un planeta hermano depende de que llegues sano y salvo en el tiempo preciso. Nosotros haremos lo que esté a nuestro alcance por sacarte del apuro. Ahora...

Ahora duerme, sédate con bornina y sucumbe al sopor de una nieve lánguida que caerá sobre tus hombros interminablemente. Y no olvides tu mundo, tu país, tu casa. Tu aspecto de homosapiens. Tu mirada donde se sumerge el pardo paisaje de siempre, con la cabaña de troncos y adentro el fogón humeante, tu mujer tejiendo junto a la estufa; afuera una llovizna imperceptible, sugerente de musgos y cráteres donde fabrican las hormigas; adentro también los niños, el perro fraternal tumbado entre los juguetes, afuera también un aquelarre de brujas preparando su tisana allá, detrás de los manglares embetunados, cerca de lindes pantanosas...

El cadáver se abraza al güije y la criatura ancestral desaparece. El cadáver sigue andando y yo voy, jadeante, tras sus huellas. Lo llamo por su nombre, que conozco desde siempre. Corro tocándole los talones, encañado de un sol que me da en plena cara. El camino se vuelve cada vez más siniestro, y algunos totíes espantan el lomo,

abriéndose en abanico a través del ramaje. Es goteante la luz, es demasiada.

—Eh, tú, qué estás hablando ahí solo. Lo que deberías hacer es abrir bien los ojos como nos indicaron...

La nave sigue deslizándose por un brote de listones dorados, donde a veces estalla una urdimbre de colores. Adentro todo permanece en aparente paz. Algún tablero zumba o parpadea, y las pantallas se esfuerzan en no quedarse a oscuras. Por momentos, la voz de los controles terrícolas inunda la estancia principal; palabras o frases cortadas por suaves tijeretazos, ecos estridentes que muerden los tableros y paredes automáticos.

En la Cabina del Sueño, el hombre se estremece, golpeado por las costillas con el cabo de una lanza:

—¡Bestia! Si te agarran durmiendo, pagamos justos por pecadores. ¿Quieres que nos desuellen sin misericordia? Esos no van a parar mientes hasta recobrar el cadáver de su Señor... ¡Ea, borracho; maldito seas por todos los demonios!

Los perros persiguen aún aquel olor a dispensario, a éter. Roen las gasas, los jirones de sábanas mortuorias; aúllan mostrando sus dentaduras amenazantes, limadas por el frío. Yo comienzo a sentir un miedo atroz, pero el muerto-vivo sigue andando sin volverse al oír su nombre. Sólo quizá la idea podría comunicarnos, aun cuando alguno de los dos se hubiese equivocado de hora y espacio.

Un clic insondable. Un descenso a suelo firme. Gente. Mucha gente vestida de forma extravagante, con abundancia de telas que ondean a cada movimiento. Se inclinan sobre su cuerpo inerte y lo envuelven en lienzos con especias aromáticas, como es costumbre de ellos sepultar. Lejos, un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo,

en el cual no ha sido puesto antes ninguno. Y el hombre intenta gritar y no puede, como no puede salirse de esa envoltura fresca, crujiente. No le han quebrado los huesos, pero siente en su costado, la herida por donde mana sangre, agua, hidromiel...

—Esteban... ¿Me oyes, Esteban? Quizá consigas oírme todavía... Pero, aunque no me oigas, quiero decirte que no todo está perdido. Alguien te va a sustituir, y tomaremos las precauciones para que llegue adonde debías haber llegado tú... —la voz se hizo triste y profunda—. El cosmos nos jugó una mala pasada, hermano: tu cuerpo está cruzando a otra dimensión, no sabemos qué será de él. Quizá regrese a la Tierra, quizá...

Más allá del recodo lo aguardan sus discípulos; alguno distingue ya sus ojos, solamente dos ojos fijos y exasperados que apenas titilan, sutiles.

Equidistante

De nuevo aquel chirrido inexplicable, y la mancha azul que le ponía una venda en las retinas y se agrandaba hasta cubrirlo todo. Entonces la realidad era distinta: la gente parecía deslizarse a través de una neblina salpicada de cristales, y las voces ahondaban en un silencio estrangulado, como desde el fondo del mar.

Esta vez tuvo que apoyarse en un muro, antes de seguir caminando por la calzada llena de majaguas florecidas. Los cálices caían en copos lívidos, y un montón de muchachos que salían de la escuela se desató en infinidad de fragmentos al pasar junto a él.

—Te estás volviendo loco, Octavio —se dijo; tienes que consultar a un siquiatra antes de que sea tarde.

Sin embargo, sabía que no se trataba de ninguna enfermedad, del mismo modo que no hubiera podido achacarlo al efecto de una droga: realmente algo azul oscilaba sobre él, como un péndulo o espada de Damocles dispuesta a caer. Pero no tuvo miedo. Sólo se sentó en un banco de parque a esperar que se le pasara, o a que su cerebro reventara definitivamente.

Las luces fantásticas se fueron disipando hasta dejarlo aislado en aquel punto de la ciudad. Frente a él, en un banco idéntico al suyo, se encontraba su doble.

—Equidistante —oyó que le decía.

¿Quéé...?

—Equidistante, equidistante... Cambio de posición, del cuadrante superior izquierdo al inferior derecho, ¿me calcas? —se

explicó su copia humana, con una voz igualitica a la suya.

La mente de Octavio tradujo involuntariamente: «Entre tu mundo y el mío hay espacios fijos; estamos separados por dimensiones invariables que convergen en un punto focal; tú y yo somos equidistantes a un centro universal único, de donde parten y van a morir todas las cosas.»

—Ahhh... —musitó Octavio, sin entender ni papa; después reaccionó como pudo, y, rascándose la cabeza—: Quieres decir que te estás comunicando conmigo desde otro planeta, ¿o sólo que participas de otras formas del espacio y el tiempo?

El doble suspiró con repentino aire melancólico:

—Desconecta tu ignorancia y ponla en el circuito siete; atrévete con los osos; estoy empezando a aburrirme de esta cumbre; huele a potaje de frijoles, ¿te entregas?

Lo que él de inmediato pudo traducir como: «Mi máquina transgresora ha hecho la proeza; de otra manera nunca habiéramos podido encontrarnos; yo dependo de ti tanto como tú de mí, pero en longitudes de onda diferentes. Olvídate de todas las leyes físicas que conoces. ¿Quieres ser mi amigo?»

De pronto la visión se hizo añicos y Octavio sintió que algo se le fugaba del pecho. Un pinchazo; un desgarramiento. La vista se le apagó, y por último, la tarde se fue llenando de guedejas incandescentes.

Los niños, vestidos de uniforme todavía, retozaban en un solar cercano.

Su mujer le estaba sirviendo café con leche humeante en la taza que había dispuesto para él. Desde hacía unos minutos lo regañaba por su falta de apetito.

«Cuando Esther la coge con algo, no hay quien la resista», pensó antes de llevarse el líquido espumoso a la boca.

—¡Cuidado, que te quemas! Pero si lo acabo de bajar de la candela, te lo advertí... —Ahora lo miraba conmisericordia, como

quien contempla a una criaturita inválida o enferma. Su acento se descongestionó—: Octavio mi vida... ¿qué es lo que pasa, Octavio? Estás muy desmejorado; últimamente te ha dado por no probar bocado, y siempre tienes esos ojos de no ver lo que hay delante de tu nariz. Tan distraído, tan apático a todo...

—No es apatía, Esther. Tú no entiendes; es algo... algo que no te puedo explicar. Seguramente pensarías que me tosté, o que me burlo de ti.

—¿Tan grave es?

—Sí.

—¿Y no vas a decirme nada? Ni siquiera por arribita. Antes me contabas cualquier cosa, por difícil que fuera...

—Te repito que es un absurdo.

—Haz un esfuerquito. Te prometo quedarme tranquila, lo entienda o no. Anda. Y no te fastidiaré más con preguntas ni regaños ni nada por el estilo. ¡Palabra de mujer!

—Hum.

—¡Sí: palabra de mujer! No pongas esa cara. Yo necesito saber...

Así era ella, obstinada, ferozmente obstinada. Y ahora necesitaba saber, y el hombre se encontró hilvanando una historia sin pies ni cabeza que jamás lograba dar una idea aproximada de la verdad.

—Mira... —dijo— el espacio, nuestro espacio, tiene tres dimensiones; y nuestro tiempo es un vector unidireccional a través del cual nos movemos todos, quiero decir: los seres vivos, tú y yo y los demás... En fin, todos...

—¿Las sillas también?

—Sí.

—Y hablando de sillas, ni te has acordado de arreglar...

—¡Por favor, Esther! No me interrumpas si quieres que te explique, ¿Estamos?

—Bueno, pero no tienes que ponerte así. Seguramente andas con la presión por las nubes. Quedamos en que las sillas también;

sigue.

—Las sillas también, y los caminos, y los animales, los cohetes que van al cosmos; todo... Por lo menos eso era lo que yo pensaba. Pero el caso es que existen otras versiones del espacio, y que el tiempo no es uno solo, sino varios que convergen en un punto focal del Universo. ¿Vas entendiendo?

—Alguito... Continúa.

Cuando Esther asumía aquella expresión de pescado en nevera, era como para echarse a llorar. Resultaba tan ridículamente fea, con su nariz demasiado amplia y sus labios exangües, casi hilos sobre la piel cetrina. Nunca transigió en lo de la cirugía estética: «Me basta con lo que me dio la naturaleza; además, las mujeres como yo tienen más suerte que las bonitas.»

Así era ella.

—Entre este mundo y los restantes... —siguió Octavio, con acento cada vez más sosegado—, sí, porque hay otros mundos, ¿sabes? Entre este y los demás hay un punto focal y distancias invariables que establecen una especie de... ¡par de fuerzas! Eso es: como un par de fuerzas en equilibrio permanente. Así que cada objeto del nuestro, cada partícula, cada persona, tiene su equidistante en el mundo que le hace pareja. Por ejemplo, yo tengo un equidistante»; tú tienes un «equidistante». ¿Comprendes ahora?

—¿Ehhh...? Sí, cómo no: tú tienes una equis distante, yo tengo una equis distante.

—No, nooo: Equidistante. Dos cosas son equidistantes cuando el espacio que las separa de un punto intermedio es el mismo. ¡No es más que un problema de geometría simple!

Esther entrecerró los ojitos de águila, cuya espesura se hizo impenetrable. Estaba acodada en la mesa, y el vapor del café con leche le humedecía las mandíbulas:

—Ajá... ¿Y entonces? ¿Qué tiene que ver todo eso con tu falta de apetito?

—Claro, claro... —se frotó el lóbulo de una oreja, irritado—. El asunto es que yo puedo ver a mi equidistante; un tipo exacto a mí,

cagaíto, como una fotocopia. A cada rato lo veo: en la calle, en la biblioteca, en mi oficina. Se presenta después de un fluido que lo pinta todo de azul marino, y las voces suenan como si uno estuviera dentro de un pomo plástico, y... Además, Equidistante habla con otro sistema de señales; para él, decir «compré una botella de vino tinto» puede significar «estoy con un dolor de muelas de tres pares», o algo similar, qué sé yo. Lo único que sé es que adentro de mi cerebro hay una computadora que traduce en un dos por cuatro cualesquiera de sus parrafadas. Así que nos enfrascamos en largas conversaciones con las que él aprende maravillas de acá, mientras yo aprendo maravillas de... —se quedó en suspenso, luego concluyó sin aliento—, mira tú qué cosa.

Esther se había puesto muy seria y lo miraba con esa clase de mirada insoslayable que él conocía tan bien. Sus labios más afilados que nunca, las aletas de la nariz inflamadas como velas de bergantín.

La vio incorporarse de su asiento con estudiada parsimonia, agarrar la taza de café con leche, que ya se enfriaba, y levantarla al nivel de su eterno cerquillo... abrir los dedos irascibles...

El recipiente trazó un recorrido de unidades astronómicas antes de estrellarse en el piso con un ruido conmovedor.

—Qué tal, Equidistante.

—Energúmeno, concédeme un poco de tu egolatría.

—Sé que estás disgustado conmigo. No debí decirle nada a mi mujer. Pero tú no la conoces: cuando se le mete algo entre tarro y tarro no hay quien se le escape. Me tenía de remate con su matraquilla: que si estoy así, que si estoy asao...

—Pelota por base; no intercedo por tu flujo de conciencia; ayer planté un árbol en mitad de un estadium; ando carente de ternura.

—No puede ser, Equi... Mi trabajo no me permite pasar más tiempo contigo. Soy un Inspector de Calidad. Ya te expliqué eso antes, ¿no?

—Flor de ajo.

—Sencilísimo: compruebo la mayor o menor calidad de los servicios públicos. Voy de incógnito, como si fuera un usuario más, a las cafeterías, restaurantes, consolidados o cualquier otro establecimiento donde se trate directamente con el público. Anoto las deficiencias y hago un informe por varios teléfonos. En caso de violaciones importantes, las autoridades proceden enseguida, antes que el infractor pueda esconder su falta. Así se garantiza una disminución del mal servicio.

—Sangrante la manzana, ahora sí.

—No creas. Hace quince años todavía no se le había ocurrido a nadie. Los inspectores anunciaban por anticipado sus visitas. Figúrate, cuando llegaban al lugar, todo era perfecto y aquí no ha pasado nada.

—Pero, quimera. Óyeme y no te distraigas con el viejo Chopin; me duele tanto el zapato que estoy dispuesto a comerme un pan con queso-crema en tu compañía; calma, no te atraques de pavo frito; pero entretanto nubes, colinas, saltamontes... el diablo desparramado.

—Barbarísimo. Yo pienso lo mismo que tú. Eres requetechévere, un equidistante como no hay dos.

Se sentó en el borde de la cama con fatiga.

Esther de compras; los muchachos en la escuela (el menor, claro, en el Círculo de parvulitos, y había que ir a recogerlo antes que a los demás); estaba tan desamparado en aquella hora gris de la tarde. Hubiera sido magnífico conversar un rato con Equidistante. Pero la comunicación se iba haciendo cada vez más compleja y esporádica; según su doble, no quedaba ya mucho tiempo para ellos dos: la energía que alimentaba la máquina transgresora se estaba consumiendo, y en el planeta no existía nada que pudiera sustituirla. Energía obtenida por la descomposición del *infitrino*,

carga neutra del núcleo atómico ni siquiera imaginada por el hombre del siglo XXI.

Pronto iba a desaparecer aquel paraje azul que antecedió la llegada de su amigo, y la voz pegajosa y recalcitrante se iría disgregando más allá de toda búsqueda, lejos del contacto con su mente afín.

Se habían compenetrado tanto durante aquellos meses, contándose incluso detalles de sus intimidades: hasta las sensaciones bajo la llovizna de una ducha, el sabor de la pasta dentífrica que cada cual usaba, los gustos y regustos ocultos, costumbres vergonzantes para la opinión ajena...

«Octavio» se dijo, «deja que los niños vengan a ti.» Y se tendió entre dos almohadas con ropa y todo. «Octavio», se dijo, «¿serías capaz de contar hasta cinco? Nadie sospecha el zumbido de las abejas con tanta habilidad como tú.» Su mano aleteó en la atmósfera densa del cuarto en penumbras, una, dos veces. «Octavio», se dijo, «ni siquiera te preocupa adonde irás a parar con tus fobias, tabúes, prejuicios estúpidos, cobardías estúpidas, esquemas, infidelidades a tu yo más profundo; acéptate tal y como eres: acepta que sabes contar hasta cinco y que las abejas inundan tu alrededor, untadas en miel.» Se dijo.

Después, casi inmediatamente, se quedó dormido y tuvo el siguiente sueño:

Equidistante venía caminando a través de un desierto pergeñado de dunas amarillentas, ámbar ondulante que goteaba hacia arriba; y el cielo se veía virado al revés. Un viento tórrido arrastraba torbellinos de arena grumosa; cerca del horizonte, los espejismos del relente se enroscaban formando rosetones oscuros. Sólo el hombre, él mismo, era azul y posible, sólo él desentonaba en aquella atmósfera voraginoso y plácida a la vez. Allá venía, acercándose, en cueros o vestido con una túnica, inconsútil que le hacía pliegues a los costados. Cuando estuvo a la distancia requerida, la única distancia que no podían salvar ninguno de los dos, la figura se quedó estancada, espejeante. Un tic tac de relojes empezó a caer entre

bambalinas, próximos a su oreja. «Me voy», dijo el doble; «se nos acaba el tiempo y todo sigue como en el primer día, y todo verdaderamente ha cambiado, y ya, y nunca, y nada, eternamente, sí.» Octavio podía percatarse de sus olores animales y vegetales mezclados: a bicho de costa, a turgencias de inmensidad fluvial y hoja de álamo petrificada. Podía morder la visión como a una bandera, sin tocarla. «¿Y tú, hermano, adonde irás cuando la noche nos diga aquí comienza el camino, allá concluye el ala de un pájaro misterioso? Yo estoy muerto y tú vives, yo vivo y tú estás muerto al borde de mi pecho, entre los nomeolvides y las conchas de río. Casi no nos conocemos, casi..., pero ¿cuándo?, ¿cómo?, ¿por qué? Las vacas devoran su pasto, la tierra se yergue y el color, los colores, pasan de largo junto a nosotros, ¿Hasta cuándo?» Y el desierto y el cielo y el ruido de relojes desaparecieron. Sólo su doble, sólo un YO, el HOMBRE de pie sobre su brújula o en el corazón de un gran vacío lleno de seres susurrantes.

Las sábanas estaban empapadas; Octavio lo supo sin moverse apenas. Boqueaba por la opresión del pecho. La habitación donde a diario dormía junto al cuerpo de Esther se había convertido en un templo de paredes húmedas y resplandecientes. Las persianas continuaban gachas, y quizás el mundo no doliera tanto alrededor.

—Equidistante —musitó sin cambiar de postura.

—Estás vivo. Yo también estoy vivo y voy a usar tu sistema de señales. No te vuelvas, quédate así... La energía se nos acaba y yo necesito tocarte una mano, un pie. Si no te toco, jamás estaré seguro de que existes, de que no eres yo mismo desde mi espejo. Las cosas que se han tocado son más resistentes, más reales y duraderas, ¿tú no crees, Octavio?

Octavio se contrajo ligeramente. ¿Y el otro? ¿Dónde estaba el otro?

—¿Dónde estás? Acércate para que yo pueda verte.

—No hace falta que me veas. Solamente extiende una mano, extiéndela.

Hizo lo que le pedían con esfuerzo de hombre anestesiado; los dedos se alargaron, trémulos, por entre los cúmulos de atardecer enrarecido. Como lenguas, como agujones retráctiles, como lombrices cariciosas.

Luego fue el roce suave, cardinal. Y un chasquido de insondable lejanía.

—¿Te vas a comer el bisté de hígado? Contesta: sí o no. Has adelgazado que ya puedes emular con la jirafa del zoológico; mira ese pescuezo. Eres nada más que ojos, pelo y pescuezo. ¿Te lo comes por fin? Estás peor que Octavito, ¡qué lucha contigo para que te alimentes!

—¿Quieres callarte un momento, Esther? Estoy tratando de oír.

—¡Oír! ¿Oír qué?

—Las voces. Voces equidistantes.

La mujer se dejó caer en una silla a su lado, junto a la mesa, y le atrapó una mano con evidente desaliento.

—Pipo, por favor, por lo que más tú quieras... ¿Cuándo vas a dejarte de esas boberías? El médico advirtió que si no ponías de tu parte nunca te ibas a curar.

El hombre rescató sus dedos y puso un índice sobre los labios entreabiertos.

—¡Schhhh...!

—Octavio —gimió ella—, me vas a matar. Estoy tan angustiada con esto tuyo. Los niños... se dan cuenta de que pasa algo anormal, y me preguntan. Y no sé qué decirles. ¿Qué les digo, eh? ¿Que perdiste a tu mejor amigo? Que se marchó ese... equidistante que debió haberse muerto antes que venir a salarnos la existencia, eh. ¡Habla!

Octavio se mesó las sienes mientras ella lo contemplaba con la boca estirada y actitud de esfinge. Implacables los ojos. Finalmente,

él comenzó a articular palabras:

—Explícales...

¿Qué podía explicárseles? ¿Que ahora su sentido de «la materia» ya no estaba donde antes? ¿O que lo tangible había adquirido otras dimensiones? ¿O que alguien disfrutaba trazando vertientes, connotaciones, rumbos dispersos? ¿Qué podía explicárseles?

—¿Qué?

—Diles... Diles que estamos vivos.

—Por supuesto que estamos vivos, ya se sabe que estamos vivos, todos estamos vivos.

—Diles que estamos vivos, y que eso es lo importante.

Esther se enjugó una lágrima que corría vertiginosa por el cachete, su marido le pasó el dorso de los dedos por las sienes encanecidas. Luego, con la vehemencia de un poseso, atacó el trozo de carne que yacía en su plato.

A la vuelta del mundo

Cuando Colón agonizaba, tendido en su celda, abrió por última vez los ojos para ver sobre sí el rostro del misterioso hombre de túnica blanca.

—¿En qué fallé?, musitó el Descubridor.

—Encontraste un nuevo continente, dijo el visitante con ademán sombrío; pero tenías además que haberte encontrado a ti mismo.

CHELY LIMA

Entró en la órbita del astro con estudiada suavidad.

Un ligero apretar del índice sobre el botón amarillo, tan húmedo y tembloroso como el dedo; un trazo profundo en el tablero de aterrizaje, y su máquina entró decidida y limpiamente en la órbita del planeta desconocido. Entró y se puso a ronronear igual que un gato mítico por encima de las capas de polvo y destellos de metal aborigen, a ronronear y deslizarse, tratando de establecer un punto de contacto idóneo con la superficie.

El cosmonauta vio como la claraboya principal se empañaba de estrías radiantes, y algo pastoso, como aire helado, iba dibujando calaveras, huesos quebrados, paisajes de un nuevo mundo que las cartas celestes no habían previsto entre las constelaciones.

Allá el misterio, tras unidades astronómicas de descenso o ascenso solitario; acá el corazón latiendo a quién sabe cuánta violencia por segundo. Allá el hecho de territorios inexplorados,

montañas vírgenes, mares y valles vírgenes, fauna y flora virgen, gente virgen quizá, virgen del ojo terrícola y el ansia terrícola de conocer el Universo todo, el agua toda del misterio, la poesía toda del misterio, el misterio todo. Acá él, joven y saludable física y mentalmente, viajero del cosmos, dueño de sí y de los innumerables atributos que debe tener un viajero del cosmos. Él. Sencillamente él.

Las pantallas se abrieron como párpados de dragón en cada pared del recinto hexagonal. Por la primera vio descender la aguja de reconocimiento, sólo la punta, iridiscente, rasgando los tejidos de la estratosfera, hundiéndose en una suerte de acupuntura en busca del fondo. Y luego, casi inmediatamente, entraron en zona visible paisajes de explosiva belleza: árboles de apariencia animal que se trenzaban unos con otros, precipitaciones de gotas semejantes a perlas sobre ríos de zinc derretido, hirvientes. Gacelas con cuernos mucho más altos que ellas mismas, sorteando hongos translúcidos. Y una criatura casi humana, que devora casi manzanas junto a un árbol de aquellos; evidentemente una hembra de especie inteligente, con ademanes delicados...

El cosmonauta se ha quedado de pie, absorto en la fragancia de la inesperada visión.

Por la segunda pantalla entra a galope un cisne de cuatro patas caballunas, y detrás, pastando como quien recoge flores para una amante, un ave-nudo, o un nudo-ave, algo difícil de identificar. Allá la oscuridad, un ruido en sordina, allá las lomas se levantan las faldas para dejar al descubierto cavernas y protuberancias de corte onírico-erótico. Acá la mirada del hombre, que vuelve sobre la figura casi terrenal, una hembra de especie inteligente, no cabe la menor duda. Que ahora camina, avanza hacia la tercera pantalla y cruje como cáscara de sol por los microparlantes, que de pronto dejan entrar a la cabina un ruido compuesto de otros miles y millones de ruidos desconocidos.

«Un nuevo mundo», piensa el Descubridor, «he hallado un nuevo mundo; el mundo más hermoso que ojos humanos...»

Pero la mujer se ha quedado detenida al borde de la tercera pantalla y lo mira. Sí, lo está mirando. Y él la mira a su vez, busca en la pantalla quinta sus ojos ofídicos. Y en la pantalla primera, los iris ofídicos; y va a penetrar a través de ellos en aquel otro nuevo mundo, cuando observa en la pantalla cuarta que la muchacha se dirige a él, como si lo tuviera realmente delante. Levanta dos dedos en señal de paz. En la primera pantalla, su mano derecha vuela hacia un costado, hace un giro de danzarina consumada y se levanta la piel, hurga con el pulgar y extrae un objeto por entre los labios de una herida que no sangra. Se lo muestra un instante, sin darle chance a comprender que es una costilla, quizá la flotante, la más pequeña, la menor de todas sus costillas, la quiebra con un ademán amoroso. Y ahí está el macho mítico, el más bello adán de la más bella eva. Mítica eva. Un adán que lo mira también, pero con gesto amenazante. Después, los dos nativos sonríen y se alejan cogidos del brazo por entre las gacelas con cuernos que crecen hacia un poniente de ríos y zinc derretido.

Entonces es que el cosmonauta siente un miedo torvo a lo inimaginable, y decide regresar al vacío cósmico a través de las noches y los días. Quemándole a flor el recuerdo, sin saber adónde dirigirse, ahora que ya no puede seguir viviendo como se acostumbra en la Tierra, porque ha perdido el rumbo de sí mismo.

Solteronas en el atardecer

El cao joven de la majagua las veía pasar como al otoño, día tras día, cuando las tres mujeres regresaban de recoger flores amarillas, que se enganchaban luego como cosidas al pelo de altos rizos y trenzas superpuestas. Venían siempre dándose empujoncitos con los codos, y canturreando aquella estrofa invariable:

*Las margaritas del río
me inundan el corazón.
Las margaritas del río
me inundan el corazón,
el corazón que yo guardo
entre algodón y almidón...*

Iban a mediodía por el camino estrecho de ardientes terrones colorados y yerba seca, chachareando sin mirarse a los ojos; y regresaban en fila india, con las manos y el escote cuajado de retoños de predejera, arena dulce y extrañas floraciones que les subían hasta el peinado. El cundiamor y los gajos de guayaba o ciruela silvestre las rozaban cariciosos, remedando el susurro de sus sayas. Siempre a la misma hora monótona en que los culebros del viento y la claridad intensa adormecen los sentidos.

A veces, cuando cruzaban cerca de algún bohío o casa de tablas quejumbrosas, las gentes del lugar salían a verlas y se decían unas

a otras:

—Van al río a recoger flores de nadie...

Ahora bajaban por el declive arcilloso donde sus zapatones de tacón pétreo podían resbalar; los rostros apaisados; pechos duros, como copas sin pie presas bajo el encaje; el paso disperso y grave.

El caos rebulló en su rama

Una de las solteronas, la que venía delante, se detuvo y se volvió bruscamente hacia las otras dos:

—¿No oyen?

—¿Qué cosa? —preguntaron aquellas al unísono.

—Un niño...

—¿Cómo un niño?

—El llanto de un niño.

La segunda y la tercera se quedaron escuchando un instante; después se abrazaron estúpidamente y rieron con risas golosas, como si tuvieran aún labios frescos y aptos para el beso.

—Es el viento, boba, el viento que se cuele entre las cañas.

—O algún pájaro cantando a lo lejos.

El caos graznó entonces brutal, iracundo, y las tres mujeres experimentaron un ligero escalofrío. La primera, que parecía también la de más edad, siguió atenta en la misma postura; pero al cabo se echó a andar con un suspiro. Las otras fueron detrás, sonrientes aún.

Pero no habían avanzado quince metros cuando el grito de una criatura les llegó con toda nitidez. Los gemidos de la naturaleza quedaron en suspenso; las flores, ahora de un amarillo de miel hiblea, cayeron de entre los dedos y se desparramaron por el trillo.

Sin una señal de conveniencia, sin mirarse siquiera, las tres mujeres se lanzaron en una carrera a través de la maleza, un poco histéricas, un poco temblorosas. Sus brazos apartaban sin cuidado los gajos de espinas erizadas, que fustigaban sus flancos, sus tobillos, los pechos agitados. Los músculos adquirían nueva vida bajo la piel y un tinte amable despuntaba en las mejillas atezadas.

A medida que se iban aproximando al punto de donde venía el llanto de la criatura, se fue haciendo perceptible su acento metálico, ajeno a la garganta humana; era como si mil palomas de acero, pequeñas, del tamaño de una uña quizá, retozaran entre las cuerdas vocales del que lo producía. Luego, allí, de bruces junto al tronco de una ceiba corpulenta, sucia de fango y estiércol de vacas, la criatura en cuestión...

Las mujeres se apretaron en un haz sudoroso, jadeante.

¿Un niño? ¿Un güije u otro bicho semejante? ¿Un engendro cualquiera, de apariencia casi humana? Lo cierto es que debía contar tres o cuatro meses de nacido, no más, y que yacía allí en franca agitación, asustado o trémulo. Su piel cobriza remataba en pezuña y su cabeza, a todas luces esférica y algo fetal, brillaba irisada a la luz declinante.

—¡Un marciano! —musitó una de ellas y las otras respondieron con estertores.

—Es un niño... ¡un niño!

—¿Un niño? —chilló la restante—, ¿estás loca?, qué va a ser un niño esa... cosa.

La otra se volvió hacia ella con un rictus feroz que le deformaba toda la parte inferior del rostro:

—¡Es un niño! ¿No te das cuenta, estúpida? ¡Un niño, un niño...! Razona, piensa con los sesos... Míralo qué bello es. Qué importa que no sea como los demás. ¿Somos nosotras iguales que los demás? Nadie es igual que los demás, aunque se les parezca.

Los alaridos de la criatura, que trataba de arrastrarse por sobre el moroviví, se extinguieron en una especie de música estrangulada. La última de las solteronas que había hablado avanzó hasta él y, reprimiendo sus recelos instintivos, lo alzó en brazos y se puso a contemplarlo extasiada: era realmente horrible aquel ser, y tenía una chapa incrustada en el vientre, con una inscripción en jerigonza que ella no pudo descifrar.

Lo besaba, ahora lo besaba, tierna, y las otras se acercaron. «Niño mío, pobrecito, quién te abandonó aquí..., sollozaban a coro

con acento exageradamente maternal. La segunda y la tercera hilvanaban frases entrecortadas, adelantando los dedos sarmentosos para acariciar la piel rarísima.

Se pusieron de acuerdo sin palabras para desandar el camino rumbo al trillo acostumbrado. Ahora, únicamente el cao se quejaba de algo a lo lejos; el pedazo de mundo aquel se iba sumergiendo en un profundo runrún de solicitudes metálicas que las solteronas habrían querido saciar con sus tetas estériles.

Llegando junto al cañaverl, la primera dijo, como si hablara con ella misma:

—Al fin tengo por quién luchar sobre esta tierra. Ya nunca volveré a sentirme sola; podré apartarme de ustedes y rehacer mi vida donde me convenga. La providencia me ha hecho un regalo, me indemniza por mis dolores y mi...

La segunda la interrumpió con voz de ráfaga:

—¿Qué estás murmurando ahí, desgraciada? ¿Cómo se te ocurre que puedes quedarte tú sola con el niño? Las tres lo encontramos y nos pertenece a las tres por igual, ¿me estás oyendo?

La tercera intervino, ceremoniosa:

Esa criatura me la mandaron a mí, que he hecho la petición al cielo muchas veces. Ayer noche vi una estrella que caía y dije en un rezo: «estrellita linda, mándame un pedazo de tu luz para que la muerte no triunfe sobre mí y me cubran las sombras». Y la estrella parece que me escuchó. Sí, estoy segura, porque debe haber sido ella...

—¡Cállate! —chilló la primera—; ¡el niño es mío, mío!

—¡No, tuyo no, tuyo no...!

—De las tres en todo caso...

—Dame acá ese bicho asqueroso.

—¡Suéltalo!

—Que me lo des te digo. No me hagas quitártelo a la fuerza...

—¡Ja! ¡Atrévete! Y no es ningún bicho asqueroso, es un niño encantador. Ustedes están locas de envidia porque fui yo quien lo

encontró.

—Es un marciano. Mírale los ojos. Mírale la boca de jaiba. Y tiene dientes... unos dientes que meten miedo.

Los ánimos fueron inflamándose, y las palabras subiendo y enredándose en escaramuzas de serpientes, mientras el sol se enterraba detrás del lomerío. Y el cachorro era arrancado de unos brazos por otros que intentaban ahogarlo en la maraña de carnes y encajes y frustraciones. Hasta que, finalmente, se desprendió de ellos y fue a caer sobre un canto de piedra filosa. La cabeza blanda, sajada de raíz, enseguida se puso verde sobre el polvo, mientras aquella música extraña se extinguía en el aire junto con el atardecer.

Las solteronas contemplaron pasmadas el cuerpo inerte: un cuerpo breve y retorcido, espantoso en su incipiente coloración, pero donde un minuto antes había retozado la vida.

Al rato, sin atinar a nada más, una de ellas se inclinó como para comprobar que ya no respiraba. Otra hizo un ademán autoritario; y la tercera lo agarró por una de las patas, y cogiendo impulso con dos volteretas, lanzó el cadáver dentro de una pella de mayas florecidas. Lo mismo que a un pollo muerto.

Después se arreglaron el pelo y las faldas estrujadas, recogieron las flores que antes habían dejado caer en el trillo y que ahora presentaban un inexplicable tinte de sangre coagulada; y echaron a andar...

Andaban sin mirarse, con la pausa de siempre y cantaron, cantaron aquella canción de siempre:

*Las margaritas del río
me inundan el corazón...:*

La pistola de láser

Cuando eso, él todavía era un mocoso de nueve o diez años, no recuerda exactamente cuánto. Sólo sabe que Osmel tenía más o menos su misma edad, aquel día estaban jugando en el comedor de la casa de Osmel con los giróscopos, unos giróscopos muy sucios y mellados, porque entre los muchachos era costumbre echarlos a pelear como a los gallos de la antigüedad.

Hacía unos minutos que un zumbido intermitente tumbaba la puerta, cuando la mamá de su amigo fue abrir. Y lo primero que vieron ellos era la figura a contraluz de uno de los guardias de Sirium, que ocupaban el planeta hacía un quinquenio. Con aquella cabeza ligeramente achatada que dejaba escapar un resplandor denso, y los contornos adiposos que se diluían en la luz opalina del atardecer.

«Mal rayo me parta», pensó, «esos tipos que me caen tan pesados», y sumó tres o cuatro frases espinosas, porque siempre fue muy mal hablado, que bastantes pescozones llevó por eso: y vio que Osmel estaba de lo más pálido, y que la mujer retrocedía dando paso a varios esbirros de Sirium que atronaban con sus botas de espuelas acerinas y enrarecían la atmósfera de la casa con sus hálitos pestilentes o extraños a los habitantes de Anturium, o sea, él y Osmel y la mamá de Osmel y sus demás congéneres.

Por aquel entonces no entendía lo que estaba ocurriendo en Cuba, ni el porqué de los alzados que alguna gente llamaba mau-mau, pero se daba cuenta de que en aquellos uniformes caqui, en

sus microondas, viajaba algo semejante al odio o la muerte. Y cada vez que los sabía cercanos, le entraba un frío instintivo en los huesos, no sabe por qué entrañable razón.

Durante sus «visitas de control», los de Sirium se permitían descerrajar, quebrar, moler a golpes y pulverizar o matar si era preciso, que por algo se creían los dueños absolutos. Y su compañero de juegos seguía lívido, mirando, con un brillo de petróleo en los enormes ojos rectangulares, cómo su madre discutía con los allanadores, y ellos la tocaban a veces en un hombro, desplegando algunos de sus flajelos superiores. Un detalle de la expresión de Osmel lo hizo sentirse al filo de un peligro terrible; el giróscopo se había quedado pendiendo del cordel, y el cordel enredado entre sus dedos. La boca empezó a empapársele de riños de espuma...

«Osmel...», susurró; pero no pudo terminar la idea, porque el otro se lo llevó casi a rastras por el pasillo que comunicaba con los dormitorios. Su contacto helado, y a la vez ardiente, le transmitió un asomo de angustia o sentido de desamparo indescriptible. «¡Mierda!», pensó, «todavía me jodo, y mis padres sin saber nada», al mismo tiempo Osmel le decía al oído, «sígueme, hay que hacer algo rápido, no me preguntes y sígueme», o algo por el estilo. *Entonces tuvo miedo, y era un miedo distinto a sus miedos nocturnos, que todavía recuerda los cuentos de vampiros, hombrelobos y momias redivivas, los sahumeros con cáscara de naranja para espantar los espíritus oscuros; aquellos baños de colonia en que debía quedar a salvo la cabeza, trono de Obatalá; inclusive los círculos de tizas de colores (rojo, amarillo, verde) preñados con galán de noche y azucena, alrededor de la pequeña cama. Y la oración infantil: Cuatro pilares tiene mi cama, cuatro ángeles que la guardan.» Y ahora: «¿Juan? ¿Lucas? ¿Marcos? ¿Mateo?» Ya no está seguro de sus nombres. Sólo de que aquellos bichos de Sirium dejaban escapar ruidos intermitentes, como un crish de chispazos eléctricos. Y él pensó, aterrado: «¿Vendrán a matarnos?» Pero por cuáles motivos, si ellos no hacían otra cosa*

que jugar a los gallos con sus giróscopos sucios y mellados, ahí, simplemente, desde tempranito. Y si venían a matarlos, qué hacer para que sus padres supieran al menos dónde recoger su pobrecito cadáver. Él mismo tenía la culpa por mentirles diciendo que iba a estudiar en la videoteca, cuando en realidad iba a jugar en casa de aquel amiguito con los cochinos giróscopos sucios y mellados.

¿Y no habría alguna manera de escurrirse? Los de Sirium fungían como dueños del planeta, dueños de las calles rojizas y los edificios estirados; dueños del día y la noche; ellos mandaban ir o venir, disponían de los nativos de Anturium igual que de conejos. Eran capaces de aplastarlos con sus botazas gelatinosas, sin un gramo de piedad.

Ya cuando aquello, él había oído hablar de «alzados» en laberintos y cavernas, cerca y lejos de las costas, por encima y por debajo de los mogotes flotantes en toda la anchura de los altiplanos. Gente difícil de cazar, con experiencia de guerras interplanetarias en defensa de otros mundos sometidos. *Se comentaba a hurtadillas sobre subversión, cocteles-molotov, etcétera; especialmente su padrino, que era el personaje más importante de la familia porque se había graduado de médico en La Habana y usaba guayabera de hilo y que en años anteriores se postuló para consejal, asegurando que Batista no iba a permitir que aquellos barbudos le dieran por el... Y estaba acordándose de todo eso cuando Osmel lo hizo entrar casi a empujones en el cuarto de baño y se agachó para sacar de entre los tubos del secador una extraña pistola. Una pistola vieja, de cachas carcomidas por las voraces pleaparcos domésticos.*

Luego, acordándose de algunas lecciones de cuarto grado, supo que se trataba de una pistola de láser de mediados del siglo XXI, muy difundida en planetas como La Tierra y el propio Anturium. Su material: alguna aleación de politugteno o macalita.

Osmel le pegó el cabo frío a la cara, asiéndola por el cañón, y le dijo «ahora coges por ahí y pasas por delante de ellos como si estuviéramos jugando a los bandidos; yo voy detrás, ¿me entendiste? Y procura no pararte, ¿oyes? Dale ya»; y el metal le

rozaba la barbilla, y él no tuvo ni idea de llevarle la contraria a la orden que le salía al amigo con la misma fuerza de sus ojos.

Mientras tanto, la marejada pestilente invadía el pasillo central y la videoteca casera; *echaba abajo gavetas, closets, buroes de caoba bien finos, porque los padres de Osmel no eran gente de dinero, pero tenían todo escogido y cuidado, que su mamá siempre lo estaba comentando; y a él, caray, lo iban a perforar sin tomarla ni beberla, lo iban a hacer fli como se dice vulgarmente.* La muerte, pensó, la muerte en flores malignas que se extendían lo mismo que hidroses reptantes hasta alcanzar los fosos gélidos; gases toxicógenos que ascendían por las piernas con el empuje de hiedras terrícolas. Manchas de hedor ambulante.

Allí, a dos pasos de ellos, se abrían o caían hechos polvo, cajones y muebles de sólido material, a punta de neutrones. Las virutas incandescentes saltaban contra el cielo raso como canicas de color.

Luego fue la carrera interminable a través de un túnel donde se ahogaban las palabras, los ruidos, el silencio; ahí se le difumina la memoria; sólo recuerda el latido de sus pies, el golpeteo de los dedos inferiores sobre la losa cristalina. Era como hundirse en un lago de fango y subir por instantes a flote, y verse rodeado de troncos y piedras sin peso, y estar vivo y estar muerto a la vez. El miedo, qué espantoso el miedo... Sobre todo, si se es un niño, como lo era él entonces.

Guarda todavía (o además) impresiones dispersas. Quizá la voz de Osmel gritando por lo bajo «párate ahí, canalla; pum pum, ahora me la vas a pagar todas, te voy a acribillar». O una estatua de arenisca *vestida con pantalones caqui y polainas, las piernas escarranchadas delante de la puerta de la calle «y estos chiquitos cabrones, cógemelos, cará», y «para qué, déjalos tranquilos, están jugando a los vaqueros, no podemos perder tiempo con vejigos». Un cañón de arma larga, winchester o garand. Un patín ruedas arriba, entre dos macetas con malangas rayadas, de hojas gigantescas...*

La acera al fin, aire puro. Una micro de chofer con las piernas estiradas, encendiendo un supercig, dándoselas de actor, parsimoniosamente; y que los miró con el ceño hidrónico apretado a la nariz, y ellos lo calaron a su vez y doblaron corriendo la esquina, por allá, donde había un parque de espacioso verdín. Y siguieron alejándose a toda velocidad, hasta llegar bajo un alero de recreo público, oculto entre glaucarias de puchas nevadas. Osmel sudaba a chorrerones cuando dijo aquello de «lo hiciste muy bien, socio», y la pistola de láser asomó el hocico negruzco por entre los pliegues holgados que entonces se usaban.

«¿Y ahora?», preguntó en un hilo de voz, «¿qué vas a hacer con eso», y señalaba al artefacto con recelo. «Bótala en el lago...» *Los ojos del otro centellearon, envueltos en su firmeza de ónix. Sí, porque aquellos ojos, ¿habrían resucitado del horror nocturno de las momias redivivas y vampiros que acechaban desde los sótanos, a los duendes antropófagos, al futuro poblado de espíritus en pena que su madre proponía desde la cabecera, en la más angustiosa oscuridad? Aquellos ojos de una infancia limpia, diferente a la suya...*

«Tírala al lago, Osmel», insistió oprimiéndole el brazo, que él se acuerda clarito clarito, así como se acuerda del «¿Tú estás loco?, mi papá la necesita» que su amigo profirió guardándose el arma en el bolsillo. Y del cielo pedregoso de Anturium cuando las aves trasplantadas de la Tierra rompieron en un cántico melancólico, que esa vez se prolongó hasta la madrugada.

De la TV; Marte, siglo I

Descubierto finalmente el vínculo entre nuestro planeta y los misteriosos habitantes de Nosfer, en la lejana Omega, que desde tiempos remotos pululan a diestra y siniestra por todo el Universo, incluida nuestra hermana la Tierra; los sabios más eminentes se han entregado a la tarea de dar utilidad social a estos llamados «vampiros», que según noticia reciente serán aplicados en los laboratorios y bancos de sangre en función de extractores, principalmente en casos de jóvenes donantes; para lo cual son entrenados en institutos especializados de toda la galaxia, con núcleo guía en la Gran Academia de Vampirología de Haití, precedida por una larga tradición de incursiones en este, hasta el momento, oscuro campo.

(Respiro del cronista, intercalado por un comercial sobre la marca «Nosfer», que incluye productos tan disímiles como lavadoras, pilas de coser, desodorantes, bolígrafos electrónicos y calzoncillos tan diestros y modernos como los H. Norton S. A. de los EE.UU. terrícolas. Luego, sigue el cronista)

Estas criaturas amables y voraces, vilipendiadas a todo lo ancho de nuestra ignorancia, serán aplicadas a la vena yugular, mientras

equipos ultraláser de infinita precisión regularán la entrada y salida de la sangre en los finos tubos conectados al extremo de la bestia chupadora.

(El cronista se sopla la nariz y suspira esta vez, agotado por el esfuerzo de sonreír mientras habla y le sostiene la mirada a la cámara. Ya se ha repuesto y sigue)

Diversas industrias de prestigio en el Hemisferio Norte Marciano, garantizan vampiros de chapa registrada que extraerán dulcemente, sin dañar más que lo imprescindible para que el donante recuerde por mucho tiempo las ventajas de este sugerentísimo método al estilo de... Nooosss-feeerrr...!

(El cronista mira a ambos lados como esperando una seña, o en busca de salida a su creciente agitación, que le tetaniza los ojos y hace que el pecho salte compulsado por resortes de goma)

Sí, amigos televidentes de todo el Universo, hasta ahora fuimos víctimas del terror injusto que nos inspiraban estos conmovedores noctámbulos de otra galaxia: pero en lo adelante, nuestros antepasados podrán sentirse orgullosos y vengados por laaa... laaa... Ujúm, discúlpenme un momentico...

(El cronista se zafa el nudo de la corbata con ademanes desesperados; toma aire a buchets rápidos, la voz se le estrangula. Parece que de pronto va a tragarse el micrófono. Pero se aguanta y sigue)

La introducción de estos engendros en las tumbas..., digo, en los nervios... Perdón, amigos, quise decir en la Banca de... Sangre... significa mucha más eficacia y... eco... eco... nomía...

(El cronista yace sobre su mostrador, con la garganta rota en un reguero de líquido rojizo, que gotea y gotea. Hay un instante de confusión en el estudio; se ven bultos pasando veloces por entre el fondo y la figura, trasiego de trípodes, cortes de claroscuros repentinos. Por fin, ponen un cartelito, escrito a mano, que concluye el programa:)

No se ha resuelto aún el problema principal del método, o sea, la esterilización de los colmillos.

Recibo de de conciencia

La figura se movió de un lado a otro de la habitación, y todas sus partículas oscilaron convulsas.

Un fluido espeso cruzaba el amplio interior en varios sentidos, envolviendo las formas con una neblina transparente. Hubo desgarramientos de seda oculta, trepidación de vísceras intangibles, y la figura contuvo por unos instantes su inquieto zigzag; hasta que la Voz de Mando, que le había estado dando las últimas instrucciones sobre su misión inmediata, regresó ahora mucho más turgente:

—Objetivo número Uno, escogido al azar: Ernesto Pozo Borrego, nacido en Santiago de Cuba el año 1937 del calendario gregoriano. El resto de los datos se encuentran en el minipulso. Grabar en la memoria las consideraciones generales acerca del terrícola; no habrá reportes hasta el final de la maniobra. Eso es todo, eso es todo, eso es todo...

La voz rebotó una y otra vez en la caja de resonancia del fondo, hasta perderse en un haz de sonido.

Entonces la figura se hizo una bola de fuego azul, y temblorosa, suavemente, se dejó caer en el espacio cósmico rumbo al planeta lejano.

Ernesto Pozo Borrego se detuvo en una esquina de la calle ancha para ver desfilar a los milicianos. La banda iba marcando con énfasis monótono, y sintió cómo el redoble le ahuecaba los huesos con una angustia peculiar. El toque de tambores, cualquiera que fuera, se le acomodaba en la boca del estómago y se deslizaba hasta el bajo vientre, convirtiéndose en una papilla de horror. Siempre lo asociaba con aquellas noches de su adolescencia, cuando desde la cama del cuarto estrechísimo oía los estertores enervantes del bembé vecino, o el rugido de las congas de carnavales en la etapa más densa del año. El cuerpo de su madre, al otro lado del tabique, se revolvía.

—¡Cállate ya!, no me dejas pegar el ojo con tus llanthenes; —lo regañaba abruptamente—; estoy cansada, asqueada, ¿crees que esto es vida?, la gente nos mira como si tuviéramos la peste, y todo por ti, sí, porque todo lo que hago es para mantener a un manganzón que se pasa el santodía viendo fantasmas por los rincones y haciéndome sufrir con sus miedos estúpidos...

Había que mudarse de aquel desgraciado barrio; pero en cualquier otro, iba a ser lo mismo.

Ahora, de nuevo las pisadas de cientos de botas al unísono sobre el asfalto reblandecido de la calzada, y el hervor crispante de los redobles. Él también había marchado con un ejército, aunque hacía ya mucho, y como enredándose en una oscura escarcha, empujando el aire en oleadas contra los muros del año cincuentaipico. Después había salido de filas, escapando a un compromiso peligroso con aquellos uniformes amarillos...

El resplandor y los murmullos (internos y externos) le pusieron un paño mojado en los párpados, hasta dejarlo ciego y solo en medio del gentío. Quedaba volver a huir, apartarse lo antes posible de aquella manada de remordimientos que lo perseguía desde siglos. Así que, casi a codazos, sudando por los cuatro costados, se abrió camino en la muchedumbre del Primero de Mayo santiaguero.

Ernesto vio a la figura por primera vez mientras se comía un sandwich junto a la piscina del Motel Versailles, en pleno mediodía, tras la cuarta botella de Pilsen. Los demás del grupo, hombres todos, sostenían una conversación que no le interesaba, y Ernesto se puso a mirar cierta nube, gorda y gris como la grupa de un elefante. Hasta que el conglomerado se dispersó, y un humo fosfórico descendió con rapidez sobre los pinos, que de pronto se habían vuelto retorcidos, siniestros...

Al principio era una figurita de mediodado, que dejaba intuir torso y facciones más bien irregulares... Luego, la imagen aquella giró hacia él y fue acercándose con mohínes de cámara lenta. La claridad se hizo compacta alrededor, dándole contornos a una especie de túnel donde los sonidos y hasta el silencio desaparecían, dejando sólo el pac pac pac eterno de pisadas en el cráneo.

Ernesto pasó una mano por delante de sus ojos, como quien arrasa una telaraña. Pero la visión seguía allí, latiendo y aproximándose, aunque jamás llegaba, aunque acaso ni siquiera pretendiera llegar, sino simplemente asustarlo, insinuarse desde su monstruosa apariencia de éter convulso. Apenas podía apreciársele el rostro: sus rasgos no eran nítidos, sino sólo desgajados, indescriptibles...

De repente hizo ¡puf!, y se desvaneció.

—Ernesto... ¿Te pasa algo? Estás pálido como un papel...

Sus compañeros de juerga lo estaban mirando extrañados. Todo en torno era lo mismo que un minuto antes: el solazo, la nube gorda y gris: y más acá, la piscina y su gente en trusa entrando y saliendo y deslizándose por la superficie brillante del agua.

—Nada —dijo—, tuve un mareo. Deben de ser los tragos...

La asamblea para elegir a los mejores obreros se estaba terminando. A él le habían negado la avanzada: «El compañero no es mal trabajador, todos aquí sabemos que va a los trabajos productivos y colabora con el sindicato, etcétera. Pero tiene muchas

ausencias, y algunas de ellas sin justificación. Además, cada vez que la Empresa necesita de un esfuerzo adicional, él... también etcétera.

¿Quién era este ciudadano, este ser social imperfecto, solitario y puntual del que hablaban? ¿Cómo había conseguido pasar inadvertido al ojo de la justicia? ¿Y sus tres crímenes en la memoria? Bueno, no exactamente crímenes; sólo delaciones. Pero las delaciones que conducen a una muerte, ¿no son acaso crímenes, por el aquello del que amarra las patas a la vaca...? ¿Realmente crímenes? De las tres muertes, dos no habían tenido nunca otro rostro que el de las tinieblas. La última, en cambio, tuvo nariz, ojos, boca, un nombre y apellidos, estatura. Se trataba de un galleguito de esos coloradotes, con tanta sangre adentro que estallarían como un balón de oxígeno al más leve pinchazo. Pero que había resistido a todos los pinchazos, de qué modo, sin decir ni esta boca es mía; y Ernesto no pudo resistir verlo allí en su celda, sobre un charco de vómito y sangre coagulada.

Pero, por qué no barrer los recuerdos, por qué escarbar en un pasado que nada tenía ya en común con el «económico» que hacía pasar, de la caja fuerte al obrero, los sueldos de la quincena, sin equivocarse una cuenta ni reportar el mínimo déficit. Es verdad que entregaba el sobre sin mirarlos, temeroso de que alguno fuera a descubrir en sus pupilas una llanita de infierno, la huella de un delito que jamás tendría precio.

Apoyó los puños en el escritorio del director de empresa:

—Estoy agotado, Marcial, necesito quince días de vacaciones como mínimo —dijo.

—Pero hombre, si te ves de lo mejor...

—Es que estoy agotado, aunque no se me note. Duermo mal y no tengo apetito, lo que nunca en mis años, porque siempre he comido como un buey. ¿Tú crees que puedes adelantarme esos días...? O, por lo menos, darme licencia...

El director se puso de pie para alcanzar una carpeta en el archivo del fondo; lo miró frunciendo la nariz para acomodarse los espejuelos, y dijo con sequedad:

—Ernesto... No sé qué decirte; tenemos la inspección encima y estamos apretados de tiempo. Si te vas ahora, nos quedamos en banda. ¿Por qué no ves a un médico y...?

—Mira, Marcial —lo interrumpió con repentina exasperación—; si voy o no al médico eso es asunto mío. Lo que quiero son mis vacaciones. Te exijo mis vacaciones, ¡las exijo! —y terminó dando un golpe con los nudillos en el buró.

Al otro se le demarcaron, azules, los músculos de la mandíbula.

—En los momentos más difíciles de la fábrica siempre sales con algún problema, no sé cómo te las arreglas.

—Yo lo único que quiero ahora son mis vacaciones, ¡mis vacaciones!

—Está bien —concluyó el director con voz helada—; no tienes que perder la tabla. Vamos a ser consecuentes contigo... una vez más.

Tony Perkins alcanza la puerta al final del túnel. Detrás de esa hoja chirriante debe de estar mi madre, sobre la cama de antaño, y encima de mi madre algún desconocido. Lo sé. No es que Tony Perkins haya abierto ya esa puerta delante de mí, después de tantos pasillos laberínticos y galerías ennegrecidas por el hollín de los tiempos, sino que lo sé, así espontáneamente. A mi madre siempre la mantuvo un extranjero; y nunca me permitió dormir a su lado, entre las almohadas crujientes de sudor viejo y almidón. Yo escuchaba el latido rítmico de su pecho de pájaro tras el tabique que dividía nuestros cuartos, y era como un tamborcito golpeando dentro de mis pulmones. Yo moría de terror; hasta que ya de madrugada se aparecía el de turno, las llaves tintineantes y su sombra resbalando sobre mi cabeza; otro león de la Metro y otros ocho tentáculos de fuego; yo me acurrucaba entre las sábanas y él se tragaba mi

angustia de un solo bocado. Por eso ahora Tony Perkins no encuentra la puerta, la única puerta que da a mi salvación. Y por eso Orson Welles, me mira calcinante desde la pantalla del cine de barrio, con su vientre voluminoso de sapo entre las manos, como el cemí que aguarda el próximo derrumbe, la próxima muerte...

Delante de él, dos filas más allá, cierto hombrecito encendió furtivamente un cigarro. De inmediato se le acercó la acomodadora, linterna en ristre, alumbró las manos tiznadas por la oscuridad, y sin mucha discreción se lo hizo apagar. Hasta esos pequeños gustos se nos dificultan, pensó Ernesto, todo es tan penoso cuando uno se encuentra en el interior de la cueva y los ojos no se atreven a ver. Quién fuera Orson Welles, podrido en dinero, paseándose por el celuloide tan campante, porque ya ni siquiera se toma el trabajo de actuar. Esta película es una «mierda categórica», sí: ¡mierda categórica! Pero qué otra cosa puedo hacer para no aburrirme y sacar de aquí adentro esta apretazón, este vacío. Mi siquiatra no entiende nada, por supuesto, para él todo se resuelve con dos o tres pastillitas de porra, mucha sicoterapia de grupo (mierda categórica igual que las demás) y el eterno cuento del complejo de Edipo. Qué Edipo ni qué niño muerto. Aquí el único importante es el otro Edipo, el que sólo yo puedo ver. Y hay que comerse la culpa como el alacrán se come a su madre; no, a su madre no. Orson Welles está levantándose, se va a caer, se cae. Ahora se incorpora de nuevo, y magnífico, absoluta mole de carne fría, empieza a absorber la escasa claridad de la sala. Entonces el individuo del cigarro, dos filas más allá, se incorpora también para ascender con lentitud de calígine por la rampa, entre las escuadras de asientos. A medida que se acerca, pueden distinguirse su camisa lechosa, sus manos de cadáver, casi violáceas, chocando contra los muslos del pantalón de caqui; y el cuello, las papadas deformes llenas de cráteres lunares fosforescentes, la nariz rechoncha, onírica, su labio leporino,

aquellas orejas tintas en fiebre, y finalmente los ojos: ávidos, lacerantes, acusadores...

—Tengo que irme de Cuba, mamá.

—¿Irte?

—Sí, tengo que irme.

—¿Para dónde? ¿Para Miami?

Para donde sea, pero lo antes posible.

—¿A estas alturas? Pero si ahorita estás al retirarte, y ganas tan buen sueldo; nadie te molesta. ¿A dónde vas a ir con esos achaques y esa neurastenia? ¿Y yo, qué me hago? Tengo casi ochenta años y estoy sólita en grima. No quiero moverme de aquí.

—Es que tú no sabes, mamá...

—¿Qué es lo que no sé? ¿Que estuviste en el ejército de Batista? Cualquiera estuvo en el ejército de Batista, y por eso no han fusilado a nadie. Tú no llegaste a matar, ¿verdad? Ni a torturar. Te licenciaste, y ya.

—Hice cosas que ahora me arden en la memoria.

—¿Asesinaste? ¿Cometiste algún atropello por el que te puedan condenar? Nunca confiaste en mí lo suficiente; por eso te has visto en apuros tantas veces. Dime qué hiciste que estás tan asustado.

—No es eso, mamá. Es que..., de todas formas...

—Quítate cualquier bobería de la cabeza, y sigue trabajando como hasta el momento, que es lo que nos conviene a los dos.

—Tú no me entiendes, mamá, nunca me has entendido.

—No, nunca te he entendido.

—Nunca me has entendido.

—Lo sé, lo sé. No lo repitas más. Ahora vete a dormir tranquilito, y no olvides tomarte tus pastillas. Ay... Hoy me duele todo, hasta el aire que respiro. Todo.

La guagua iba repleta. El calor de julio sobaba las hondonadas del cuerpo y se clavaba como agujones entre sien y sien. Aquella rara sensación. Tenía miedo, el miedo de infancia cuando permanecía solo en la noche de su habitación. Y ya no se le quitaba ese ronroneo angustioso, imperceptible. Antes, la primera vez que vio a «la figura» (así le llamaba), se le presentó difuso y elástico como un chicle que se adhería a la mente y luego empezaba a disolverse con lentitud. Ahora se trataba de una constante y fétida aparición, lo mismo que si se materializara su propio horror recóndito a la muerte. Y él se daba cuenta de eso, y había terminado por pensar que era un anticipo de la apariencia que tomaría más allá de la vida, un retrato futuro que le enviaban desde el otro lado del tabique que dividía los dos mundos: el suyo, y el de aquel nuevo Ernesto irreconocible. Pero también era incapaz de evadirse a la mirada penetrante de las enormes órbitas, y al vehemente gangueo de aquella voz. Porque algo quería comunicarle; pero la boca amorfa no alcanzaba el milagro de la palabra, y al final articulaba apenas un gruñido. Un traqueo gutural infrahumano. Ernesto pensaba que algún día, de repente y de una vez por todas, el ser aquel le pediría algo trascendental, un acto heroico mínimo, que definiera el objetivo de su existencia.

La guagua se detuvo frente a una cafetería, y él se tiró por la puerta trasera, contento de tocar con sus zapatos la hierba mustia, fundiéndose en la luminosidad de la mañana abierta. Tierra y luz le llegaron con todo su sentido: eran una tabla de salvación, recia y palpable.

La cola a lo largo del mostrador donde despachaban jugo de naranja culebreó, acomodándose. Ernesto avanzaba tambaleante y algunas de aquellas personas lo miraron con desconfianza, quizá por su forma de andar, por sus ojos desolados y la boca contraída en un rictus demoníaco... Me reconocen al fin; pensó; ya saben quién soy realmente, pero se lo ocultan unos a otros para no joderme. Les da rabia que yo sea un niño sin padre, un pequeño diablo sin puerta por donde escurrirse...

Ahí estaba él, él mismo, con su pantalón amarillo de caqui abombado y las polainas hasta más arriba de media pierna. Ahí estaba, de espalda entre los que guardaban su turno en la cola. Apenas identificable en su brutal aspecto, pero indiscutiblemente él. Estrecho de hombros, alto y estirado de miembros. Él. ¿Por qué ocultar la cara, la sonrisa asesina, la mirada asesina?

—¡Mierda! —gritó, y todos se agitaron ante la ferocidad de la palabra—; ¡Mierda! —volvió a gritar, dando unos pasos, pero se contuvo espantado de sus puños que se apretaban y se abrían, dispuesto a golpear y rasgar y destrozar...

—Tengan cuidado, que está loco; apártense...

—Pobre tipo

—Y parece que le dan ataques...

—¡Yo sé lo que vienes buscando! ¡Yo sé bien lo que quieres de mí! ¡Degenerado, perro! ¡Mírame, perro, háblame...! Tú también me tienes asco, ¿verdad? ¿Crees que no me siento mal con ese recuerdo aquí, aquí...? —chilló, señalándose la boca del estómago—; ¿crees que no he tenido tiempo de arrepentirme, si me persigues a todas horas y por todas partes...?

La figura se hizo de súbito un ovillo con piernas y brazos, y cayó dando tumbos por el declive de la acera, igual que una canica de peluche bicolor.

Allí, las tijeras con sus puntas de acero inoxidable; aquí, la visión de pesadilla; allí, la posibilidad de no ver mi propio remordimiento; aquí, mis dedos que se hunden en la suavidad del tapete y susurran rozándose en busca del frío contráctil; allí, el chasquido de mi culpa, podando, hincándose por debajo de mis párpados adormecidos de placer doloroso; aquí, mis puñaladas acortando distancias entre la oscuridad de adentro y la que viene de afuera; allí, la fusión de mis dos reinos, acá el corazón que late desacompañadamente, como un anciano drogado, mientras las puntas de acero inoxidable buscan allá, al fondo, la visión de pesadilla, el párpado interior, y el otro de

más abajo, y el otro, y el otro... Ahora ya estoy ciego y apenas puedo respirar. Dicen los médicos que no tengo salvación, pero qué saben los muy inocuos dónde puede estar mi salvación. Los oigo rumiando la posibilidad de muerte junto a la cabecera. Ah, madre, si yo hubiera imaginado siquiera que ibas a sufrir de esa manera; no tenía idea de que me amaras tanto. Tú siempre ahí, tan distante detrás del tabique, y yo suplicando que me dejaras dormir a tu lado, y tú me obligabas a salir cuando llegaba uno de aquellos extranjeros, y yo esperaba solo en el patio, durante una hora o dos, hiciera calor o frío. Incluso me acostumbré al pensamiento de que me odiabas. Y ahora, desde mi oscuridad, te oigo sufrir la pérdida. Lloras inconsolable, con gemidos desgarrados. Tienes casi ochenta años, yo voy a cumplir cincuentaipico, y recién venimos a encontrarnos. Quizá no tengas culpa de nada. Quizá tampoco la tenga esa visión de abismo, madre; pero de qué manera me atormentaba. Era demasiado castigo, ¿comprendes? Cuando tú no me dejaste ir, pensé que ya no había solución y casi me resigné a la presencia repugnante. Si tú le hubieras visto: y era otro Ernesto, ¡yo!, con aquella mirada de condenado sobre la tierra, con aquel gesto monstruoso... Aún ahora, percibo su jadeo sobre la almohada, o dentro de mí. A veces también su olor, un olor a cosa podrida, a estrella de mar en descomposición. ¿Te acuerdas de las estrellas de mar que puse a secar en el tejado y que tú botaste porque te parecía intolerable el hedor a carroña marina...? Quizá sea ese mismo olor. Sí, claro que es ese mismo olor... ¡Si yo hubiera sabido que me amabas! Pero siempre estuviste tan seca y autoritaria, y todo se volvió tan espinoso, y el aspecto de mi alucinación era tan atroz, mis ojos viéndola sin conseguir apartarse. Allí, junto a la ventana, el tapete, y sobre el tapete las tijeras; aquí mi mano buscando un vacío en mi conciencia... ¿Qué otra cosa podía hacer?

La figura atravesó la ionosfera de su mundo, y cruzó como una bola de fuego azul el breve espacio que la separaba de la habitación

Principal. Toda su materia osciló por un segundo y los átomos empezaron a desplazarse en inquieto vaivén. Las palabras se escurrieron, profundas:

—Informo a la Voz de Mando; he regresado del planeta Tierra.

Del centro del semicírculo, que se iba convirtiendo poco a poco en elipsoide frente a él, brotaron flores de agua con enormes pistilos de apariencia plasmática. El fluido espeso que envolvía las formas se rajaba como jirones de seda para dejar paso al sonido.

—Comunica —dijo la Voz de Mando.

La figura tomó el hilo mientras se deshacía en incontables fragmentos de plata animal.

—Hubo un error de selección en el Objetivo Número Uno. Los terrícolas no pueden ver la realidad circundante si no a través de las propias limitaciones; sus cerebros no están completamente limpios, y esas impurezas distorsionan la esencia del espíritu. Yo intenté copiar lo que supuse la forma más bella para el terrícola; su propia forma. Pero, «a esencia del espíritu podrida, cuerpo podrido». Imposible establecer contacto con Objetivo número Uno. Conclusiones. Primera: el sujeto de experimentación no debe ser escogido al azar; Segunda: los hombres no entrarán en contacto con nosotros mientras no hayan alcanzado el desarrollo suficiente, y cualquier intento al respecto puede provocarles la muerte física, o la invalidez moral; Tercera: la conciencia humana se encuentra en plena evolución, sería una crueldad interferir, acelerando el proceso. Pido a la Voz de Mando que se suspendan estas pruebas por el momento. Termino.

—Será estudiada su solicitud; termino —dijo la Voz de Mando, retirándose a la caja de resonancia, y el haz de sonido prolongó su permanencia con el eco.

La figura se quedó trepidando en repentina sombra.

Querubín

Yo me llamo Querubín. Es un nombre bastante picúo, mejor dicho, picúo con quile, como diría mi papá, que es en realidad mi padre adoptivo. La culpa de ese nombre la tienen mis alitas, dos alitas «preciosas» según abuela, y «vergonzosas» según abuelo, que en realidad son abuela y abuelo adoptivos.

Para mí todo es adoptivo en este mundo, menos mi mamá, que lo es, pero no lo es a un tiempo. Porque me dolería mucho que lo fuera solamente, y ya. Me sentiría tan desamparado y triste. Con estas alitas que tiemblan en mi espalda sin cesar, con estos ojos de conejo, redondos y rojos y «preciosos» según abuela.

De verdad soy raro. Que yo mismo a veces me doy un poco de miedo.

Acabo de venir de cacería y se me agita el pecho. Ahí dentro siento como una palanca que sube y baja y aprieta los pulmones cada vez que sube o baja. «¡Tremendo calor!», murmuro, y entro en la cocina con miedo a que amá me vea todo sudado y empiece con sus boberías: que si mira cómo te has puesto, que te puede dar una congestión con lo delicado que eres, y el churre que traes encima, pero dónde te metiste, criatura, tienes esas alas que dan grima. Y así. Siempre termina diciéndome que debería darme cuenta de lo zangandongo que estoy para ponerme en andanzas estúpidas por ahí por los matorrales del traspatio, en lugar de hacer cosas serias.

Pero yo siempre hago cosas serias. Ahora mismo, traigo en el bolsillo tres dinosaurios, tres. ¿Quién quita que eso no es algo serio de verdad? Trabajo me costó convencerlos para que se pusieran chiquititos y se estuvieran quietos ahí, en vez de atacar la casa como me explicaron que tenían pensado hacer. Los dinosaurios son gente muy desordenada y terrible, aunque en el fondo le tienen mucho temor a los hombres, y por eso es que nunca se dejan ver de ellos

—¡Querubín!

—Dime, mamá

—Deja de halarte las alas. Te he dicho mil veces que no lo hagas, te las vas a poner del tamaño de esta casa.

—Otras cosas debería de estarse halando, con la edad que tiene —murmura abuelo desde su taburete, asomando la cabeza por encima del periódico.

El humo de un tabaco sin apagar en el cenicero, sobre la mesa de centro, inunda de neblina y olores la sala y el comedor. Mi abuela oye su novela de las tres, y mis hermanos juegan a los trompos en el portal.

—Ven acá, pruébate esta camisa —la máquina de coser deja de atormentarnos con su ruido, y yo que me levanto de entre libros y lápices de colores, obediente como no hay dos—; a ver si ahora entran bien las alas.

—¡Cortarlas, cortarlas es lo que haría falta! —rezonga abuelo con su tonito habitual.

—Por favor, papá —protesta mami, ¿por qué te pones a decir esas barbaridades delante del muchacho? Como si él tuviera la culpa.

—Alguien tiene que tenerla, ¿no?

—Nació el día de los Ángeles —ella se refiere al día en que los ángeles bajaron a la tierra, y esa es una historia que voy a contar más adelante, cuando tenga ánimos de hablar. Ahora lo que tengo

es mucha tristeza, mucha, mientras el ala derecha se traba en la abertura izquierda y el brazo izquierdo se enreda con el ala..., no sé —. Así, así... ¿Te peinaste hoy las plumas?

—No.

—¿Por qué?

—Yo no soy como ustedes, amá, lo mejor que me puede pasar es morirme, morirme...

—Cállate, no digas disparates. Amá te quiere, y apá y hermanitos y abuelo también. Te regañan pero te quieren mucho mucho... —y me abraza, sin que yo pueda desprenderme del nudo en que he quedado. Por detrás de mí siento sus ojos acusadores y la cara toda culpable de abuelo metiéndose entre las hojas del periódico—. ¿Ya ves lo que consigues con tus comentarios? ¿Te parece justo?

—Es demasiado sensible... —murmura abuelo, torpe.

—Angelito mío —concluye mi madre adoptiva, alisándome el plumón.

Esta casa está cundida de hormigas. Uno no puede dejar nada fuera del refrigerador, que enseguida le caen hormigas.

A los insectos que amanecen patas arriba, los cargan en caravanas hasta el patio, donde son descuartizados en un dos por tres, casi vivos todavía. Y yo me paso ratos mirando cómo las alas y las antenas y todo eso va desapareciendo por los canales que las hormigas han abierto debajo de la tapia.

Amá dice que las hormigas son unos bichos despiadados que se lo devoran todo. Y para mí que es verdad; por eso me caen tan mal. Antes, les ponía los chipojos que yo cazaba en la loma de allá atrás, y me distraía mirando cómo se les iban metiendo en ringleras por la boca y las heridas que el tirapiedras o la cuchilla les había hecho en el lomo, hasta dejarlos en un hilo. Pero cuando abuela me descubrió, dijo que yo era un degenerado y que si no me daba lástima tratar así a unos animalitos indefensos que lo que hacen es

comer moscas y mosquitos dañinos, y que las hormigas eran también unas buenas desgraciadas que viven egoístamente para ellas solas y para sus larvas, para su propia alimentación.

Yo enseguida dejé de matar chipojos y me hice enemigo de las hormigas, empecé a perseguirlas con unas ganas tremendas de acabarlas. Echaba alcohol en sus cuevas, les borraba el rastro ese que según los libros de biología van dejando para que las demás bobas que vienen detrás encuentren el camino; y arreglaba que los ejércitos de las bravas se enfrentaran con los ejércitos de las negras en unos vallecitos de arena que hay en el traspatio, cruzando la cerca del cundiamor. Cuando las veía subir por alguna pared, las obligaba a despeñarse en manadas, como caballos. Pero esos bichitos son candela, no se acaban nunca.

Así estuve exterminando hormigas, hasta que el otro día se me acerca el abuelo y me regaña: «Oiga, compadre, mire que usted pierde el tiempo en zoqueterías, ¿no tiene algo mejor que hacer?» Entonces le explico por qué me ensañaba con las hormigas, y él me mira fijo como con los ojos muy idos, y suelta estas frases más o menos: «pero también remueven la tierra, y nos libran el aire de carroña; alguna gente debería tener hormigas en la sangre».

Y yo me di cuenta de que aquello no me lo estaba diciendo a mí, sino a alguien que estaba adentro de él, o más allá de la cerca del cundiamor, o del sembrado de mangos y hasta de las nubes, qué se yo. Lo que sí sé es que uno nunca sabe a quién tiene que creerle y a quién no.

Es muy posible que jamás los llegue a entender.

El día que vinieron los ángeles, en casa estaban asando un puerco en púa, para celebrar lo de mi nacimiento. Mejor dicho, lo del nacimiento del otro, Angelito, el verdadero hijo de amá. Todos se habían regado por el patio, asando el puerco y tomando cerveza y divirtiéndose con las guitarras. Apá decía controversias y abuelo le respondía. Y abuelo estaba ganando porque, según abuela, a él no

hay nadie que pueda aventajarlo en eso de improvisar. Siempre tuvo mucha chispa y se le iba alante a su contrario. Y bueno, todo el mundo estaba medio que alegre con la cantadera y la jumadera, cuando de pronto vieron que salía un humo negro para la parte del monte, y las nubes bajaron a ras de tierra. Fue muy rápido, y algunos aseguran que no era el montón de nubes, sino una sola nube pequeñita que después sobrevoló hasta posarse en el techo de la casa. Y la gente, asustadísima, se mandó a correr cada cual por su lado; y apá entró hasta el cuarto donde amá dormía con su recién nacido. Y allí se la encontró a ella, pálida y fría como un perro muerto, sin poderse mover. Y la cuna vacía. Más tarde amá pudo explicar lo de aquellos tres ángeles que se habían llevado al niño, porque lo necesitaban para sus estudios, y lo iban a tratar bien, que ella no se preocupara, cuando la criatura cumpliera los veinte años se la devolverían con un programa y todo de lo que hubiera sido su vida en el planeta Tierra. O algo así. Eso dijo ella que dijeron antes de irse volando por la ventana.

Al día siguiente aparecí yo, gateando en el corral, pegado a la teta de una chiva.

Ahí está la pecera que apá trajo de la Habana la última vez que estuvo, hace unos meses. Ahí, sobre la mesa de centro.

Yo le acerco los ojos que casi pego la nariz al cristal, y veo a los golfiches que pasan como en una película de colores, de abajo para arriba, de arriba para abajo. Los velosdenovia se ponen a olfatearme y sus aletas se hinchan de gusto, porque ellos son muy amigos míos. Más allá distingo a los rayaditos, que todavía no sé cómo se llaman, formando tres manchas grisosas; y entre los corales y caracoles pintados de limo, el limpiafondos empieza a arrastrarse hacia acá, tan despacio que apenas se nota el movimiento.

Cuánto silencio y cuánta tranquilidad debe de haber ahí adentro. Un silencio de nubes profundas que me dicen susurrantes:

«Querubín, tú eres de los nuestros, vuelve con nosotros; no sabes lo rico que es mantenerse aquí en esta calma, en este sueño perpetuo... Ven, ven...»

Por eso me decido y me dejo caer en la pecera, y siento como caigo, apartando líquido para la derecha, líquido para la izquierda. Qué bonito se ve el mundo desde aquí: como si fuera un charco de agua enorme al que le han puesto butacas y repisas y flores de papel con pétalos cagados de mosca. Mi mamá es una pompa estampada, y mis hermanos plantas azules y blancas y amarillas con franjas de plata igual que los rayaditos.

Ahora debe haber una gran bulla ahí afuera; todos están flotando por la sala, entran y salen flotando del comedor o del primer cuarto y se quedan parados delante de mí que estoy en la pecera, y me miran con malas intenciones, como de querer echarme mano y someterme a un interrogatorio: «A ver, quién rompió el jarrón que yo le regalé a tu madre. Quién. Y de qué forma lo rompió, cuándo lo rompió.» Y yo no puedo entenderlos, y ni siquiera asirlos porque se me escapan como guajacones, resbalan entre los dedos y yo no sé qué hacer para retenerlos. «¿Tú lo rompiste?, habla, ¿lo rompiste? Seguramente fuiste tú que siempre andas volando dentro de la casa a pesar de que te hemos advertido cincuenta veces que no puedes hacerlo. Es más, ni adentro ni afuera de la casa, ¿me oyes? Todos en este cochino pueblo están hablando cada vez peor de ti y de nosotros, y tienen razón. A cada rato nos vienen a dar la queja de que robaste algo, o lo rompiste.» Son como arena, y yo quisiera hacer un castillo con ellos, ir levantándolos entre las fibras de viento, muy cerca de la espuma que hace el río cuando se frota con las hierbas de su orilla, pero ellos se escapan, se escapan. «Y ahora para colmo te ha dado por andar en cueros. ¡Qué vergüenza, qué vergüenza! Eres muy capaz de haber sido el que tumbó el jarrón, un jarrón tan caro...»

Pero no pienso salir de aquí. Y si me sacan a la fuerza, les diré que no sé nada. Aunque sí sé, porque yo estaba cerca cuando se cayó y se hizo añicos. Y si le digo a papi que fue la misma amá con

el palo de trapear, empiezan a discutir; y de cualquier manera al final mis hermanos y yo pagamos los platos rotos.

Nubes.

Desde acá arriba el paisaje es mucho más agradable. Y abajo, sólo nubes. Nubes y el rostro de Angelito, como en una pantalla de televisor. Sé que es Angelito porque se parece a mí. Los ojos rojos de conejo, los bigotes con pelos largos, de tonos azulados; el cerquillo y la melena rubia que se resiste a todas las tijeras. No nos hablamos. Porque las nubes y sólo nubes... Simplemente obedezco al programa; mi corazón va pasando a su corazón igual que sangre por un tubo de vidrio inexistente.

Ahora me hace un guiño cómplice.

Sólo nubes

Las hormigas se están llevando mi cuerpo a través de sus túneles secretos, hacia sepulcros de luz que no caben en la atmósfera. El tránsito se produce así, limpia y apaciblemente, como si poco a poco fuera perdiendo la memoria. Nadie para impedirlo. Únicamente ese cúmulo luminoso que oscila por encima de los palmares y el mangal de abuelo, que a esta hora debe andar echando una siesta en su taburete de la sala. «Nunca se le quitará la costumbre», rezonga abuela, mientras le da volumen al radio, a ver si el escándalo lo despierta.

Las moscas zumban alrededor de mi cuerpo, que se desintegra con sutilezas de polen en el rincón más apartado, entre el sofá y la máquina de coser. Algo me deshace; mis átomos que fluyen, yo que maduro a lo largo del espacio y el tiempo, y regreso a mi oquedad de brillo y vapor de agua, con los míos.

Madre canta una balada antiquísima, casi de la prehistoria, cuando los hombres se envolvían en pieles de tigre en torno a la

fogata para conjurar la oscuridad y el miedo. Al menos eso me parece, mientras fluyo sin que nadie se dé cuenta. Y fluyo.

Apá juega al dominó con los vecinos bajo el emparrado de uvas criollas, que gotean su vino límpido sobre el mantel. En este instante las fichas se deslizan unas contra otras; se contornean, se palpan. Y todas yacen, vueltas bocarriba como insectos que las hormigas van a devorar, pero empapadas en jugo de uvas fragante.

Mis hermanos ven venir a un Querubín sin alas por la calle principal, y arman tremendo escándalo, como para que todo el barrio se entere del desastre o el milagro.

—¡Querubín perdió las alas, Querubín perdió las alas...! —gritan.

Y yo sigo fluyendo. Me hundo en el blando mar de nubes; me esparzo y los acaricio a uno por uno, antes de renacer definitivamente.

En busca de Eurídice

I

Ahora que estaba sola, ¿vendría él a buscarla?

Abrió la gaveta del tocador y un conglomerado de objetos muertos afloró con el vaho de colorete y violetas de fantasía, aquel aliento que Eurídice arrastraba con las ropas...

Sus dedos removieron los estuches de plástico transparente, tintes de pelo y creyones a medio consumir; la cáscara metálica de un devocionario, recuerdo de la abuela. Fotos: Eurídice en la cuna, envuelta en paños bordados; Eurídice de estudio, con la falda esparcida por sobre tres cojines; Eurídice a los trece, el cerquillo tapándole los ojos; dos años antes frente al Instituto... Y de repente: ella misma, su cabeza, su cara, su cabeza, sin cuerpo, sin aquel cuerpo suyo puesto a secar en un sillón de ruedas.

Se miró al espejo para comprobar que era aún la del retrato: casi tenía los ojos de Eurídice, casi su boca densa, rojamente marítima.

Cerró la gaveta con una violencia de embestida y dirigió la vista al balcón. Una luz polvorienta gravitaba como adentro de un bloque de hielo, ente tejas y barcos y graznidos de pájaros bayeños; el agua de la memoria goteaba, a ras de mar, cerca del horizonte...

Alguien se deslizó a sus espaldas.

—¿Estás ahí, Eurídice? ¿Eres tú?

Se fue volviendo con cautela. Sí, allí estaba la otra, limándose las uñas impecables. Allí estaba, desplazándose mojadiza y febril a su costado. La sintió abrir los armarios buscando alguna cosa, trastear en sus percheros y sus viejas muñecas; acodarse de pronto en la baranda del balcón y llamar: Eurídiceeee... Eurídiceeee...

Aquella manía irracional de llamarse a sí misma en voz baja, como si se creyese disuelta en la noche de Santiago, sobre el silencio atroz que dejaban al pasar las sirenas de perseguidora.

—¡Ah, estás ahí!,

concluyó en un susurro. Porque sí, allí estaba de nuevo, peinándose a tirones sin mirarse al espejo. Se la veía tan hermosa y absorta en aquella actitud de sombra desterrada. Era lo mismo que el ser mítico: lejana, impalpable, de una antigüedad rayana en el abismo. Perdida u oculta en el interior del pecho; y aquel que fuera a recobrarla no podría mirar hacia atrás buscándole un rostro. O Eurídice iría a parar a un oscuro planeta, más allá de los siglos y de todas las palabras que el hombre consiga acumular en su carcaj de mimbre o terciopelo.

—¿Qué haces, Eurídice?

Ahora se dibujaba círculos con el lápiz de cejas, alrededor de cada ojo.

Ahora se mutilaba un mechón de cabello rubio con unas oxidadas tijeras de jardinero.

Ahora se iba así, sin equipaje, pero con la minúscula pistola y los papeles aquellos, impresos con frases de agitación revolucionaria, cosidos al entretelas del refajo, y tal vez maquillada como para una fiesta de fin de curso.

—Oye, Eurídice..., antes de que te vayas definitivamente, ¿puedes decirme si ahora que estoy sola vendrá él a buscarme?

Movió el sillón de ruedas para seguir el paso de la otra hasta el balcón. Tras la puerta que comunicaba con el resto de la casa de huéspedes, se oía un tropel de botas rechinando sobre el mosaico y puños que golpeaban, llamadas urgentes a deshora, golpes con la culata en el estómago y la sien; un caer susurrante de manos

crispadas, cortadas a cercén de rápida cuchilla; voces nubosas de caínes gritando: ¡fuera de aquí, levántense cabrones, comuñangas de mierda!; patadas en la boca de la puerta, ráfagas de ametralladora...

No pudo impedir que Eurídice abriera las persianas.

Bajo un lampo de luna, el mar y la ciudad eran una antorcha borracha. Arriba, en los aleros y las gárgolas, se batían la muerte y los murciélagos.

Probó a llamar de nuevo por aquel mimbresuyo:

—Eurídiceeee... Eurídiceeee... Ahora que estoy sola, ¿vendrá Orfeo a buscarme?

Y el eco fue cayendo de galaxia en galaxia.

II

Sé que estás ahí, detrás del muro opaco que esconde un mundo de imágenes y colores inexistentes. Te siento respirar en un sopor pesado, veo tus ojos que quizá se entornen detrás de la escafandra con oxígeno para veinticuatro horas y el generador roto; aquel zumbido intermitente que parece venir de cualquier parte, incluso quizá de alguna zona imprevista entre los huesos propios, royéndote los sentidos, aplacando cualquier reacción soterrada, cualquier chispazo de autodeterminación.

Recuerdo una vez más la advertencia que precedía esta visita al planeta prohibido: «Si alguno de los dos cae en la tentación y mira hacia la zona de peligro, es hombre o mujer al agua.»

—Eurídiceeee... Eurídiceeee...,

te llamo. Pero no puedes responder. Fuiste débil, amor, y lo sabíamos, sabíamos que allí está el infierno de voces y sugerencias terrenales; sabíamos que allí la luz más intensa, el más pródigo vacío, la nada profunda donde se cae interminablemente en un milagro de claroscuros. Quedamos en que ningún deseo irracional nos arrojaría fuera de la nave mientras los aparatos de precisión medían y ahondaban en torno, recogiendo probetas del suelo. Los

de la expedición anterior tampoco volvieron, Eurídice, y tú y yo sabíamos por qué. Sabíamos, ¿recuerdas? Si es que aún puedes recordar desde tu nuevo estado, ajena al roce de mis manos y mi boca. Me has dejado solo en esta vastedad, entre las pirámides enrolladas y las raíces aéreas que se van acumulando a los lados como trémulos bloques de papiro. ¿Por qué no me dijiste que ibas a intentar un desafío? Hubiera sido más fácil resistir los dos juntos. Desde el día del amarizaje hablábamos y hablábamos buscando siempre nuestros ojos, aprehendiéndonos en ellos. Y luego, las primeras exploraciones y aquel canto de sirenas que a duras penas soportamos.

Ahora, ¿de qué forma entro ahí a sacarte? Porque no creerás que voy a dejar que te consumas entre esa muchedumbre de ideas que transitan y se pierden unas en otras, o en sí mismas, ectoplasma que durante millones de años se ha ido escurriendo hasta este agujero o pudridero universal... Ahora, ¿cómo me las arreglo para ir y no mirarte, y no oír ni oler ni dejarme tocar por la caricia infinita? No puedes ser cobarde, Orfeo, me digo; o la perderás sin remedio; tus antecesores no consiguieron más que fundirse en ese caos, pero tú y ella tienen que regresar a la Tierra con la tarea terminada, cueste lo que cueste, vivos para seguir viviendo entre los vivos. Ella y tú. Tú y ella. Tremendamente vivos. Avanza entonces, no puedes rendirte al contacto sedicioso: del otro lado del muro te envolverán hadas y duendes, un coro de güijes y chicherekúes mostrarán sus dientes de leche; tu madre volverá a la fuente de plata en medio del bosque, con el cántaro vacío, y tu padre dará otro toque a la palanca con su brazo de barro; ya no habrá lividez cadavérica en ninguno de los rostros hace tiempo desaparecidos, rostros amados; el sueño de la eterna juventud puede ser un trol grácil, un plácido Asmodeo, y en la madeja se irán difuminando todos los gajos de frijol encantado; ¿recuerdas, Eurídice?, los juegos de infancia, cuando tejíamos en la falda de tía un rastro con migas de pan para Hansel y Gretel, o un jubón mucho más bello que el original. Fue desde entonces aquella manera de

cogernos las manos y sonreír hacia la lejanía, como si ya presintiéramos que un día algo nos iba a separar. Algo, este muro de angustia, este muro de muerte que atravieso con los párpados apretados y el resto de los sentidos ciegos a fuerza de concentración o puro magnetismo académico.

Trataré de no pensar en nada. No me dejaré conquistar por el zumbido de serpientes o el contacto de sus lenguas en mis tobillos. No miraré nada, ni siquiera a ti. Hasta que hayamos podido salir y ponernos a salvo en la nave.

Cierto soplo húmedo, y me incorporo, no sé a qué largo camino que transito hacia atrás; aspiro mi perfume animal, y por eso comprendo que estoy vivo todavía. Afuera rebullen todos aquellos engendros de la razón humana, afuera se agitan con sus desazones y sus impotencias, tiran de mí como de una gaveta repleta de fotografías o creyones de labio a medio usar, como de la cola de un pájaro rabioso.

Y tú, ¿dónde estarás? ¿Resistiré a la proximidad de tu cuerpo? ¿Podré resistir al silencio de tu voz? ¿Y si de pronto se te ocurre llamarme, en medio del dulzor voraginoso? ¿Qué hago? ¿Cómo me contradigo entonces? Por favor, Eurídice, no hables, no te muevas, no te desplaces ni un milímetro. Que yo te encontraré, aunque algo nos disperse como a un puñado de semillas en la espesa maraña.

Homocornios

El sol que entraba por las persianas abiertas le rayaba el vientre y subía dando fustazos hasta el nacimiento de los senos; y era tan suave, tan de felpa tibia, que Antonia se quedó un rato más en la cama, entre la realidad y un devenir de imágenes que se iban deshilachando.

Luego, se puso tensa y abrió bien los ojos abotagados, borrosos...

De nuevo aquella visión enigmática: las figuras color ámbar que se revolcaban en la arena de una playa con fondo de bosque tupido, mostrando su erecta desnudez; las pupilas frías y sugerentes a un tiempo, el cuerno solo en mitad de la frente, ascendiendo como una torre mínima sobre la cabellera rojiza.

Se acordó de su hermana Eduviges y de la primera vez que tuvieron una pesadilla, ambas impúberes aún, en víspera de abandonar la casona próxima a la costa donde habían echado su infancia, para irse a estudiar en La Habana; sí, porque sus padres querían que llegaran a ser mujeres independientes, que pudieran valerse por medios propios. Antonia recordó cómo aquella primera vez habían estado jugando en el traspatio, bajo los tamarindos, y ya entrado el ocaso, una neblina lívida se filtró por entre los ramajes empañándolo todo... De pronto, risas y un rumor tumultoso de pisadas en los matorrales; voces que ellas trataron de identificar, presas del miedo y un enervante sopor. Pero la neblina se dispersó enseguida, los pájaros cruzaron en bandada como de costumbre, y

los latidos del corazón retomaron su ritmo de siempre. Más tarde, casi al amanecer, tuvieron aquel sueño con los seres ambarinos de ojos rasgados y cuerno tembloroso. Desde entonces se les repetiría esporádicamente, cada tres o cuatro meses. Una vez, incluso, Eduviges llegó a verlos retozar entre las camas en la semipenumbra de su cuarto de becas; se lo contó a la hermana, y con una ansiedad enorme punzándoles bajo las clavículas fueron juntas a consultar un siquiatra. El médico habló de necesidades primarias insatisfechas; les aconsejaba que establecieran relaciones serias con algún muchacho, quizá un compañero de carrera que supiese comprender la importancia de que ellas terminaran sus estudios. Además, sedantes que relajaban la mente con dulzura, y la prohibición de ver películas de tema fantástico y de compartir sus más íntimas preocupaciones mientras no pasara la crisis. O algo así. Por lo menos eso fue lo que las muchachas sacaron en claro de aquella visita.

Antonia se casó poco después, casi por prescripción facultativa.

Eduviges era otra clase de persona: ella siempre imaginó que se unía a un hombre de estampa centaurina, sonrisa singular y bellísimos ojos de un gris de linotipo. No se resignaba fácilmente a un ideal cualquiera. Así que tuvo que esperar todavía unos años, antes de formalizarse con un recio tarzán que la hizo sentirse plena de júbilos y azoros. Los lazos que la ataban a su adolescencia se desprendieron por fin, uno tras otro, amable y febrilmente. Descubría con deleite los misterios del sexo, y entre la vida muelle y esa fragancia estrecha de los días iguales, quedó como absuelta, despeñada a los instintos.

Ahora Antonia, la mayor y más organizada de las dos, se ponía de pie y abarcaba de una ojeada el reguero que la noche había dejado en la casa. «Siempre igual», pensó sin pesadumbre alguna, sino más bien con cierto estupor, con esa sequedad que aporta el hábito.

Después de asearse y untar cremas en los bordes hinchados de sus párpados, se puso a fregar cacharros de cocina, y a establecer un orden en el cuarto de los niños y el patio interior donde su marido carpinteaba los domingos. A su espalda hubo frotamientos, roces, fragor de gente que ríe o canta bajito, pero ella no se volvió para comprobar nada. Estaba acostumbrada a sentir la presencia intangible, lo mismo que Eduviges, y cada vez que se encontraban, después de semanas sin verse, había nuevas escenas de intercambio donde los maliciosos visitantes aparecían y desaparecían luego de tentarlas dulcemente.

Era como un secreto compartido que nadie más hubiera podido comprender.

Los dedos de Antonia asentaron los rizos tras las orejas, bajo el moño sostenido por ganchos. Volvió a añorar un trabajo afuera, quizá en alguna oficina como antes del primer embarazo y la crianza de los hijos, que vinieron uno detrás del otro. Era mejor tenerlos seguidos, según el código familiar, para salir de eso rápido. Cuando ya están crecidos, una puede tener libertades. Pero, ¿cuáles libertades? Quizá ir a divertirse por ahí: fiestas, restaurantes, recorridos turísticos en compañía del marido.

Se detuvo en su trajín para mirar alrededor. No estaba mal su refugio de aquellos ocho años de discreta tranquilidad junto al hombre, como tampoco estaba mal su matrimonio: las inquietudes cotidianas compartidas, el dolor y la alegría compartidos, todo equitativamente. Ni una hendidura, ni un agravio irreparable por parte de él; ni una razón aparente que esgrimir para rebelarse y exigir algo más que aquel reposo en vida, aquel sosiego relativo, aquel abandono de sí a la promesa del presente.

Con Eduviges ocurría algo distinto. Al principio todo iba sobre ruedas; respeto mutuo, mimos, viajes y regalos que acabaron por convencerla para que dejara su puesto en el laboratorio del hospital. «Coge ejemplo de Antonia», le decía él, «tiene tres muchachos y se conforma con lo que su marido les da.» Ella se plegó dócil al cabo; pero sobrevino la fobia, y el amor se le llenó de pelos. Pelos del

pecho masculino, del pubis masculino, de la barba y de las cejas masculinas. Pelos de pantorrilla, pelos del corazón. Los hallaba en almohadas y sábanas, subrepticios y atentos a un soplo inesperado, los hallaba en aquellos corpiños de casi imperceptible macramé que él le compraba; longícuos o enroscados, hechos nidos de araña en las grutas de carne, entregándose al ocio de pequeños ovillos. Pelos, siempre pelos, al morder o al besar, debajo de la lengua, en los oídos, en las fosas nasales y hasta en las comisuras de los ojos. Pelos que se enraizaban en la médula, bajando piedra a piedra la faringe, el esófago...

Pero esto sí le dio vergüenza contárselo a su hermana. Porque Antonia era tan ecuánime, tan sólida y consecuente con las normas a pesar de todo, que a Eduviges le hubiera parecido una profanación.

Y Antonia, acá, sintonizaba un programa musical en la radio, para no sentirse sola; la voz del locutor o el fondo irascible de cuerdas y percutores apagaban cualquier posible vacilación, cualquier murmullo insustancial en torno suyo.

De regreso a la cocina tomó de los estantes y el refrigerador diversas viandas, y el nailon con la carne congelada que debía administrar para cinco o seis buenas sopas; laterías sin abrir, condimentos, el cuchillo filoso, de punta centelleante bajo el fulgor que se colaba por celosías y ventanas.

«Anoche soñé con cuchillos todo el tiempo. Qué angustia. Hombres anaranjados con cuerno, y ahora también cuchillos. Seguramente la comida no me había hecho digestión cuando me quedé dormida frente al televisor. Y ellos tan... indecentes... llamándome desde la neblina, enseñando sus cosas desde detrás de los árboles sin hojas...»

De pronto recordó el arrullo de la marea cuando iba con su hermana a bañarse entre los dienteperros, y la vio levantando un castillo de arena cerca de la espuma que se rasgaba, mórbida,

contra los salientes aguzados; las estrías de arena rosada y polvo arcilloso y caracoles vacíos cayendo a lentas paletadas. Uno, dos, tres torreones cilíndricos que se desmoronaban con las caricias del aire o del agua.

Comenzó a pelar papas: una, dos, tres papas menudas que se escurrían como huevos duros al borde de los dedos (mientras, Eduviges terminaba por sumergirse en su fobia completamente, allá lejos, en el otro extremo de la ciudad. Antes ni siquiera se había percatado de que la espalda del hombre estaba cubierta de un vello áspero y muy negro que ascendía en carrileras de sombra hasta el cogote. Eso le provocaba ahora unas náuseas insoportables que la hacían estrujar encajes, rehuir contactos y arrancarse con malsana desazón todo vello superfluo, durante horas y horas, auxiliándose de pinzas herrumbrosas). Después, Antonia siguió pelando papas y recordando cómo Eduviges desbarataba con los pies el castillo de arena y miraba al horizonte oculto entre los pinos. Allí desde donde un objeto metálico inmenso emitía reflejos graneados, segando la espesura de troncos y agujas vegetales. Fue una aparición tan fugaz como repentina, pero hubo chasquidos de gotas descomunales cayendo sobre la tarde de octubre —ellas tenían entonces trece o catorce años— y el bullicio de criaturas demoníacas o celestiales retozando en la distancia. Una mano de tintes ambarinos aleteó por instantes, muy cerca, y la neblina azulosa descendió hasta borrar la playa totalmente.

Cuando pelaba la sexta papa, Antonia se asomó distraída a la celosía que enfilaba al edificio de enfrente por encima del platero. Era un edificio de apartamentos, algunos de los cuales quedaron deshabitados cuando lo del Mariel, y le llamó la atención que el más visible de los balcones, antes hermético, tuviera las puertas entornadas.

«Qué raro», se dijo, «ya lo habrán ocupado.»

La hoja del cuchillo se desvió y estuvo a punto de cortarle una muñeca. Eso la hizo crisparse y dividir su atención; y al mirar de nuevo hacia el ventanal vecino, se encontró con algo que la dejó pálida y sombría, como fulminada por una revelación: las cortinas, de rojo estampado, habían sido descorridas con violencia y el cuerpo de uno de aquellos seres extraños apareció entre el relente matutino y la penumbra que le servía de retablo. La visión fue como una patada en el pecho, y Antonia se entregó a ella aprehendiendo el dibujo, incluso los rasgos y en esencia los ojos, estereotipados, ennegrecidos por un ceño de peculiar angostura; el cuerno solo y rígido alzándose, de punta ensangrentada. Y todavía le quedó tiempo para fijarse en su vientre lampiño, las manos de pianista extraterreno que sostenían el damasco florecido a ambos lados, con la actitud de una de esas estatuas de parques y enciclopedias.

Luego, las cortinas volvieron a cerrarse y un puñado de risas saltó como granizo alrededor de la mujer. Una fiebre sensual la fue copando, diseminó recuerdos y prevenciones, pretextos echados de bruces en la almohada; abría válvulas de oxígeno en su interior ahíto de galopes sigilosos.

¿Y Eduviges? ¿Tendría experiencias semejantes allá, en su casa recién estrenada a orillas del mar? ¿Sabría de este sabor a menta y maíz crudo deshecho entre los dientes, de esta brutal urgencia que la llevaba de la cocina a la sala y de la sala a la cocina, sin saber en qué nudo de sí misma apoyarse para no sucumbir?

¿Y ella, Antonia, esa que se quedaba ardiendo ante un espejo, con la imagen punzando aún en las retinas? Susurraba frases ininteligibles por dentro y por fuera, repicando a intervalos con salterio de campana. Desató la undosa cabellera y los bejucos descendieron, lánguidos y sin apuro alrededor del cuello. Sus ojos habían enrojecido y los labios se distendieron o proyectaron con vigor. Por último, zafó el lazo de su delantal y salió a la calle empapada en sudor frío. Quería hallar una idea, un hálito de inercia que le diera chance a recapacitar, a descubrir lo que intuía oculto en

algún resquicio de sus huesos. Pero cuando se vino a dar cuenta, ya estaba tocando a la puerta de aquel apartamento.

El ser color ámbar no tardó en abrir, y Antonia tuvo noción de que su vientre estaba a punto de estallar, y que no podía ni quería hacer nada por impedirlo. Entonces bajó en torbellino la neblina, y el rostro varonil se echó a un lado lentamente para cederle paso. Le lengua ingenua o lúbrica, tal vez bífida, humedecía una boca joven, reseca por el deseo retenido durante decenios o siglos. La mujer se deslizó con torpeza hacia la habitación en penumbras, precedida de hilachas blanquecinas que levitaban a nivel de sus senos; y mientras la puerta se cerraba tras ella, Eduviges se vio sola, como regresada de un trance hipnótico ante el filón de sargazos que ondulaba con la resaca semejando un flagelo de plata. Hasta sus pies llegaron los despojos de una medusa, y oyó que el terral levantaba una carcajada gris, un chopo crujiente de arenisca, una sonrisa gris de linotipo que ya no le pertenecía.

Junto a las rocas revestidas de musgo, un grupo de criaturas anaranjadas jugaban a construir castillos de madréporas y arena arcillosa y caracoles jaspeados; se extendían con ademanes felinos y chillaban agudamente, acunando la brisa en brazos de mordiente fulgor. De pronto, uno de ellos se apartó del grupo y le hizo señas para que los siguiera, y Eduviges reparó en su piel de absoluta tersura, carente de vellos. Se supo entonces vencida y desamparada, mientras el grupo se alejaba dando marcha atrás rumbo al cayo de pinos. Ella misma empezó a caminar, rígida, sonámbula, hecha de polvo y de neblina.

Un ruido metálico le indicaba el lugar exacto adonde la estaban esperando.

Los poemas del Cíclope

PRESENTACIÓN DEL CÍCLOPE

Estoy parado al borde de las vías, mirando cómo late el Universo en su continuo volver el rostro hacia otra parte.

Llueve helio vital sobre los astros fijos que apuntalan mis nervios, o ese marasmo cósmico donde insomne vigilo abriendo mi ojo único, sin puntos cardinales, a través de los múltiples espacios y a lo largo del tubo bullicioso del tiempo.

Soy o no soy.

Mientras tanto, suspiro por cuerdas genitales (pueden ser de laúd, de viola, de guitarra) que tañen sorda música con estricta armonía.

Viajo en los meteoros que nunca se detienen. No creo, pues, en Dios ni en otra cosa que no sea la vida.

Déjenme sollozar y reír en el fondo del reducto infinito, y beber el ritual de los ciclos atómicos. Mía es toda la luz que se abisma en la nada; no me acerquen el clavo caliente a la pupila.

DONDE EL CÍCLOPE HABLA DE SU GATO

En un ojo del gato está la luz, y en el otro la sombra. La una como punto dorado mestizo, y la segunda, ese agujero negro donde la

materia adquiere su solidez última, y el movimiento vuelve al génesis, al cuerpo sideral que late en huevo.

Los bigotes del gato son una aleación de estaño y parafina. Frotándolos lo mismo que a la barra de ebonita, se saca de ellos la chispa del color, que se avala en circuitos de permanencia eléctrica por sobre la nariz, ónice y daguerrotipo, azabache blando encima del corte minucioso de la boca.

La boca hambrienta.

Los dientes acerinos con punta de marfil tragan la inmensidad mientras esperan la entrada del ratón, acechando a la vez crepúsculo y pieza de caza, los dos índices mágicos del sueño.

Toda la cabeza, con sus dos radares captadores del enigma. Toda la cabeza, bordeada de arrecifes avellocinados donde la mano puede hundir o redondear, según el gato.

Y adentro, más allá de la frente indescriptible: la presencia del hombre, su íntimo misterio.

PRIMERA VISIÓN DE CÍCLOPE

El coro de ciegos entra al escenario y hay como una confusión de laberintos enredados. Chocan unos con otros, buscando su lugar en la formación de semiarco, muy cerca del proscenio.

Se sabe que son ciegos, incluso el director, porque miran con fijeza a un punto que parece converger en el centro focal del teatro; pero las líneas imaginarias manifiestan pequeñas distorsiones, se entrelazan, se pierden en curvas cadenciosas...

Es un teatro gigantesco, para ciegos comunes.

Los espectadores van ocupando sus butacas. Caminan lentamente, extendidos los brazos; tantean las paredes y apoyan bien un pie, después el otro, y el siguiente, con temor a golpearse sin querer.

Los acomodadores, que son ciegos, andan delante según pueden, socorriéndose con sus linternas fotoeléctricas ciegas, de luz ciega.

Sólo unos minutos más de tensión, cierto desasosiego, y...

El coro canta, canta un adagio escrito por el último de los músicos ciegos. La melodía contrasta con el silencio que se ha hecho en la sala.

El solista se adelanta unos pasos para emitir un do de pecho puntiagudo, desgarrante.

Hacia el foro, en la pantalla rectangular que cubre bambalinas, se dejan ver los cuerpos biselados de las notas, en una amplia gama de azules y verdes, grises y violetas, colores fríos todos como los ojos de los ciegos, que miran hacia adentro, en vértices, parábolas, elipsoides, catenarias borrosas, líneas interrumpidos y círculos concéntricos. Las formas, los tonos, la música, siempre la música ronca, acariciante...

Pero el adagio acaba y la voz del solista comienza a derrumbarse; duda un silencio todavía, desciende, se prolonga más de lo previsible (su figura parece animarse) y entonces, estalla en alaridos. La pantalla refleja una explosión en rojo: los azules se tiñen de metal, los verdes se desatan en fuegos y amarillo; los grises se disgregan, van perdiendo el contorno...

Los aplausos afloran a las palmas del público, que ruge, y sin dar por terminada la función sale a la luz, va llenando las calles, el pueblo, las ciudades.

El mundo vuelve a ver.

LOS MARCIANOS Y EL CÍCLOPE

De niño yo veía a los marcianos.

Se ocultaban debajo de mis láminas pintadas, tras los grandes armarios subjuntivos. Las manos siempre llenas de hongos celestes; parábolas por ojos, hipérbolas por pies y alas indecisas...

Yo no sé adónde fueron a parar mis marcianos.

Me vi crecer del pubis una flora terrícola; amé con discreción, debajo o encima de las camas, detrás y/o delante de puertas y paredes. Ellos ahí escondidos por miedo a descubrirme, golpeando

por dentro, puliendo con su ardor de cosas mínimas la extraña superficie de mis órganos. Hartos de mí o amándome a deshora.

¡Y madre sin creerme todavía!

MEDITACIÓN DEL CÍCLOPE

Alrededor del huevo gira la mancha de una hormiga. Sobre su duro yelmo gravita la tonsura o la luz de un farol.

Gira en el polvo como un minúsculo asteroide.

Y alrededor, el mundo, los planetas, las ondas intersputniks, el nudo de galaxias; todo ese arte intrincado de tauromaquia cósmica, sin otro límite que el ojo del vacío.

Alrededor, mis sueños y millones de párpados que guardan la esperanza en una transparencia como de oscuras cajas de cristal; el misterio que ronda la migaja de sol, el sorbo tímido que se mueve en las alas de la hormiga.

DE LOS PASTOSOS, VECINOS DE CÍCLOPE, SEGÚN CÍCLOPE.

Nacen invariablemente los días 29 de febrero, o sea, en año bisiesto; por lo cual cumplen cada mil cuatrocientos sesenta y una lunas, y todos a la vez.

Mientras por los terrícolas transcurren cuatro primaveras, estos nativos del asteroide Pastusia, tan modestos incluso en el consumo de su tiempo biológico, se conforman con una. No es nada raro, pues, que los de veinte lustros parezcan tan jóvenes como el hombre más joven, noches más noches menos...

Su ceremonia de cumpleaños colectiva es muy simple:

Se van, cada quien por su lado, a cortar una rosa del monte, que jamás podrá ser una rosa común, sino de color gris acero, debe oler a jazmín que no hubiera tocado ni ojo ni mano viva anteriormente; debe, en fin, semejar, en medio del oleaje vegetal, un casquillo de

buque pirata a la deriva, cargado de fantasmas tan breves y discretos como pañuelos de adiós.

Hacia la caída de la tarde, cada quien por su lado, se echan al borde de un arroyo, mar o charco, y permanecen así, apenas tarareando una canción de cuna, ensimismados en su propia congénita nostalgia...

Hasta que se fragmenta allá arriba algún lucero.

SEGUNDA VISIÓN DEL CÍCLOPE

Desde el templo se puede ver el pico espumoso del volcán, como un glaciar que flota de frente al altiplano, entre crestas de roca dorada y ondulante.

Desde el templo, la premura del alba y lo redondo y plano que simula un altar donde el sacerdote de túnica negra, descalzo, oficia los dolores de una parturienta.

Allá abajo, en la plaza pública, entre clamores repentinos las tropas esperan con sus lanzas en ristre y los cascos de muerte haciéndoles visera.

La parturienta yace bocarriba con los brazos atados en cruz y las rodillas levantadas. Puja, y la piel de su barriga se agita en contorsiones de culebra; un colmillo se hinca en el labio inferior hasta sacarle sangre, sangre premonitora; el sol enardecido da en las gotas, con saña, logra hacerlas de un pulido perfecto y destellos de piedra preciosa.

Por fin la fuente, rota; y el sorbo vitelino desciende confundido en escarlata, inundando los cráteres del bajorrelieve. Un río se precipita escalones abajo en grávidas cascadas. Las tropas gritan por el alumbramiento, levantando las armas sobre las cabezas. Todo el fulgor del día se concentra en hilos de sudor que cruzan los brazos y piernas de maíz femenino. El viejo sacerdote se adelanta para recibir a la criatura: primero los pies, que se mueven airosos como buscando tierra; después las manos, mínimas, desvalidas; después...

Hay júbilo, alarido de huestes paternas cuando el oficiante desgarrar de un tajo de obsidiana ese frágil cordón umbilical, y alza el cuerpo goteante de su recién nacido para que todos puedan verlo desde abajo.

La tarde se concentra en una nube, prediciendo el crepúsculo. Hay mil grises de plomo en las garzas que vuelven imitando la punta de una lanza. Los guerreros están muy excitados: hay que entregar la víctima, antes que anochezca, a los dioses del fuego, al ascua y la caliza, al chasquido brutal de los metates, al miedo y a la pólvora.

El niño late, orina sobre el rostro del sacrificador, que avanza lentamente hasta el borde, extasiado; hay un gemido de ceiba o de mujer herida, una canción de cuna que viene con el viento; hay un llanto de luna precoz y millo fresco, un llanto que se extiende y entra en la fronda nocturna como una mano virgen, sutil despeinadora. El sacerdote afloja la presión de sus dedos, se inclina, deja caer el cuerpo de la víctima con un impulso de aguas desatadas.

Caer, caer sin fondo...

Pero el hijo se rebela de súbito, tras un rumor de larva o de florecimiento. Una cáscara rota, un estallido, algún revoloteo de sombras membranosas; y echa a volar directo hacia la espuma que reposa en el cráter del volcán.

Sus alas anuncian el amanecer.

«DESPROVISTOS DE FE» (CANCIÓN COMPUESTA PARA EL CÍCLOPE)

Los habitantes de otra dimensión pasan muy cerca, nos soplan en el rastro por entre los cordajes del silencio; se queman en la llama de los quinqués con las alas de ciertas mariposas; nos dicen al oído frases incoherentes; llaman con golpes tímidos a la puerta del cuarto de espejos donde el espacio esconde vientres y humo en un desorden neutro, de olores desgajados.

Pero nadie los ve, nadie los ve...

Los habitantes de otros mundos llaman desde el vórtice lejano, parados en la punta de una aguja tan inconmensurable como el Cosmos; susurran viejas cifras de la tabla escolar con voces propias, voces que circundan y nos abren a lenguajes insólitos donde empieza la trama de un nuevo resplandor. Lllaman por bocinas que cruzan años-luz como gigante azul con pies de siete abismos estelares. Gritan y gritan desde allá...

Pero nadie los ve, nadie los ve.

Los habitantes vivos del propio corazón tocan el húmedo oboe destemplado, campanas de rebato, marímbulas de urgente intimidad que caminan a tientas por modernos sonidos de sintetizador. Se arrancan los misterios como si fueran simples agujones de avispa. Lavan al sol los trapos del color, el lívido cangrejo de la duda, la salvedad humana de la herida.

¿Pero nadie los ve? ¿Nadie los ve...?

Profundamente, ¿nadie?

DESPEDIDA DEL CÍCLOPE

Todo el tiempo aguardando, en la sequía, por un roce del agua universal; con radares dispuestos en los bordes, ojos de agudo ver y labios improbables. Algunos diez o doce sentidos soterrados.

Todo el tiempo aguardando por la muerte. Pero siguen pasando las gaviotas, los albatros fugaces, las trombas de mig-11 o libélulas negras. Y a veces me pregunto ante el espejo, dónde la tal inoperante cualidad, si no en el vórtice, oculta tras la médula. Si no en el propio exhielo, velada por la arena pulida y el azogue.

Quizá tema al espanto, a la vigilia, o se drogue en las noches con el sueño Y dónde no estará o estaremos el día en que una mano trémula venga a apagar de un soplo los davídicos goces, la perenne aventura. Nunca su gravedad nos hará falta, nunca ese perverso don podrá hacernos culpables o inocentes frente al público espurio que atestará la sala.

Soy ciertamente un cíclope o un hombre amenazado por la experiencia atómica, pero ni me dejo vencer ni me despiro.

Humo en los espejos

La muerte de su hermana Julia vino a ser el golpe de gracia para la soledad de Angelina.

Con Julia se iban los cafés de las tardes, locuazmente compartidos bajo las madreselvas del patio; la hora de echarles maíz a las gallinas, donde se conjugaban sus ternuras de solteronas con la necesidad prosaica de limpiar moquillos y barrer el estiércol acumulado entre las macetas de geranio y las siemprevivas, sembradas directamente en tierra debido a su escaso rango. Con Julia se iban las estancias místicas frente al espejo, en el que, según su hermana, se podía llegar a ver el «humo sideral» que nos envuelve. Y finalmente se iban sus afanes de pulcritud, sus hipocondrías, sus trenzas: las trenzas de Angelina.

No sabía por qué, se cortó las trenzas espesas y grises que llevaba enrolladas por encima de las orejas desde su adolescencia, y las puso en el ataúd a ambos lados de la cabeza de Julia. Quizá porque era un poco como si ella misma se fuera, o como si la ausencia de sus trenzas se quedara.

Inmediatamente después, se le antojó que la enorme villa construida al pie de la carretera en el tiempo de sus abuelos comenzaba a rechazarla, y se sintió fustigada por el frío hedor de yodoformo, como en un panteón familiar. En la base de los pilares se asentó la carcoma, los cuadrantes de tejas francesas se quebraron con un rumor como de estrellas goteando sobre la casa

en noches de insomnio, y por las alargadas hendeduras pasaron el sol y la oscuridad como perros por su casa.

Angelina se estaba horas arreglando y desarreglando el orden de sus geranios y sus pollos. Al gallo le había puesto el nombre de Alfredo, y mentalmente lo completaba como Alfredo Alfonso, a la memoria de un primo por el que mucho antes, a los diecisiete, ella hubiera sacrificado con gusto sus dos preciosas trenzas. A las gallinas, de acuerdo con su porte y distinción, las llamaba Alejandra, Benigna, Pelirroja y Alatraste. Eran cinco, contando al gallo: «Los cinco peldaños de mi agonía», pensó Angelina. Fuera de ellos no le quedaba ningún otro interés vital. Porque el gato incluso le daba un poco de miedo; y el televisor, el vecindario, el mundo, le parecían más que ajenos, lejanos.

No admitía intromisiones en sus arreglos íntimos. Sin embargo, nadie podía señalarla como a una vieja huraña o desafecta. Acostumbraba tejer durante dos o tres horas por las noches, y los productos de esa labor eran casi siempre un regalo de canastilla o cumpleaños o bodas. Recibía visitas de antiguos conocidos y amigos, y aun de los vecinos, que maldisimulaban su curiosidad ante aquellas paredes que Julia había cubierto de espejos.

—Mi hermana veía en ellos el humo sideral —explicaba Angelina. Pobre Julia, creía que era posible mantener contacto con seres de otra dimensión... personas... cosas vivas... qué sé yo. Criaturas que le hablaban desde el espejo, y que por supuesto yo nunca conseguí ver. —Y concluía—: Qué terrible es llegar solos a la vejez...

En el barrio lamentaron sinceramente que se fuera cuando Angelina recibió la proposición de un organismo estatal para permutar su mansión por un apartamento en el corazón de la Habana. La solterona tardó en aceptar. Primero quiso asegurarse de dos cosas: una, si en aquella nueva vivienda podría seguir criando a sus pollos; y otra, si su hermano por parte de padre, que tenía familia en Matanzas y con quien apenas conservaba vínculo, daba su consentimiento. Y como ambas respuestas fueron afirmativas, se

mudó con gallinas, gallo, geranios y espejos a un segundo piso de dos habitaciones y terraza en el Vedado. En la terraza preparó el habitat para sus animales.

Enseguida se sintió cómoda, pero las posibilidades de aislarse se le redujeron. Los vecinos de los bajos y del apartamento de enfrente venían a ocuparle el televisor, el frízer, el teléfono... Una mujer ya cuarentona que siempre le cogía turno en las colas, Casilda, se aficionó a sus cuentos de horror, y le facilitaba a su vez libros con olor a guardado, donde lo onírico rivalizaba con la metafísica más vulgar. Ninguno, pensaba Angelina, como aquel del gato negro que Julia leía en un susurro: qué suavidad de fieltro, qué ternura mojada de leche en los bigotes; y las trenzas, sus trenzas... ahora debían de estar colgando en alguna galaxia imaginaria, del cabello de Julia.

Los geranios se estaban secando con el cambio de aires. Alfredo enfermó de muermo crónico, que empezó a ceder únicamente después de varios frascos de Benadrilina expectorante y unos cuantos goteros de Yodotánico. Ella creyó que iba a enloquecer con la proximidad del primer peldaño de su agonía. Y no porque tuviera miedo a la muerte, al abandono de la «envoltura corporal o cáscara», según el viejo Allan Kardec; sino por simple amor al gallo.

Abrió las rejillas que separaban la terraza del interior de la casa para que se fundieran los dominios, y en eso de una semana las cuatro gallinas y el pisón (ya recuperado) se agenciaron los favores del confort humano. Innovaban sus hábitos, superaban las metas de su raciocinio. La sala y los cuartos se cundieron de plumas resacas, piojillos y mierda de pollo; una mierda color crema, pastosa, sugerente de alimentos cocidos.

Las superficies lisas de los muebles se fueron empañando con los vapores de la fétida excreción. Las imágenes del televisor y los espejos chorreaban, y las estalagmitas se iban empinando en los

rincones con sinuosidades de estatua. Todo en cuestión de semanas.

Los vecinos acabaron inquietándose por la salud física y mental de Angelina. Le brindaban ayuda: había que reparar las telas metálicas de la terraza, zurcir los *livings*, baldear los pisos, fregar paredes, en fin, restablecer el orden y la limpieza perdidos en aquel caos irrespirable.

—¿Ustedes saben lo que es estar sola toda una vida, sin hombre, sin hijos, ni amigos entrañables...? —atajaba ella—. ¿No lo saben? ¡Entonces déjenme en paz!

Nadie la pudo convencer de los peligros que acarreaba aquella promiscuidad con sus animales, y mucho menos de que en el fondo podía estar enferma, trastornada. Ante la amenaza de una epidemia, los de la cuadra decidieron hacer una denuncia a Salud Pública.

De repente, el medio se le volvía hostil y Angelina no halló mejor salida que sentarse de cara a la pared o frente a un espejo y pasarse horas acariciando a Alfredo (¿Alfredo Alfonso?) o a alguna de las gallinas, con absoluto abandono de sí.

Sus piernas, brazos y cara se habían cubierto de finos arañazos, como de garras queriendo escalar el cuerpo. Sus vestidos se paseaban impregnados de aquella jalea pestilente. Las lunas se negaban a devolverle sus facciones, los racimitos de arrugas, la no presencia de aquellas trenzas grises que había mandado delante, junto con su hermana Julia...

Experimentó una necesidad imperiosa de verlas y frotó con los puños el cristal azogado.

Allí estaba de nuevo ella, mirándose fijamente a los ojos. Cuánto tiempo que no se veía a sí misma.

Entonces le pareció que escuchaba por primera vez su propia voz: «Anda, mujer, ponlos a salvo; de todas formas, pronto estaremos disueltos en humo sideral.»

Hizo un viaje o Matanzas, llevándose consigo a las gallinas y al gallo dentro de un cajón agujereado. Hermano, cuñada y sobrino la recibieron con una alegría bastante sospechosa, si tomamos en cuenta que sus miradas saltaban, con brillo malicioso, de la caja de pollos a ella, y de ella a la caja que ponía en sus manos cuatro gallinas y un gallo apetitosos...

Angelina se fue enroscando como una de esas gruesas babosas de fango cuando las toca el sol. No dejaba de padecer ni un instante: los rostros de sus tres familiares se iban empastando en sus lentes con la premonición del futuro pollicidio. Y ella, ella, se veía obligada a dejar bajo la tutela de aquellos verdugos a los cinco peldaños de su agonía.

Volvió al apartamento del Vedado poco menos que desesperada. Cuando metía la llave en el cerrojo, oyó la voz de Casilda que le hablaba con cierto tonito conmisericordioso:

—Angelina —ahora le puso una mano en el hombro—, si usted quiere puedo ayudarla en la limpieza.

—Me basto sola —dijo, y se dejó tragar por la escalera.

Ya arriba, el vaho de podredumbre que botaban puertas y ventanas se le aglutinó en los pulmones. Anduvo despacio hasta la luna más alta, en la profundidad de su cuarto; y se quedó quieta delante de su imagen, tiesa como palo mayor. Ahora llevaba otra vez las trenzas y los ojos mortecinos de Julia... Sus dedos se deslizaron a lo largo de las paredes y sus uñas cavaron fosas lívidas en el escayolado. Vaciaba, temblando, la arena de los floreros; estrellaba contra el piso las piezas de barro y loza que los aleteos constantes habían inutilizado; arrancó cortinas, pisoteó los bombillos fundidos y la costra de estiércol. Así, mientras la fatiga no le puso un paño empapado en la frente.

«Estoy dominada por seres de otro mundo: me vigilan, me persiguen, los veo moverse en la oscuridad... Julia no ha muerto. Julia está con ellos. Lo percibo en el ambiente, lo leo en los espejos...»

—¿Eres tú Julia?

El silencio rebotó en las desvaídas reproducciones campestres de Collazo. Nadie respondía, ni siquiera los recuerdos.

Una noche le pareció descubrir a Alfredo Alfonso, su primo, en el espejo ovalado de la cómoda. Pero no. Se asomó más y más a la superficie luminosa. No, no había sido él. Antes, cuando el cristal se mantenía empañado, su mente estaba libre de alucinaciones.

El frízer se descompuso y Angelina se alegró, así no tenía ya que prestar sus favores a los vecinos. El televisor se estropeó también: la mierda de pollo que se había colado por la rejilla de la bocina lo dejó tartamudo. Y ello se alegró. Aunque en el fondo se aburría. Las labores de tejidos para la canastilla del único hijo de Julia, abortado a fuerza de cureta, clandestinamente, en una atmósfera de metiles y amoníaco; sus diálogos con las arañas; Alejandra y Benigna, sus compañeras de aula y de infancia; también su madre, los primeros intentos de matrimonio y la oposición familiar... nada de aquello, nada de aquello estaba ya.

Su sobrino le comunicaba por teléfono que el gallo Alfredo había desaparecido la noche anterior. Angelina, articuló una sarta de amenazas. Los acusaba de asesinato, canallas, desgraciados; los iba a denunciar a la policía. El sobrino se indignó:

—Pero ¿qué culpa tenemos si el gallo desapareció? Mejor no lo podíamos cuidar. ¿Qué quería usted?, ¿que le hiciéramos guardia en el patio con una ametralladora? (...) Era un animal muy raro. Las gallinas también son raras. Parecen... (la voz se consumió al otro lado del hilo) gente...

Angelina se apretó la garganta. Ascendía el primer peldaño.

Desde aquel momento puso su balance junto a la cama, delante del espejo más alto. Se vigilaba. Estaba decidida a evitar el derrumbe, a transgredir indemne la barrera material. Algo tenía que haber más allá de sus ojos que suspendiera la propia existencia por encima del presente, el pasado y el porvenir, del tiempo y las distancias: polvo humano quizá, sombras extraterrestres, una

dimensión en donde ella podría ocupar el mejor sitio, el único donde no estuviera nunca sola.

A veces su cosmos se llenaba de humo; «humo sideral», repetía bajito Julia desde el azogue. Los hombres eran ciegos: morían como pollos, se devoraban unos a otros en su rabia de entregarse a la muerte detrás de cualquier puerta, al final de una calle, bajo un árbol seco; sin percatarse de que en un solo cerebro humano se contiene todo el humo vital, y que, en la aparente oquedad de unos ojos, flotan los infinitos universos... Y ella sí, ella sí se daba cuenta de eso, ahora que estaba habitada, total y definitivamente habitada.

De pronto Julia se inclinó sobre su rostro y como quien apaga una vela le sopló en los párpados una, dos, tres veces. Angelina la sintió tan cerca, tan cerca, que no pudo evitar la tentación de agarrarse y tirar de aquellas trenzas que eran también suyas.

Un simple amor

Yo tenía que volver a mi planeta de origen, tenía que recobrar mi verdadera forma, mi lenguaje, y hasta esta manera de amar que tú nunca entenderías. Yo estaba obligada a renunciar a ti desde el principio y desde mucho antes, porque todo estaba programado, todo fue parte de un plan urdido por los míos. No importa ahora con qué objeto. Lo único que importa es que tú sigues allá y seguirás allá hasta el último de los días, mientras yo busco tu olor a través de las galaxias y cierro los ojos para pensar que pudo ser, sí, pudo ser, aunque en el intervalo de un instante universal y por un complejo subterfugio de las dimensiones: tu cuerpo y mi cuerpo se fundieron, tu espíritu y mi espíritu se palparon con sus diversos tentáculos. Y yo guardo tu nombre como dentro de una esfera musical. Lo agito y suena, repica suavemente: Alberto... Alberto... ¿Será tarde para nosotros? ¿Será eterna esta tardanza, esta lejanía? Y tú, ¿podrás oír cómo te hablo? ¿Te acordarás de mis ojos cuando nos despedíamos? Yo recuerdo los tuyos, y el paisaje donde se consumían como dos extrañas abejas incandescentes: el malecón que anohecía, las parejas hundidas en su profundidad de amantes, el halo de la nave que descendía, abriéndose en la inmensidad del horizonte sobre el mar... «Mira», dijiste, «¿qué es aquello? Parece como si un fósforo gigantesco hubiera caído en la atmósfera.» Y me hacías volver el rostro hacia la altura y fingir asombro, cuando yo sabía bien lo que era. Desde allá me estaban ordenando: «X-4, diríjase inmediatamente a la coordenada escogida. Esperamos que

traiga un informe completo.» Había prisa en recogerme. Y yo debía cumplir con el programa. Y yo debía huir de ti, aprisa, como una torpe terrícola alucinada. Abandonarte, huir de tu espacio, sin derecho a retener otra cosa que el recuerdo y esta entrañable sensación de ahogarme entre tus venas, en el cálido flujo y reflujo de tu aliento...

Me decido a dejarte en el estante, junto a esas otras imágenes relegadas que se nos van cubriendo de arañitas y polvo, aunque no acaban nunca de desmoronarse. He intentado romper tus rasgos físicos con las fotografías que nos hicimos frente a los *Rita Longa* de la ciudad grande y mis bocetos a crayola, donde nunca mirabas con el destello real de tu mirada; pero para eso hubiera tenido antes que saber coserte lo suficientemente adentro y procesarte como algo ajeno y propio al mismo tiempo, entre las amalgamas inesperadas de líneas y colores. Culpa del fondo de tus ojos. No te hago un retrato más, decía yo, si pudiera te borraría la cara, sí, te borraría toda, a ti completa. En lugar de eso, copiaba tu nombre al margen de las ecuaciones diferenciales y los análisis estáticos. Adriana, en cada hoja de mi manual de campo. Te dejaba goteando permanentemente en la memoria; mis apuntes de clases, entonces, se quedaban en suspenso entre estrofitas mal rimadas y metáforas que se chorreaban entre sí de excrecencias dulces y viscosas. Un descuido del pulso y el *Keuffel* se iba de burbuja: una Polar divina, fría y cercana que casi se pegaba a la nariz, me había dejado ciego. Y no era el mareo del que ama a hora y deshora, antes y después de las comidas, sino el ademán de sorpresa que inaugurara una zona apenas conocida del sentimiento; y ese deseo, ese obsesivo deseo de pagar lo recibido... ¿Recuerdas cómo empezamos a querernos? Fue bajo un árbol (majagua o yagruma) cerca del edificio de tu escuela, durante un receso de la preparación combativa del domingo. La hierba pinchaba a través de la tela y las astillas del sol le caían a uno con saña en la cara. Yo rompí el hielo;

intercambiamos datos personales, de esos que definen una presentación más o menos en regla. No te acostumbrabas a La Habana, que te parecía una casa enorme llena de adornos superfluos y luces fatuas pero deshabitada; yo no estuve de acuerdo contigo. Te daba espanto la violencia y tu libro favorito era *El pequeño príncipe*. En ese instante te sacaste una bota y la media verde olivo. Que no me fijara yo en tus pies, aquellos dedos largos y ligeramente torcidos, raros en una muchacha. Entonces te ayudé a cortar con los dientes las tiras de esparadrapo y ponerlas en cruz sobre la ampolla del calcañal. El roce de mis dedos te intranquilizó, pero ellos prolongaron el rito. A partir de aquel día coincidimos en mítines, asambleas, cines, museos, incluso caminando por el malecón; y en la playa. Nos estudiábamos de reojo, siguiendo nuestros rastros de hormigas civiles, tú y yo en la multitud, tremendamente acompañados y a la vez tremendamente solos por razones de ancestro. Nunca te mostré los poemas que te hacía, sobre todo en aquellas vacaciones interminables y los meses de trabajo productivo cuando la siembra de baliza para cortinas rompevientos, tú a kilómetros de mí, y yo soñando de sol a sol, con el nivel a cuestras, los grumos de tierra colorada reseca por el verano, los arroyos sorprendidos en medio del bosque, las piezas como de ajedrez y los castillos de sotas, cartas y cartas dignas de un Werther tardío tanto como de cualquier otro amante intemporal, saludablemente cursi. Meses sin sentir la proximidad de tu olor a resaca y limos acendrados. Luego, por fin, el resplandor de una arena común donde estábamos tendidos, la arena fina casi tan blanca como en Varadero, las picadas del «caribe», el cielo azulito, tus ojos azulitos y la toalla ondeando por sobre nuestras cabezas, agarrada por las puntas a cuatro horquetas flacas. De pronto empecé a sentir esa extraña impresión en que las células de los tejidos y las cosas aparecen aumentadas bajo mis dedos como bajo un microscopio táctil. Hundí las manos en la arena, para ahogarla; pero percibía entonces los cristales de cuarzo y feldespato como pedruzcos. Toqué mi trusa: sus fibras eran semejantes a la corteza

de un pino. Tus pies hacían rodar de un lado para otro, inquietos, un pedazo de madrepora. «¿Qué te pasa?», dijiste, «¿te sobran las manos?» Es que me arden, llevamos como tres horas bajo el sol. Nos olfateábamos discretamente; y tú ni te arrimabas ni rehuías los contactos furtivos. Permanecías ahí, quieta como una tabla. Hasta que, no me explico por cuáles impulsos y sin preámbulo, dijiste que era un ritual exasperante. ¿Cuál ritual?, quise saber. Entonces dijiste que eso de esperar a que el hombre se decida, y que si yo tenía miedo. ¿Miedo? ¿De qué iba yo a tener miedo? Entonces dijiste que a ti sí te daba miedo, que el amor siempre te daba miedo: veías la consabida copa como un cáliz de iglesia tiznado, como un trofeo de guerra, así la veías. Entonces confesaste tener escasísima experiencia en cuestiones de sexo, y preguntaste si yo había estado ya con mujeres. Pues claro, ¿o tú eres de las que creen que los poetas caemos de la luna, o que nos cazan con jamo en el monte? Yo sí había tenido mujeres, no muchas, porque era excesivamente selectivo. Luego, en seguida, el resplandor alucinante de la tarde, la ráfaga seca que hacía rodar los granos de arena fina, las ronchitas del caribe, tus dedos que hurgaban en la arena fina. ¿Me oías? Sí, que continuara yo hablando, te dolían los ojos y por eso los cerrabas; que arreglara yo la toalla, que te cogiera la mano... ¿Cómo? Que te cogiera la mano, nada más que la mano. Una especie de mariposa gris pasó rente al horizonte espumoso. Un cangrejito venía con sus tenazas sucias de viento, muy pálido, levantando en marcha intermitente sus patas delanteras. El aroma a mujer fresca, tus hombros pecosos, los dedos escarbando en su forcejeo por encontrarse en lo profundo. Debió de haber regresado la ilusión táctil al apresar todas las células de aquel gorrión de diez tentáculos frágiles que yo mismo estaba sepultando vivo bajo pequeñas dunas de polvo amarillento. Aquel amor llegó como una fiebre, una ambición de qué. Ibas conmigo a todas horas, tú, enigmática o triste, riendo por los dos, de mí y de nuestros hallazgos cargados de una pueril incomunicación. La primera vez fue en una habitación del hotel Plaza. Recuerdo que te quedaste apoyada en el

dorso de la puerta, ya adentro, temblando. Nos abrazamos y me contagiaste el temblor. No te pongas así, Adriana. Nos miramos a los ojos con esa mirada de siglos, rígidos. Sonreímos. Fui a abrir las persianas y la luz hizo palpables la mesita de noche y un cubrecama rojo. Nos asomamos juntos a la ventana: por la calle pasaba una banda de pioneros. Me gusta el redoble, comenté. Ellos sí que están limpios, susurraste. Y nosotros, ¿no estamos limpios? Nosotros nacimos entre ayer y hoy, en el punto de cambio, y tenemos un costado bueno y el otro podrido. Cada vez que intentamos apoyarnos sobre el lado enfermo, nos duele. Discutimos la idea antes de desvestirnos. No temblábamos más. Los objetos se nos hacían familiares: las sábanas de mucho uso, como manchadas por capas superpuestas de sudores y líquidos diversos, las grietas en el escayolado del cielo raso, los frenazos de las guaguas que rebotaban en aquellas cuatro paredes igual que pesetas en un balón de aluminio. Aún joven la noche, bajamos a comer en la Plaza de la Catedral, y el ambiente de flora umbría, las guayaberas y el gorgoteo incesante de cascadas finísimas, invisibles para los ojos, se acomodaban con nosotros sobre el mantel percutido también por la intemperie humana. Manos que trasponen las cercas de púas del contacto, ah, dedos misteriosos de las manos. Después, alquilábamos los fines de semana, una, dos noches; el estipendio de becas y lo que me mandaban de casa se iba casi todo en eso. Pero algo iba a estallar contra los tabiques allá adentro cuando menos lo esperaríamos, algo que yo intuía en tus marasmos inusitados y tus negativas y celos irracionales. Las cúpulas se iban a quebrar de un golpe junto al presentimiento de algo que no se logra ver ni tocar y que flota en algún sitio del cuerpo adonde no nos dejan llegar nunca. Contigo, es cierto, el acto se multiplicaba en mil otros actos diminutos, dulces y alegóricos. No era un simple amor, porque nos daba miedo. Yo lo he comparado a veces con un edificio en construcción que lanzábamos contra el resto de los amores que hacen huésped del mundo. Era un amor-choque de dos que llegan a una esquina por donde muchos otros habían transitado ya sin

tropezarse. Era un amor con cabeza, y piernas y brazos en formación; nuestro y ajeno entre todos, porque, ¿quiénes eran aquellos que entraban en los teatros y los cines, o se quedaban varados en las colas de pizzería, en las terminales de ómnibus, frente a los muros de marzo o diciembre? ¿Quiénes eran aquellos tantos que no conseguían reconocernos al pasar, ni descubrir en nuestros gestos las angustias y alegrías de la infancia, los deseos insatisfechos de la adolescencia reciente, como un pan acabado de hornear que ya se enfría? ¿Quiénes, que les era permitido irse a sus casas respectivas sin saber nuestras señas personales, sudar por nosotros, llamar a nuestro teléfono inexistente, bañarse en las mismas aguas y atravesarnos sin querer con apenas un vistazo de superficie y una sonrisa distante? ¿Estarían conscientes de su papel social? ¿Habrían sido molidos a palos y luego reconstruidos e indemnizados por el presente poco a poco, pasito a pasito? No sé, Adriana, por qué te empeñas en huir de las razones, no se puede vivir huyendo de las razones, Adriana... Ya sé, ya sé lo que contestarás, que yo soy igual que los otros, pero no lo dirás en serio, supongo, y qué si fuera en serio, pues yo preferiría que no lo fuera, tú preferirías, tú preferirías... todo lo empiezas así: yo preferiría, yo creo, yo considero, yo trato... yo me colocaba en el vórtice del Universo, según tú, Adriana, y terminaba por resultar el mismo tendencioso machista que los demás hombres, y de acuerdo con lo que se había hecho siempre y en la forma en que siempre se ha hecho: el beso, los hijos, el matrimonio, el intachable hogar. Todo en orden, como desde la Antigüedad hasta nuestros días. Al menos para mí eso era lo lógico. ¿Lo lógico? ¿Y qué es lo lógico en el amor, si puede saberse? Tú no me entendías. Vámonos ya, no tiene sentido que nos torturemos el uno al otro... Somos incompatibles, ¿no te das cuenta? Adriana, Adriana... Nada, que te ayudara a destrabar el zíper, que te dejara tranquilo el pelo. Entonces, ¿me echaba a llorar en tu hombro o te entraba a bofetadas? ¿Recuerdas cómo nos despedimos? En el malecón. El mar hervía y el viento hervía, el rumor de la espuma también, esa espuma que semeja un

cerebro líquido raspando el dienteperro. Qué grave asunto apresar ese rictus de garza prisionera que se afila, se afila y sigue afilándose en abstinencia de agua y comida, emperrada por falta de libertad o exceso de ausencia, quizá porque ya no hay raíces que la identifiquen con el espacio alto, hasta que acaba por desaparecer con un estallido inaudible. Y el mar, Adriana, qué mar aquel. Yo he contemplado el mar un puñado de veces, lo he visto con todos los ojos que tengo dentro de los ojos. Y resultó una masa de manos frías y manos calientes que se van levantando hasta la cintura, hasta el cuello, y te inundan y uno a veces no tiene ni una latica para achicar. Después, he vuelto a ver el mar de mil maneras: desde el malecón bajo el solazo de agosto, el mar desesperado y el mar condescendiente, el mar Baudelaire y el mar Pilar. Incluso desde adentro, metido entre el sargazo, y el sargazo me ha ido escalando el cuerpo y yo he espulgado el sargazo, he ordeñado su tímida clorofila y me he dado cuenta entonces de que alguien me estaba observando desde el fondo, quizá un pez fantástico, el caballo de Onelio desterrado en una corteza de hipocampo, a lo mejor el último y más noble de los tritones, Venus con la cáscara rota. Y me he quedado a la expectativa, a ver qué pasaba, con la esperanza de hallarte entre los cristales salinos de la memoria. Así he sentido el mar de nuestra despedida, frente a un Castillo del Morro que se iba empañando. Y también he visto caer en el mar un fósforo del tamaño de una luna llena, caer en la atmósfera y el mar soplando las olas del mar en la atmósfera como en un charco insignificante de mercurio; y a la mañana siguiente he leído en el *Juventud Rebelde* que mucha gente ha visto caer un fósforo así alguna vez, aunque jamás en el mar sin apagarse, aunque jamás pensando de esta forma en ti, Adriana, en si te quemarías por fin con el incendio que iba a prender ese fósforo en el fondo dialéctico y perennemente habitado del mar.

Qué difícil fue someterse a tus límites. ¿Era así como los terrícolas concebían las relaciones entre ellos? ¿Era así como había que actuar siempre, bajo cualquier circunstancia similar, sin intentar otros saltos, otras penetraciones? Yo indagué lo que pude, traté de hurgar en tus instintos por debajo de la cáscara que te había impuesto el devenir de tu mundo. Quise que te fueras conmigo por encima de todas las cercas, enseñarte a levitar buscando en las fuerzas del EGO MOR (así lo llamamos nosotros) la compensación a las innumerables pequeñas y grandes frustraciones. Tú eras un ser humano común, joven, cuajado de energía; y yo pasaba por la Adriana de un programa dispuesto según ciertos estudios, fui ella, absolutamente ella para ti, como pudo haberlo sido cualquier otra mujer común, joven, cuajada de energías. Pero, te repito, era tan difícil someterse a aquellos patrones rígidos como la piedra o acaso menos flexibles que una barra de ligur (el metal que no vuela). Fue tan angustiioso el encuentro entre tú y yo, que me vi obligada a sufrir casi humanamente, a dejarme llevar por esa corriente voraginosa que provenía de ti y que no tenía nada que ver con el plan de los científicos de mi planeta. Ahora descanso en un aro flotante, me expando, en espera de una próxima misión mientras recupero fuerzas. Ya no volveré nunca a la Tierra. Pero quedan tus ojos, el imán de tus ojos que me nutre por encima del tiempo. Nos tocaremos quizá alguna vez, en el receptáculo adónde van a parar los restos del NO YO, en el crama de los círculos estelares. ¿Quiénes somos nosotros, ahora, sino sólo dos amantes inconmensurables que no pueden verse ni oírse, dos seres elementales que se buscan en el vasto abismo de los días?

La corriente perpetua

I

—Quiero saber si realmente existo.

—Claro que existes. Sólo que fuera del mundo de las formas. Tu materia es mucho más sutil que esa que te hemos dado para engañar a los terrícolas.

—Pero no puedo verla...

—Sería fatal para ti, estallarías en mil pedazos. A nosotros nos está permitido oír, palpar, oler y saborear el curso de la vida que contiene a minerales, animales y plantas; pero la apariencia es el límite.

—Y ellos, ¿qué saben de nosotros?

—Casi nada. Su capacidad de ver con los ojos les dificulta el tránsito. Tienen el corazón lleno de imágenes. Adoran las imágenes, se embriagan con ellas, se agitan mareados de figuras que vienen y figuras que van, de elementos corpóreos que viajan en todas direcciones, ondas fotocopiadas en pantallas, micropartículas aumentadas bajo lentes potentísimas, infinitesimales cosidos unos a otros para formar reacciones en cadena...

—Me es tan difícil entender.

—No puedo explicarte más, porque yo tampoco sé.

—Y yo, ¿qué hago aquí, con estas manos y esta cabeza?

—Eres uno de los nuestros, dispersos en el planeta. Tu papel es sentir. Vive entre ellos y siente, participa de ese mundo. Después estudiaremos la experiencia.

II

Estoy percibiendo otra desgracia. La siento a flor de piel, sobre cada palmo de pared, en cada sinuosidad o recoveco de estos cómodos sillones de mimbre. Están inquietos, rebullen con una especie de miedo acerbo, igual que en vísperas de la muerte de Adolfo, nuestro hermano mayor.

«Alguien más que nos deja», susurro para mis adentros. Y comprendo que casi es lógico que suceda, por el estado de sopor y depauperación que reina en la familia, en sus costumbres de horas fijas, en su modo de conservar los hábitos domésticos desde tiempos remotos; hasta en eso de pretender la crianza de los niños como si se tratara de simples conejos. Por suerte, ellos se rebelan y escapan como pueden a través de sus juegos y de los estudios en la escuela secundaria del pueblo.

De los tres muchachos, Juliancito es el más doliente y el más afectado. Eduardito parece el menos vulnerable, y María Cristina resulta como una media entre ellos dos. Juntos crecieron y juntos andan para arriba y para abajo; sin embargo, yo sé que al final se irán por rumbos divergentes.

III

—¿Y por qué ellos tienen que dormir?

—Descansan. Recuperan energías para continuar alimentándose de las formas. Al mismo tiempo archivan las imágenes que se quedaron extraviadas, inventan otras nuevas para suplir las que esperaban y nunca llegaron. A eso le llaman ellos «privaciones y frustraciones». Ponen en orden su conciencia, hurgando por debajo de la voluntad. Y nosotros les damos una mano... Soplamos y soplamos desde adentro, aunque no puedan reconocernos. Sin nosotros, les costaría mucho más trabajo encontrar la verdad al día siguiente.

IV

Desde la muerte de Adolfo la casa anda al garete. Alina, que se supone sea quien se ocupe de los menesteres principales, como dueña que es, pasa una buena parte del día encerrada en su cuarto. No tanto ya por el dolor de la pérdida, sino porque siempre le gustó vivir en abandono de sí y de quienes la rodean. Ahora tiene un pretexto. De manera que se dedica a erigirse un reino entre las almohadas y a recortar de revistas hasta altas horas de la noche, aun cuando Leonor, su marido, hace rato que está echando el primer sueño. No sabemos qué será lo que recorta con tanto afán; pero desde mi habitación a la izquierda de la suya, oigo el riqui-riqui de las tijeras, que a veces parece un suspiro, y que yo imagino bordeando, calando, abriendo brecha en el papel impreso. Tampoco me explico qué hace después con los recortes, si los guarda o los bota, o simplemente los va pegando en álbumes que nadie ha visto. Pasto ideal para trazas y cucarachas de las que abundan en nuestra casona de campo.

Fue Alina la encargada de cuidar a Eduardito después que murió su madre, y como se trataba del único hijo de nuestro hermano Adolfo, el cabeza de familia y a la vez el favorito de todos, ella y Lucía, mi cuñada, no han hecho más que disputarse su cariño desde entonces.

V

—Y nosotros, ¿no tenemos nuestros propios sueños?

—Cómo no. Y nuestro sueño principal es el contacto absoluto con los seres humanos. Por el momento sólo podemos conectar circuitos parciales en su masa encefálica. Pero sería maravilloso adquirir el misterio de las formas, presentarnos ópticamente ante ellos como entes vivos que somos: la nueva materia imaginada por sus poetas y científicos, la sustancia oculta bajo el yo primordial.

—Me asustas.

—¿Por qué?

—Pienso cómo será la luz...

VI

¿Cómo será la luz?, me pregunto. Las formas traen al mundo la esencia de la luz. Y supongo que es algo mucho más perfecto cuando uno puede tocar la luz que cuando la ve. Es como descubrir las cosas en su plena desnudez, en sus rebordes y concavidades profundas.

La ausencia de las formas me aterra, porque es la ausencia de la luz. En el espacio sólo queda entonces el olor de las formas, flotando y expandiéndose en la oscuridad que hay afuera. Y a veces también el olor del vacío, semejante al de la muerte. Rancio, como un soplo de canela en descomposición.

Siempre he sido propenso a meditar sobre estos temas, y en la familia se acostumbra atacarme diciendo que, además de ciego, filósofo. Yo sonrío y me sumerjo de nuevo en cavilaciones. Y siento el rumor íntimo de muebles y objetos, acercando el oído, pasando la yema de los dedos suavemente, muy suavemente, para no lastimar e interferir el curso de la corriente perpetua.

VII

María Cristina se pasa tardes enteras regando y espulgando sus lechugas y tomates en el huerto que sembró Adolfo en la parte de atrás de la casa. Eduardo, en cambio, se dedica a la cacería de lagartijas y tejonas, que abundan en el patio y el jardín. Y Juliancito lee novelas de aventuras y llora en silencio por el menor motivo o sin él. Qué muchacho éste, tan lejano. Da la sensación de que levita sobre las formas de la luz como si no tuviera cuerpo. Flota, o yo lo siento flotar, sobre todo cuando llega del río adónde van a bañarse en los atardeceres. Entonces, acabado de bañar, chorreando aún

los cabellos de ese líquido fragante, mi sobrino es lo menos doloroso que le es dado ser.

Clotildo, su padre, se intranquiliza, y ha cogido por amenazar con meterlo en cintura a fuerza de janazos, diciendo que lo suyo son mariconerías. Y lo acosa con sus advertencias: «No hagas tantos ademanes, camina derecho, habla con voz de hombre, no te pongas a jugar aquí o allá, con esto o con lo otro...» Su mujer lo secunda, pero es mucho más condescendiente, y el niño vive apegado a ella. En lo que respecta a mí, me trata con cierto agradecimiento, como si el único capaz de perdonarle su ingravidez permanente fuera yo.

—Déjame ver cómo eres, Julián —le digo, y él se acerca para que yo palpe su rostro alargado de catorce años—. Tu nariz está muy bien cortada. ¿Tienes los labios rojos?

—¿Tú qué sabes? —exclama con amargura, asiéndose a mi ignorancia de los colores.

—Sí, debes de tenerlos rojos. El rojo es el color que más rápido se identifica, por su temperatura elevada.

De pronto comprendo que sus mejillas se han humedecido.

VIII

—Y ahora, ¿qué hago?

—Prueba a avanzar. Ese es el arcoiris; tiene siete colores de los cuales el rojo es el más caliente. Puedes tragártelo si quieres.

—Y después, ¿qué queda?

—El espacio, inconmensurable.

—Y el espacio, ¿tiene colores también?

—Infinidad; desde el todo hasta la nada que ellos llaman blanco o negro. En el espacio todo es múltiple, hasta las formas, esas que no podemos ver.

—Y si me lanzo de un punto a otro, ¿qué pasará? ¿Podré tropezar con alguna de esas formas diversas?

—Avanza. Sólo el próximo paso te dará con exactitud una respuesta.

IX

Leonor es un balcachán; trabaja porque lo obliga la necesidad y la rapidez con que crece su hija María Cristina. Pero cada vez que encuentra un chance se acomoda junto al radio, mañana, tarde y noche. Mientras Alina recorta y el riqui-riqui de las tijeras cruza el aire en todas direcciones, Radio Reloj (o algún programa informativo-musical) permanece en sintonía. Y aunque, evidentemente, para Leonor no significa otra cosa que una serie de ruidos intermitentes que lo dejan estéril ante cualquier otro estímulo, la sonoridad amorfa de un trombón o el estribillo de una flautica apócrifa se cuelan en mis sueños para arrastrarme hasta el último círculo de las pesadillas donde están esos seres invisibles que hablan y hablan sin parar de cosas que no entiendo. Entonces hay que levantarse y protestar. Leonor transige con un gruñido, apaga el radio, y queda únicamente el rumor de las tijeras haciendo tiras el aire compacto de los pasillos y la habitación. Y a lo mejor ya hace rato que Alina se durmió, pero la voz de su manía es más poderosa que el sueño y persiste en el fluido de las horas. Con ese mismo afán con que ella se dirige a Leonor para decirle: «Leo, te odio, aunque no pueda prescindir de ti.» Lo llama por el apócope, como todos nosotros, porque a él le da vergüenza su nombre.

—Jodedores que eran mis padres explica, disculpándose.

Él prefiere que lo chiqueen, pero la gente lo conoce por Leonor y Leonor seguirá siendo, mal que le pese, hasta el último de sus días.

X

—Aquí estoy de nuevo.

—¿Dónde habías ido?

—Ellos me despertaron con sus ruidos: programas de radio, tijeras, vasos que se rompen al caer, plumas de fuente que estallan solas en el tintero; silbidos de misiles, ronroneo de máquinas, estallidos de bombas, escapes de automóviles, salvas de cañón...

—¿De qué te quejas? Los ruidos son algo extraordinario.

—No, si no me estoy quejando. Solamente dije que ellos me despertaron con sus ruidos, eso me hizo ir y volver, como me hace ir y volver día tras día.

—Los ruidos son las mejores señales de que estamos vivos.

XI

Pienso en los muchachos con lástima, y cuando les hablo aprovecho para instarlos a decidir su futuro lejos de aquí. Juliancito debería estudiar pintura, y los otros quizá Medicina o cualquier carrera técnica que los mantenga apartados de este caos de discordia.

Ahora a Lucía le ha dado por echarle en cara a Alina la muerte de nuestro hermano mayor.

—Ella fue la que se empeñó en que Adolfo domara a ese potro cerrero —dice, aunque por debajo del despecho está convencida de la infamia que entraña su acusación, porque fue Adolfo quien decidió por sí mismo montar al animal, y el animal lo tumbó (desgracia) y él se desnucó al chocar su cabeza contra la cerca del potrero, desgracia más grande aún pero culpa de ninguno.

Mi hermano tenía demasiado temple para dejarse influir por nadie, y siempre trataba de llevarnos la contraria. Escandalizaba a la gente con sus salidas de tono. Me acuerdo que en vísperas de su muerte, Alina y Lucía se encontraban enfrascadas en una de esas discusiones tontas, como la de hoy, y Adolfo intervino diciendo que si en casa seguía el relajo, él iba a poner un CDR. Enseguida se apaciguaron los ánimos, y mi hermano después andaba riéndose por los rincones, que hasta la noche le duró la gracia de su propio chiste. Pero yo creo que en el fondo guardaba una verdadera tendencia a ponerse de parte de la Revolución, y hubiera acabado pisoteando los esquemas de la familia. De lo que yo me hubiera alegrado muchísimo, porque esto anda mal, muy mal; me doy perfecta cuenta, aunque no haga nada o casi nada por remediarlo.

No participo de los disturbios ni de las decisiones. Me conformo con soportar esta atmósfera densa, aparecer y desaparecer entre ellos como alma en pena.

—Eres un cabrón murciélago —me injuria Leonor, y de ahí pasa a regañar a los niños, que son quienes pagan siempre los platos rotos.

XII

Soy ciego de nacimiento. Pero poseo el don de un rápido discernir, y algo como radares que me indican dónde están colocados los muebles y dan la posición exacta de puertas y ventanas. Me muevo lento por los pasillos y laberintos que componen esta vieja casa y esta más que vieja familia. Puedo saber, incluso, cuando alguien va a morir.

—Alguien se va a morir.

Dije bajito, la noche antes de que perdiéramos físicamente a Adolfo, mientras todos estábamos reunidos alrededor de la mesa.

—Alguien se va a morir, Adolfo —puntualicé—, tienes que andar con mucho cuidado.

—Tú siempre con tus guanajadas —exclamó Lucía, quizá sólo por romper el silencio.

Juliancito se echó a llorar y hubo que llevárselo para la cocina.

—Está cada día más nervioso —dijo Alina en un susurro, tratando de disculpar a su sobrino.

—Está cada día más comemierda —remachó Clotilde.

—Dejen que el muchacho sea como le dé la gana. Para eso es gente ¿no? Cada cual tiene derecho a escoger su propia manera de ser —concretó Adolfo, defensivo.

—Tú siempre apañándolo —dijo el padre—, pero él tiene que ponerse duro. O se pone duro, o le parto en el lomo todos los cujes del monte.

Y no se conversó de ningún otro asunto hasta el final de la comida.

XIII

—¿En dónde vivimos nosotros, si puede saberse?

—Qué preguntas tan difíciles haces. ¿Cómo puede saberse dónde vivimos nosotros? Tenemos una movilidad continua, raíces sensibles que se dispersan buscando savia inmaterial, fuentes donde beber energía. Pero el «dónde» no tiene lugar fijo. Está más allá de la nada o del todo. ¿Comprendes?

—No, no comprendo

—...

—Me he estado preguntando tantas cosas... Por ejemplo, ¿cómo será la penumbra?

XIV

¿Cómo será la penumbra? Indago dentro de mí, y sin embargo, sé de qué se trata, cuál es su textura y su perfume. La he reconocido innumerables veces, en toda su languidez o furor. Como ayer tarde, mientras paseaba entre los árboles y arbustos del traspatio. Allí donde acostumbro a sumergirme en la hojarasca y me detengo a escuchar el zumbido intermitente de la naturaleza: la resina que desciende, cristalina, por los tallos carnosos del ítamo real y el alhelí. Los gorriones, que aquí los hay por miles, colgando de sus nidos en las horquetas olorosas a clorofila, y hasta los huevecitos próximos con un latido adentro de polluelos, las inexistentes alas pequeñísimas...

Tengo todos esos ruidos clasificados. Pero ayer descubrí uno distinto, semejante al de las palomas que se entrelazan y el run-rún de sus plumones fregándose uno contra otro. Voces ahogadas, lejanas y cercanas a la vez, puestas frente a frente. Una de ellas muy frágil, y la restante más bien sedosa y densa, masculina.

Me invadió un pudor extraño y regresé a mi cuarto entre excitado y aturdido. Me acosté bocarriba y me sumergí en un ensueño componiendo la presencia de un hombre y una mujer fundidos sobre

hojas y ramas secas. Un olor a tragedia, a elemento clandestino, llegó junto con la fuerza de arrastre de mis inhibiciones. Toqué mis muslos fríos y solos, mi vientre bajo la camisa, virgen a otros estímulos que no fuesen los del agua lluvia y mis manos acariciando, fatigándose sobre él.

Después, el fuego y aquel alarde irracional de erotismo retenido dejaron paso a la idea y el presentimiento.

¿Lucía y Clotildo? ¿Por qué iba a ser, en aquella complicidad silvestre y a hora tan imprevista? ¿Tal vez el otro matrimonio de la casa, Alina y Leonor? Pero si ellos apenas se trataban...

Entonces me vino a la mente un comentario de Lucía sobre María Cristina:

—A esa niña hay que prohibirle que se vaya a jugar por ahí con los varones. Eduardo y Julián son dos hombres ya, y ella también está bastante crecida. Ahorita tiene que ponerse ajustadores.

—Su madre debía habérselos puesto desde hace rato —recalcó el marido—, es una indecencia ver cómo le bailan las teticas por debajo de la blusa.

Yo pienso que los niños crecen y uno ni cuento se da. Que les nacen otros apetitos, otras necesidades. Y me tranquilizo un poco, porque nadie mejor que sus primos para iniciar a mi sobrina. Pero, ¿cuál de los dos será el favorecido? Y me respondo enseguida: Eduardo, es lo más probable. Un muchachote vigoroso, de temperamento rústico aunque moldeable, con algo de retraso en sus reacciones pero dueño de ese encanto animal de los seres anatómicamente espléndidos.

—Déjame ver cómo eres, Eduardito.

Y le bojeo el rostro anguloso, con facciones cortadas a cuchillo. Sobre el labio y en las patillas, el pelo es felpa pura que se va ensortijando hacia arriba. Tiene pestañas muy largas, como las de María Cristina. Y comparo en todo con ella, poniendo sus cabezas disímiles una al lado de la otra. Quizá ellos dos...

XV

—Sé que algo va a pasar, y no puedo evitarlo.

—Precisamente, tu tarea es no evitar nada. Ellos pierden la forma con suma facilidad. Un instante después, y ya no existen, al menos tal como eran. Sólo queda su energía, la energía de lo que fueron, la que produjeron a lo largo de su evolución. Una energía que ya no se encuentra en el tiempo ni en ninguna parte conocida por ellos.

—Me da pena por las formas...

—Trata de ser inalterable: escucha, siente, transmite. Pero no intervengas en lo absoluto, o habrá que retirarte de circulación.

XVI

El presentimiento se ha ido acendrando y comprimiendo. Ya sé por dónde viene. Tiene objeto y lo busca como a un fetiche. Tiene nombre y se expande por encima de nosotros mientras devoramos monótonamente nuestro almuerzo.

Nos vamos quedando cortos de familia. O será que nos va quedando demasiado ancho el espacio, y es preciso trazar rumbos mejores, caminos con puentes y ramales para que cada quien haga su cubil aparte y constituya una nueva familia donde, si alguien falta, los demás no están solos.

Por eso vuelvo los ojos impasibles, sin sentido, hacia la esquina del mantel en que Juliancito sorbe el potaje sentado entre sus primos.

—Alguien se va a morir.

Y padezco el peso de las miradas, acusadoras, irascibles o aterrorizadas. El temblor de Lucía, el tic tac de Radio Reloj, que sale de la frente abstraída de Leonor: la bronca reciedumbre de Clotildo y las tijeras insaciables de Alina cruzándose en zambé por debajo de sus rodillas para conjurar el mal.

—¡Cállate! —casi me grita Clotildo.

—¿Vas a seguir matándonos uno a uno? —gime Lucía, sin aliento.

—¡Además de un desgraciado murciélago, eres una desgraciada tiñosa de sucia entraña! —dice Leonor, y se pone en pie de un salto, amenazante.

Únicamente la impasibilidad de mi hermana Alina viene a salvar la situación.

—Vamos, no se digan más idioteces. Aquí a nadie le pasará nada —Hay un silencio de nata recién hecha—. Y tú... —suplica, dirigiéndose a mí— haz un esfuerzo por contener tu aprehensividad, por lo que más tú quieras.

Si en ese momento me hubieran concedido alguna capacidad de presentir, si hubieran confiado un poco en lo que está más allá de la imagen, del mundo relativo en que nos desenvolvemos, tal vez hubiera podido evitarse la tragedia. Aunque no, posiblemente no... Ahora ya no tiene la menor importancia. Hoy sé que, penumbra o luz, se incorpora gota a gota dentro de uno hasta hacerse algo muy nuestro, y si uno no sabe defenderla puede apestar tanto como la muerte, con ese mismo vaho rancio de canela podrida que ahora entra a raudales por las celosías del comedor, mezclado con el de los jazmines que ya empezaron a florecer.

XVII

—Chupa para que le sea grato el tránsito.

—No podemos dejarlo abandonado a su suerte.

—Chupa, chupa para que florezca. Es sólo una criatura indefensa, algo que se ahoga, que se nos echa encima.

—¿Y por qué no devolverle a los terrícolas?

—¿Estás loco? Se trata de la muerte de ellos, la muerte de él. Intervenir en un asunto tan delicado podría ser terrible.

—¿Terrible para quién?

—No preguntes tanto y chupa, chupa para que no sienta dolor, para que pase por el agujero negro, así, así... Ahora aprieta un

poquito más, menos, menos... Con delicadeza. Ahora empuja su corazón sobre el abismo.

XVIII

Todo por ver solamente en la superficie, en lugar de aferrarnos a la intimidad de las formas, que es la intimidad de la luz. Todo porque mi cuñado Clotildo, que no sabe de ella más que a través de lo que alcanzan sus escasos ojos, se aventuró por casualidad entre los árboles que conducen al río y sorprendió a los amantes en plena entrega (María Cristina debajo, con las piernas abiertas, y Juliancito encima, suavemente convulso); todo porque fue incapaz de contener el torrente de sus frustraciones, esas que vienen arrasando todo lo bueno del hombre desde muy dentro y que a veces se parecen a la rabia, y se abalanzó sobre el niño para pegarle con una vara en el pecho, en la cara, en todas las partes posibles del cuerpo. Hasta que el muchacho logró escurrírsele y echar a correr hasta donde el agua del río es más turbulenta y el sonido de los peces se confunde con el lagrimeo de los sauces...

XVIII

—Mira, Juliancito, esta es la verdadera noche.

—Cuando salga la luna, verás a la pequeña Ágata asomarse por encima de los árboles. Ella siempre es la primera en salir, después vienen las otras y se suman a la fiesta... Allí, en aquel claro, danzan y chillan toda la madrugada alrededor de un enorme caldero lleno de piedras preciosas.

Las brujas son muy bellas, sus rostros compiten con las pinturas de Botticelli.

—Y hacen sonar sus brazaletes de plata, y se remontan en escobas de plata, y sacan a los duendes de sus madrigueras y...

—¡Ay, quiero cantar, quiero cantar...!

—¿Quién anda ahí?

—Son voces que gritan desde mi cabeza.

—Además de ciego, idiota

—Pobre loco. Desde que su sobrino favorito se ahogó en el pozo no hace más que hablar de otros mundos y de no sé qué vida subterránea que anima a los objetos cuando la gente duerme.

—Mira, Juliancito, te voy a regalar dos esmeraldas para que te las pongas en los ojos. Las esmeraldas ven mejor que algunos hombres, en el fondo de las esmeraldas gira el Universo, y las voces del Universo, las voces infinitas.

Oír y ver... oír y ver... oír y ver... y hablar con ellos... en un susurro... hablar... hablar con ellos... interminablemente...

La voz del que grita en el desierto

Cuando la muerte venga a buscarme,
no me entierren bajo los árboles del
bosque,
Temo al agua que gotea.
Entiérrenme bajo los grandes árboles
umbrosos del mercado.
Quiero oír tambores tocando.
Quiero sentir los pies de los que bailan.

(De la Poesía anónima africana)

«Una noche nublada de junio...»

pensó Ernesto en tono poético, mirando la copa de los pinos y el fantasma plomizo de una luna que se colaba a ratos por hendijas alargadas.

Atrás quedaban las luces del campamento cañero, hundidas en un macizo de oscuridad, y él calculó «hará uno diez minutos que vengo caminando» por aquel trillo de tierra calcinada.

«Una noche nublada de junio», recordó el poema escrito esa mañana, antes de irse al corte, en el margen de un periódico viejo; «te hallé en el fondo de mi soledad;/ y el aire tibio/ me arrancaba, hoja a hoja, los húmedos deleite...»

A quince pasos cruzó un jeep que iluminó la carretera. «Por fin», se dijo al pisar la gravilla asfaltada, y atravesó deprisa la franja azul desierta que se partía en dos muy cerca de la negrura. Poco más

allá, frente a la caseta de la parada de guaguas, encendió un fósforo para mirar su reloj. «A esta hora ya debe estar durmiendo la gente del albergue», se dijo, y de pronto, el instinto le previno de que había alguien a su espalda. Se dio vuelta. A la luz de la llamita, un hombre se tapaba los ojos con las manos, acurrucado en el banco de hormigón.

—Buenas noches —dijo Ernesto—, ¿usted sabe si esta guagua tiene confronta?

El hombre no respondía, y Ernesto aventuró unos pesos hacia el interior de la caseta. Un gemido hosco del desconocido hizo que sus músculos se paralizaran un instante, y otro gemido lo obligó a reaccionar:

—¿Se siente mal? —musitó receloso—; ¿usted me oye?

—Sí, lo oigo. Y no encienda más luces, por favor. Me hacen daño.

Hablaba trabajosamente, como si estuviera débil o con el pecho oprimido. Ernesto trató de distinguirlo mejor, al resplandor de un claro de luna repentino.

—¿Está enfermo?, ¿o herido?

—Sólo agotado. No pensaba pedir ayuda, pero no me queda más remedio. Voy a confiar en usted.

—¿...?

—Escúcheme —susurró entonces el hombre aquel con acento melodioso, como de sombras que cuelgan de un ramaje lleno de casquillos sonoros y los hacen repicar a un ritmo suave—; necesito que me lleve a un lugar donde nadie pueda verme. Hubo un error de cálculo en el lanzamiento y me he debilitado mucho...

«Está loco», pensó Ernesto.

—...Pero ya mañana estaré recuperado.

—Necesito que me explique mejor —dijo el joven, y retrocedió un paso, deslumbrado por aquel claro de luna que ahora le permitía percibir los contornos.

El desconocido apartó las manos de su rostro, y Ernesto pudo apreciar un par de ojos enormes y esplendentes como los de un

gato, con destellos de granate que laceraban desde las tinieblas. La impresión fue tan violenta que estuvo a punto de perder el equilibrio, pero una fuerza ubicua como el claro de luna lo aguantó a sus pies.

—¿Quiere alguna otra explicación? —dijo el ser alucinante—; «pues: no soy de este planeta.»

«¡Coño, ahora sí!»

Por un momento Ernesto dudó entre echarse a correr, huyendo de aquellos ojos de ciencia-ficción, o afrontar el hecho con serenidad. «Estas son las cosas que me pasan a mí», susurró casi a flor de lengua, y empezó a concentrarse para regular los latidos de sus sienas.

—No tenga miedo —lo tranquilizó el ser, que seguía mirándolo con ojos de otro planeta sin duda alguna—, no voy a hacerle daño.

—¿Quién dijo que yo tenía miedo?

—Los terrícolas siempre sienten miedo.

—¿Cómo lo sabe?

—No puedo ponerme a explicárselo ahora.

«Si viene a criticarnos, mejor se hubiera quedado allá de donde cayó...»

—Tenía que venir —dijo el extraterrestre—; me enviaron.

Ernesto se pasó los dedos por la frente en un intento pueril de apartar la madeja de inquietudes.

—Oiga, ¿cómo sabe lo que yo estoy pensando?

—Lo sé.

—Pero...

—De todas formas, cualquiera sabe que los terrícolas siempre sienten miedo. Pero no te preocupes —de repente lo tuteaba—, nosotros también padecemos el miedo hasta hace algunos siglos. Ahora mismo yo debiera experimentar miedo y eso me ayudaría en mi situación. Pero no puedo... En fin, seré tu prisionero durante una noche, o quizá un poco más, mientras me recupero.

—No entiendo ni jota.

—Por favor, ya casi no me queda energía para hablar. Sigue mis instrucciones al pie de la letra y ninguno de los dos tendrá tropiezos

desagradables... Digo, si quieres ayudarme.

—Lo ayudaré.

El extraterrestre se había puesto unos espejuelos oscuros, y ahora se incorporaba del banco con ademanes vacilantes. Vestía ropa común, que Ernesto nunca supo si la llevaba desde antes o si le acababa de caer sobre el cuerpo, tan fino y alargado como las hendeduras por donde la luna seguía colando sus lívidos cuchillos.

El huésped se desmadejó a la entrada del edificio donde Ernesto vivía, y tuvo que cargarlo para subir los tres tramos de escaleras. Su peso era tan desproporcionado con el tamaño, que al terrícola le pareció llevar una balsa de playa.

Antes de hundir la llave en la cerradura, dijo:

—Allá adentro habrá que encender alguna luz...

No importa —respondió el ser—, los anteojos me protegen.

Ya en el apartamento, y al resplandor tenue de una lámpara, Ernesto vio que la piel del Sobrehumano —como había comenzado a llamarlo desde el momento mismo de coger la guagua que los trajo hasta aquí, «retimba, le traquetea lo que uno tiene que pasar en esta vida; y ni siquiera poder pensar lo que me dé la gana porque él se entera de todo; ¡sí, viejo, sí!, además, si te enteras es un asunto tuyo, el que allana una mente ajena es como el que abre una carta escrita para otro»— había adquirido una coloración que iba del azul marino al violeta, y su pelo semejaba hilos fantásticos de agua sumergida —«¿qué? ¿te molesta que piense lo que me dé la gana?» Ahora, después de acomodarse en los cojines de un butacón, el huésped extrajo de su bolsillo una esfera de vidrio iridiscente.

—Voy a desconectar el circuito.

—¿Cómo dice?

—Voy a desconectar el circuito, para que no te sientas incómodo y puedas pensar lo que te dé la gana.

—¿Y quién me garantiza que...?

—Palabra de Sobrehumano.

Ernesto se rascó, la cabeza. El pelo le caía en ondas reptantes sobre la nuca. Un pelo de príncipe, según su tercera mujer, un rubio pelo de príncipe rubio que él podaba cada cuatro meses, y al que le rendía diez o quince minutos de cuidados diarios y champú de todo tipo. «Algo bonito tenía que tener», se decía siempre, sobándosele frente al espejo.

La esfera vítrea empezó a emitir destellos afilados que llenaron el apartamento como una mínima explosión de fuegos artificiales. Cuando terminó aquel jueguito, la coloración del sobrehumano había vuelto a ser la de un mestizo tostado al sol, y su cabello tan vulgar como otro cualquiera.

—¿Qué tal se siente? —quiso saber Ernesto—; ¿le traigo un vaso de agua, o no necesita tomar agua? —«menos mal que estoy entrando en situación»—; ¿en su planeta conocen el café?, tengo del instantáneo. ¿Le preparo un poco? En dos minutos está.

El otro señaló la bola:

—Esto me ayuda a reponer energía. En mi planeta la obtengo de la atmósfera fácilmente, pero tu mundo —escudriñaba la habitación palmo a palmo— no es el mío.

«Verdad de Perogrullo. Por fin me puedo dar banquete pensando horrores de él.»

—¿El café..., —insistió con voz de auténtico anfitrión.

—No hace falta. Antes del viaje tomé y comí, si así puede llamársele en nuestro caso, lo suficiente para cuarentaiocho horas. La energía de que te hablaba es de otra índole... Siéntate ahí, por favor, deja de moverte de un lado para otro.

«¡Qué se habrá creído!»

Perdón,

dijo Ernesto, y se quedó de pie, hierático y pálido entre los muebles atiborrados de objetos disímiles: osos de peluche, trompos de cuerda, libros, quinqués rotos que a su segunda mujer le gustaba coleccionar y que nunca se llevó, con el apuro de la ruptura; cajas de libros que se elevaban en pirámides tambaleantes, flores que

llevaban en un búcaro más de quince días, desde antes que él se fuera al campamento de cañeros voluntarios escapándose del turbulento trajín citadino, y de su primera mujer que ahora volvía a asediarlo, igual que después del segundo divorcio. «Ya sabes que no doy pasos atrás, ni veo dos veces la misma película», había dicho él, terminante, en su última entrevista. «Es preferible conservar las distancias, por el futuro de nuestra amistad... y por el niño.» Ella lo amaba todavía, «sí, ya lo sé», nunca había dejado de amarlo, «pero somos incompatibles», todo fue culpa de tu madre y sus celos espantosos, «mejor no removemos el fango», claro, tú jamás me quisiste como yo a ti, «basta ya, Hilda, no seas absurda...»

—¿Te gustaría saber a qué vine a la Tierra?

Ernesto buscó el respaldo de una silla donde apoyarse. Se sentía cansado y dividido en dos porciones que luchaban por establecer un orden, y lo único que conseguían era atravesarse una a otra como ectoplasma vital.

—Bueno —dijo

El Sobrehumano se acarició los muslos.

—Vine a buscar un hombre

—Vine a buscar un hombre

«Ahora se acaricia los muslos ¿Por qué?»

—¿Por qué?

«Debí decir ¿para qué?»

—Mejor dicho: ¿para qué?

—Me mandaron a buscarlo. Allá lo necesitamos como material de estudio, aunque te pueda parecer cruel.

«Ahora se rasca el pecho. No, se lo acaricia del mismo modo que se acariciaba los muslos, ahí tan tranquilo mientras suelta esa atrocidad. Sí, por supuesto que es cruel.»

—Es cruel.

—Todo depende del cristal con que se mire. Para ustedes los terrícolas, ¿es cruel descuartizar un conejito de indias o una rata blanca en el laboratorio? Contesta.

—También depende...

«También depende... ¿Qué puedo contestarle a este desgraciado bicho de otro me cago en su madre planeta cuando hace una pregunta tan malintencionada?»

—¡Qué cooo...!

—Dime.

—Nada, iba a soltar una indecencia. Pero usted es mi huésped y los huéspedes, sean de donde rayos sean y no tratándose de enemigos, son sagrados. Quizá conozca ésa ley humana. Aunque no está escrita en ninguna tabla prehistórica ni en ningún casete estereoscópico monumental ni nada por el estilo. Si acaso aquí.

«me toco el pecho»

en este punto del cuerpo donde no sé si usted tendrá lo mismo que tenemos los habitantes del planeta Tierra.

—Exactamente.

—¿Exactamente qué?

—ídem.

—Entonces quizá comprenda algo.

—Comprendo, y comprendo que estás rabioso conmigo, es decir, con los «sobrehumanos». Pero te aseguro que no quedaba alternativa. Fue una decisión difícil para nosotros, o sea, para ellos y para mí que soy el emisario... Y no precisamente de la muerte. A este hombre no lo pensamos diseccionar como a un conejito de indias o una rata blanca. Este hombre vivirá, quizá menos tiempo que sus coetáneos, pero vivirá. Sólo que no puedo explicarte el cómo vivirá.

«Ahora se acaricia la boca, se acaricia el muy desgraciado. Y no me cae mal a pesar de lo que está diciendo. No hay maldad en él, no la hay y es lo que más horror me da. Si dejara un resquicio por donde colarse en su interior, un odio, una expresión monstruosa, tal vez yo...»

—Yo...

—¿Qué?

—Necesito comer algo; estoy partido por el eje.

«Y me voy a la cocina, abro el refrigerador, me sirvo pan duro con jamonada y un vaso de leche fría. Regreso a la silla de antes, miro fijamente al huésped y muerdo mi tentempié con fruición, lo saboreo con fruición. Me sabe a gloria esta jamonada, este pan duro. Este sorbo de leche evaporada diluida. Y ya son más de las tres de la madrugada. Y hay que firmar los papeles del divorcio y tendré que encontrarme con Lourdes. Ella allí, diciendo con la mirada, estaba harta de que me hicieras una horchata la vida con tus celos patológicos y tu preferencia por el *hijo de la otra*. Este engendro del demonio aquí, contándome que viene a buscar un degenerado a la Tierra, me cago en su madre trescientas veces más, ¿y para qué me está dando esta lata a mí? Me gustaría saber si acaso... ¿yo? ¡Mierda!»

—Me gustaría saber si acaso... ¿yo?

—No, despreocúpate.

«Suspiro de alivio, tras unos segundos de tensión. Me limpio la grasa del bigote y sigo masticando con más apetito que nunca.»

—Pudieras ser tú, pero, a ti no te voy a llevar. No es que me sienta agradecido. Sin embargo, es justo, según las leyes de ustedes, las leyes no escritas de las que hablaste antes.

—¿Qué es justo?

—No cargar contigo. Estabas fuera del proyecto; o lo que es igual, no tenía por qué ocurrir lo que ocurrió. Hubo un error de cálculo en el lanzamiento, ya te dije al principio. Me debilité mucho.

—¿Y si te mato ahora? A lo mejor ni podrías defenderte.

—¿A qué muerte te refieres? Las muertes también cambian con el desarrollo. Las muertes que te visitarían no son las que pudieran asustarme. Además, al tercer día de mi ausencia vendría otro emisario. Es preferible que no compliques la cosa. Ahora reposaré; por la mañana me voy y no te acordarás más de esto, porque yo

pasaré un borrador por tu memoria y los recuerdos caerán inexorablemente. Alégrate de que sea así.

«Y encima, tengo que alegrarme.»

—No veo motivo de alegría. Te llevarás a un terrícola, lo usarás para tus experimentos. ¿Cómo carajo quieres que me alegre? ¿Crees que soy un desnaturalizado? Mal rayo me parta.

«Si a mi mujer no se le hubiera metido entre tarro y tarro divorciarse, ahora yo estuviera durmiendo a pierna suelta en mi litera, soñando con las brujas de Macbeth, y luego me reiría de las estupideces que uno sueña por culpa de la indigestión con ají relleno.»

—Alégrate. Sea quien sea el elegido, lo vamos a tratar cuidadosamente. Va a comer, a dormir y a pasear lo mismo que aquí. Va a tener todo lo que necesite...

«Va a tener las abejas revoloteando sobre los marpacíficos? ¿Eh?», grito desde la turbulencia que habita mi cerebro. ¿Va a tener estiércol de vacas regándose en las macetas de un jardín? ¿Eh? ¿Va a tener los aviones a chorro cruzando el cielo encima de su cabeza?, ¿las novelas de Carpentier? ¿Va a tenerme a mí, en una noche del mundo, interviniendo por él como un verraco, delante de un bicho hijo de puta tan verraco como yo y cómo él? ¿Eh?

—Además, allá no tenemos guerras ni...

—¡Ah, no! ¡Teques a esta hora de la madrugada sí que no!

«Se revuelve en sí mismo, se acaricia... el alma, o la falta de alma. Sonríe enigmáticamente. Se estira en la butaca con la elasticidad de una pantera. Se relaja. Yo también me relajo. Un parpadeo de estrellas se escurre por la celosía; las nubes han cedido en su continuo forcejeo y las estrellas llamean los rincones de mi apartamento, el retrato de mi hijo junto al escaparate, unos ajustadores que penden como espada de Damocles sobre mi tercer matrimonio desde un gancho en la pared.»

En mi planeta no hay ciudades, porque nuestros cuerpos son nuestra casa individual, y al mismo tiempo puede ser la casa de varios; en él nacemos y en él nos reproducimos, y en él acogemos a los demás, hacemos el amor, nos disolvemos en un dominio de materia autocontrolada.

Al llegar aquí he visto el mar por primera vez. Al principio fueron las nubes, después el techo de las cosas y por último el mar, es decir, la orilla del mar donde iban a morir las aguamalas y los sargazos, todo muy helado y muy tibio. Todo muy bello y muy terrible. Cómo me impresionan todavía algunas cosas, aunque no debieran, por movimientos atávicos que provienen de mi organismo original. No puedes imaginarte de qué manera. Yo miraba las olas que se retorcían a mis pies, quejumbrosas, mordientes. Era... era como la muerte. ¿Me comprendes, terrícola? Era como la muerte, no humana ni sobrehumana, como dirías tú, sino universal. Inconsciente pero palpable, grandiosa pero pequeña, próxima pero lejana. Tú, que no sientes igual, ¿qué emoción es esta que agita como... como una lluvia de meteoritos en una superficie sensible? ¿El mar? ¿Sólo el mar?

En mi planeta no hay mares. Es simplemente un planeta de aguas anchas que lo abarcan todo, que lo penetran todo. Es como el sonido, sí, como las ondas que producen una sinfonía de Mozart o un lied anónimo. Eso.

Un aire de amanecer entraba por los ventanales abiertos del balcón donde Ernesto tenía macetas con anturios blancos y bermejos, y una lata de la que brotaba el cundiamor, «la fruta del cundiamor es como la vida», verde y disperso, con sus fruticas anaranjadas que los gorriones picotean, «silvestre y dulce, buena para las aves y para la vista del hombre, alegre a los sentidos, dulce y silvestre». Y él lo celebraba en silencio, acodado cerca de los barrotes enriquecidos por las guías múltiples que se aferraban a ellos.

El sobrehumano seguía en su sillón, vuelto hacia él, auscultándole con la mirada:

—¿Entonces...? —indagó melodiosamente.

—Estoy decidido, puedes llevarme cuando quieras. Es preferible que sea pronto, antes que se haga de día por completo. Será mejor que no haya salido el sol cuando...

—¿Por qué? No hay tanto apuro. Tenemos tiempo todavía.

—¿Tiempo? —Ernesto se echó a reír con amargura—: me parece que te estás burlando, eh, marciano.

—Yo no te iba a escoger a ti. Fuiste tú el que lo propuso.

—Me cago en tu madre.

—Ya lo dijiste antes, un montón de veces.

—Pues lo repito una vez más, me cago en tu madre, me cago en ti y en toda tu parentela, y en tu planeta de las aguas anchas, ¿me oyes? ¡Llévame rápido! —gritó—; tú qué sabes lo que es dejar esto —señaló un entorno imaginario—: este cochino aire, este cochino apartamento, mi cochina mujer, mi cochino hijo, ese que te mira desde el retrato. Tú qué vas a saber —acabó con desaliento—, estás muy «superdesarrollado» para eso. Te debe parecer poquita cosa. Pero para mí es todo. ¡Todo! Anda, llama a tu gente, que tiren la cuerda, que yo me voy a subir por ella.

Entró a pasos largos, después de haber cerrado el balcón de un portazo, y empezó a tocar y revolver los objetos disímiles, las pilas de libros, almohadas y juguetes envejecidos por el manoseo, la inundación de cacharros plásticos y de barro o loza en el platero de la cocina. Enloquecido, «como un loco, después de todo no eres más que un neurótico insoportable y me alegro de haber encontrado valor para romper contigo», y era la voz de Lourdes, a la entrada de la notaría adonde él pensó ir esa mañana pero adonde ya no volvería a poner un pie.

Sacó una serie de fotos y se las fue mostrando al extraterrestre con ademanes feroces.

—Mira, esta es mi madre, esta mi primera mujer, esta la segunda y esta la que hoy iba a firmar conmigo los papeles de separación,

¿qué te parece? Este cretino que ves ahí con uniforme soy yo, en la milicia. Mírame aquí, en un restaurante de La Habana junto a unos amigos. Este es mi hijo... Voy a tener otro. Mi mujer acaba de cumplir los ocho meses de embarazo y me deja porque soy un tipo insoportable. La primera y la segunda me dejaron por motivos semejantes: soy celoso, digo muchas malas palabras, bromeo constantemente, me gustan la cerveza y el dominó, leo todas las noches, aunque sea después de haber hecho el amor en una posada, si no, no consigo dormirme... ¿Qué te parece? ¡Una perla!

—Y te sacrificas por otro a quien ni siquiera conoces.

Ernesto abrió los ojos como platos:

—¿Qué valor tiene eso? En todo el mundo hay gente que se sacrifica por otros a los que ni siquiera conoce.

—Pero no son uno ni dos, son miles. Tú te sacrificas por uno cualquiera. Uno solo.

—¿Uno solo?, —y retrocede entontecido, mientras el extraterrestre se pone de pie y alarga una mano para coger las fotografías—; ¿uno solo? —y retira del alcance del otro el fajo de imágenes prisioneras en el papel de plomo que irradia ahora una luz irreal—; ¿qué quieres decir con eso de uno solo? Qué importancia tiene que sean miles o uno solo. Yo soy uno solo también, y tengo huesos y nervios, y piel y sentidos que me pasan información continuamente—; y arranca de un tirón las fotos del alcance del extraterrestre que persiste en su intento por tomarlas—: ¡quita tus sucias manos de mis gentes! —y jadea y por un instante parece que solloza, pero no. Simplemente se deja caer, conmovido, sobre una alfombra estampada, «fue el último regalo que le hice a Lourdes; cómo le gustó y cómo la cuidaba, no me permitía pisarla con zapatos...»

El otro comenzó a dar vueltas alrededor de él, despacio, despacio...

—¿Cuándo? quiso saber Ernesto.

—Cuando te tranquilices. Tus partículas deben estar en el mayor equilibrio para el tránsito. Preferiría que estuvieras dormido.

—Pero yo no podría dormir en días, estoy muy alterado. ¡No quiero dormir! —se incorporó, buscando con mano convulsa el resorte de las persianas que daban al balcón, lo haló con furia y se pegó con ansiedad a la claridad que se hinchaba afuera—; quiero ver cuando los gorriones picoteen el cundiamor. Lo sembré ahí para eso, me encanta verlos comerse las fruticas, que son como de gotas de sangre por dentro. ¿Nunca has comido cundiamor? Por supuesto que no, tú no eres pájaro —y se ríe en su cara, y lo ve devolver la esfera a su sitio del bolsillo y extraer una cajita, y de la cajita una cápsula, y tendérsela a él, a él.

—Toma, para que duermas.

—No pienso dormir. Debo estar lúcido y sentirlo todo.

—No hay nada que sentir

—De todas maneras debo estar despierto, para sentir que no siento, ¿entiendes?

—El tránsito se producirá en fracciones de segundo, cuando yo haya acumulado la cantidad de energía necesaria. Ahora, acuéstate y descansa, tranquilízate, no te espera algo terrible ni que vaya en contra de la Naturaleza. Te tragas la cápsula y el sueño vendrá sin que te des cuenta. La sangre dejará de circular normalmente, tu corazón se paralizará, y luego todos pensarán que has muerto. «Un infarto», dirán. Pero tu materia habrá pasado a otra dimensión, y lo que yacerá bajo tierra será sólo tu réplica, un falso tú, el plagio de tu ser. Tranquilízate. Ve y duerme para que el tránsito sea fácil.

Lo toma de la mano, lo conduce.

«Oigo tu voz, Tierra, tu voz que por ahora es la voz del que grita en el desierto», piensa Ernesto en tono poético mientras se deja guiar con repentina languidez, «oigo tu voz que canta en el abismo de los días y que es el hombre mismo, el hombre que canta con tu voz a través de los siglos, y por los siglos de los siglos...»

Y así fue.

Un día de otro planeta

(A partir de un texto de Chely Lima)

La Voz iba y venía por entre los pardos remolinos y árboles de hojas plateadas, cortantes como cuchillas. La Voz iba y venía y de pronto estaba cansado de ir y venir a través de los largos trillos que calababan en el polvo.

Jardines, sólo jardines. Y allá adentro, bajo la cúpula de fibras translúcidas, juguetes, sólo juguetes. Plantas mecánicas y trompos para no aburrirse; pulverizadores fotónicos, alambicados rompecabezas de masas y volúmenes descomunales o infinitamente pequeños.

Entró por fin, y daba zancadas que lo llevaron de un ángulo a otro en un fluir inquieto, hasta que tropezó con su equipo favorito. (Por el frente entraba la luz en marejadas azulosas, y la cúpula parecía fundirse con el cielo totalmente cubierto de humo a esa hora del día). Se agachó distraído, y puso el equipo entre sus rodillas; después se hizo un sitio junto a él y apretó la palanquita de mando con el dedo índice. Muy suavemente, como al acaso.

La cinta empezó a reproducir entonces sonidos e imágenes...

Todos los días Albio se levantaba temprano y repetía el programa habitual: gimnasia rítmica en el salón deportivo, un baño, el

desayuno y luego a estudiar las materias de turno hasta la hora de almuerzo. Un reposo breve. La Voz lo dejaba jugar o leer, y tras una segunda comida pasaba la noche oyendo música o mirando los documentales que el salón fílmico proyectaba para él.

No era una mala vida, y además, la única que Albio conocía. Los otros seres humanos que había visto alguna vez eran los que aparecían en aquellas películas, y en las ilustraciones de libros y revistas y en las fotografías tomadas con cámaras de su planeta. También la imagen propia, que encontraba joven y elástica moviéndose perennemente en los múltiples espejos del refugio.

Aquella mañana La Voz anunció que podía salir al exterior, y la noticia repentina lo dejó sin aliento. Hacía tiempo que La Voz se había negado a responder sus preguntas: «Harás lo que debas hacer, de acuerdo con el programa; cada duda te será aclarada en su momento. Mientras tanto, límitate a vivir.» Pero no: ¿dónde el punto exacto de la Tierra? ¿estaría él solo en el Universo?, ¿y los demás hombres, estarían solos también?

A mediodía, Albio avanzó con la respiración entrecortada hasta las puertas del refugio, que chasquearon levemente antes de abrirse a su paso. Allá adentro, los instrumentos de alta precisión se habían asegurado de que ya no quedaba el menor rastro de «radiaciones azules». Ahí afuera se extendía un mundo poblado de árboles y animales y el susurro de la brisa y el agua rompiendo en algún sitio no muy lejano, Albio vio deslumbrado un cielo amarillento, y se puso a correr en zigzag con el pecho oprimido de placer.

De repente, sintió un entrechocar de metales, y risas que repicaban como en el interior de una copa.

—¿Eres tú? —le preguntó a La Voz (aunque nunca lo había oído reírse), pero La Voz no respondió.

Albio empezó a buscar en la maleza. Los olores de la hierba pisoteada y los gajos goteantes de savia lo enervaban. Estuvo a punto de tropezar con un erizo que andaba lento por sobre las hojas podridas, así que dio un salto tratando de esquivarlo, y ya en el claro

del bosque, se vio frente a un río estrecho donde chapoteaba alguien muy parecido a él.

Se fue acercando, porque el otro se había quedado quieto, mirándolo; hasta que el limo espumoso llegó a sus tobillos y podían casi tocarse, y se tocaban, extraña y ávidamente con los ojos.

—¿Tú quién eres? —le preguntó Albio

—Mi nombre es Elena. ¿Y el tuyo?

—Albio —dijo, como si le hubieran apretado la boca contra un ramo de uvas. Entonces notó que el cuerpo de Elena se diferenciaba del suyo en algunos detalles, y recordó los grabados antiguos que aparecían en los libros del salón principal. Recordó las clases de anatomía, algún que otro desnudo de Modigliani o Degas, algún que otro ensueño neblinoso al dorso de su almohada.

—La Voz nunca me dijo nada de ti —se extrañó ella.

—La Voz... ¿Tú también lo conoces?

—Claro. Él siempre ha estado conmigo.

—Conmigo también.

Se miraron de arriba abajo, y las pupilas de ella se detuvieron unos segundos en el bajo vientre de Albio. Aquello le dio un poco de risa y el muchacho se sintió desconcertado.

—¿Dónde vives?

Ella alargó un brazo hacia atrás.

—En el refugio.

Yo vivo en otro refugio, pero del lado de acá.

Echaron a andar rozándose a propósito, como para disfrutar el contacto de la piel y su calor.

—¿Nunca habías salido al exterior?

—No, La Voz no me lo permitía. ¿Tú sí?

—Tampoco

Albio supo que hasta ese momento la vida de Elena fue similar a la suya, y que ella también se preguntaba qué habría más allá de las colinas, más allá de las nubes y de todos los conocimientos que La Voz se había esmerado en transmitirles día tras día, año tras año.

Amanecía.

Albio se quedó parado en la puerta del refugio, y el frío de la madrugada que terminaba lo fustigó amablemente. A la luz débil y blanquecina que filtraban todas las celdillas del portal, vio a Elena acercándose y fue a su encuentro. Se abrazaron. Cada vez que volvían a verse, se restregaban como hojas de caña al impulso del viento. Después iban a recorrer los senderos hirsutos y se perseguían por entre los matorrales hasta sentir la carne palpitante del compañero capturado.

Cómo pudimos vivir tanto tiempo sin conocer el exterior.

Cómo pudimos vivir tanto tiempo sin conocernos

—Elena, sería tan bueno que te quedaras a dormir conmigo.
¿Quieres?

—Quiero... —las manos se enredaron sobre las briznas verdeantes y un torbellino de insectos les palmoteó en las caras—;
¿pero dónde?, ¿en tu refugio o en el mío?

—Una noche en uno, otra noche en el otro.

—Te veré dormir... Cierra los ojos.

—¿Para qué?

—Para saber cómo será verte dormido.

Ella rodó apoyándose en los codos, levantando la pajusa reseca y crujidos de tierra arenosa; el costado de Albio se pegaba al suyo lo mismo que una cordillera como las de los mapas geográficos. Lo mismo que un muro construido por hormigas a lo largo de zanjas profundas. Lo mismo que...

—Conozco una novela donde los amantes duermen juntos en la oscuridad

—¿En la oscuridad?

—Sí.

—¿Y por qué en la oscuridad?

—No sé... Para no verse, supongo.

—Pero yo necesito verte. Necesito verte cuando estés dormido, necesito verte despertar, y cuando estés despierto quiero verte también.

Por encima de sus cabezas se fueron disipando las frondas, y un punto de sol se sumergió, cauteloso, más allá del claroscuro. Las estrellas gotearen sobre sus rostros y un hielo de terrales finísimos empezó a colarse por entre los miembros atesados, prontos al temblor.

Elena puso su boca sobre el vientre de Albio. Lo acariciaba con la yema de los dedos.

—Estás caliente, —dijo.

Albio se tocó donde ella le indicaba y una sensación voluptuosa comenzó a desgarrarle desde la garganta, y descendía en volutas de placer hacia la zona mágica.

—Tengo frío, dijo ella.

—No es frío. Ven...

Los grillos colgaron un vacío en el aire; el aire dejó de mesarse los contornos y las serpientes pararon de silbar. Todo estaba de pronto quieto, como tratando de oír el jadeo de las horas.

En el salón fílmico la pantalla se había oscurecido.

La Voz rompió a hablar:

«Yo soy el cerebro director del refugio. Durante todos estos años he guardado una historia que ahora ya pueden conocer.

»Hace dos décadas la cosmonave Alce despegó del planeta Tierra. Su tripulación era de tres hombres y dos mujeres con destino a Surión. Traían un objetivo científico.

»Al principio todo fueron éxitos, y el Valle Edén del hemisferio norte, que habían escogido para la experiencia, empezó a poblarse de una vegetación exuberante muy parecida a la terrícola. Se implantó gran variedad de microorganismos y se dotó al paisaje de una fauna elemental.

»Después, algo falló. En la biosfera estallaron gases imposibles de identificar, hubo tormentas que destruyeron parte de los laboratorios. Sobrevino un diluvio denso que no llegó a inundar la zona alta del valle donde se habían enclavado los refugios.

»El fenómeno no era nuevo para los expedicionarios, que tenían noticia de casos similares. Por eso estaban conscientes de lo que iba a suceder: la coloración de las hojas y los tallos cambiaría desde verde y ocre hasta un azul turquesa; los animales seguirían viviendo, aunque de manera precaria, y los que sobrevivieran habrían sufrido ligeras metamorfosis. Los hombres se volverían autómatas o enloquecerían de una locura tranquila, de tránsito rápido, hasta morir o fosilizarse a la intemperie.

»Como se trataba de un hecho al que los estudiosos de la Tierra no habían encontrado explicación ni antídoto, los expedicionarios decidieron partir. Pero en su precipitación cometieron un error grave en el ajuste de la nave. De manera que ahora necesitaba reparaciones que iban a llevar bastante tiempo, el mismo tiempo que ya no podían esperar.

»Para entonces, en Surión habían nacido dos niños que fueron instalados en los refugios de aislamiento total, con provisiones para veinte años y un programa que los ayudara a desarrollarse adecuadamente. Imposible tratar de preservarse ellos también del efecto mortal de aquellos gases, porque las provisiones que los niños consumirían en dos décadas, entre siete personas no hubieran alcanzado para un trienio.

»*La radiación azul* en Valle Edén se prolongó de quince a quince años y medio.

»Antes del fin, los expedicionarios enviaron un mensaje de SOS a su planeta de origen, explicando lo ocurrido. Sabían que posiblemente no llegara nunca, pero era su única esperanza. Así que aguardaron cuatro, cinco meses, mientras todo no se hizo de un intenso turquesa, un color que embellecía y difuminaba las formas, un color perenne, insensible a la presencia humana...»

La Voz emitió algunas frases más, inexpresiva, y después se apagó.

Albio y Elena estuvieron mirándose a los ojos un rato largo, oyendo cómo afuera la lluvia quebraba, irascible, los gajos frágiles, y de vez en vez había un estruendo de rayos lejanos. Surión seguiría poblándose a pesar de cualquier limitación, y el agua torva y obstinada volvería a lamer durante horas y horas el flanco de mogotes y colinas. Peces aterciopelados asomándose a la fluorescencia del río cuesta arriba. Los insectos erosionando sólidos estratos cavando vida, llevando vida a tierra honda, caliente y vulnerable.

—Hay que empezar a sembrar— dijo ella.

—Sí —dijo él—, y apacentaremos ovejas. Y traeremos panales que tú y yo cuidaremos.

—Sembraremos los granos que nos dejaron nuestros padres —dijo ella—. El trigo, la cebada, el maíz...

—Yo me ocuparé de la pesca —dijo él.

—Yo... —susurró ella por último, acariciándose el vientre abultado—; quisiera ver el mar.

El hombre se quitaba terrones de las botas, golpeándolas contra las piedras recalentadas.

Habían hecho un alto para descansar, y los otros tres se ocupaban en preparar algo de comida caliente, atizando una pequeña fogata cuyos leños crujían bajo el tazón metálico.

—Hace por lo menos ocho meses que aquí cesó la radiación azul.

—Creo que es inútil seguir buscando, profesor...

—¿Por qué inútil? Si es como decía aquel mensaje, ahora los muchachos deben tener dieciséis años, o poco más. Sus padres se

sacrificaron por dejarlos a salvo; pues nosotros vamos a echar el resto para encontrarlos. ¿Estamos claros?

Después de comer, siguieron sorteando roquedales de erizadas púas, espinos que se embozaban bajo la fronda quieta, quieta como un guante sin mano.

El que llamaban Profesor iba delante, y fue el primero en salir de la espesura. De pronto, un fogonazo de claridad, el viento que ebullicaba repentinamente, y, recortada a contraluz, la figura de una jovencita grávida que extendía sus manos, desnuda o circundada por una larguísima mata de pelo.

—¡Es ella! —gritó el hombre, y la muchacha dejó caer la fruta que había cogido del follaje. Su rostro se fue haciendo palpable, y finalmente se deshizo en infinidad de partículas.

La Voz apretó la palanquita de mando con el dedo índice, en sentido contrario que la vez anterior, y la cinta se detuvo con un chirrido ceceante.

Siempre que llegaba a aquel punto de la grabación, La Voz interrumpía el curso de la vida. Le parecía tan estúpido que hubiera un final; odiaba los finales con todas sus vísceras runruneantes y etéreas. Los odió siempre.

Pero también aquello de ir y venir por entre los pardos remolinos y árboles de hojas plateadas, cortantes como cuchillas, le aburría soberanamente. Ir y venir, ir y venir... Ir y venir, y de pronto se cansaba de ir y venir a través de los trillos innumerables, longícuos como fibras de polvo cósmico o hilos de gravedad. Y se cansaba de jugar con plantas mecánicas y trompos mecánicos que sus padres traían desde más allá de las galaxias en días de fiesta universal.

Todo era lo mismo, lo mismo.

Por eso, La Voz quiso saber qué había en el fondo de aquella pieza de juguetería; «un regalo precioso», y era La Voz Madre, portando aquel paquetico envuelto con cintas de magnesio; «pero fíjate bien», y era La Voz Padre ayudándolo a desatar las cintas con

manos sutiles, de tromba cautelosa; «es la vida, un fragmento de la vida»; «¿la vida?», y era él preguntándoles; «¿qué es la vida?», y era él preguntándoles; y era la respuesta paternal: «la vida es eso...»; y era La Voz Madre advirtiéndole: «pero trata de no llegar nunca al final de la vida, debes conservarla ahí latente, y dejarla en suspenso cada instante del cosmos para que no te aburras ni pase definitivamente».

Y era él, ahora, que apretaba la palanquita de mando con el dedo índice. Muy suavemente, como al acaso.

La cinta empezó a reproducir entonces sonidos e imágenes...

El Valle Edén estaba cubierto en casi toda su extensión de maquinarias y hombres y mujeres polvorientos que subían y bajaban de aquellos monstruos metálicos con cuyas pinzas y brazos se construía en la zona industrial.

Albio y Elena se extraviaban a veces entre la confusión de bloques y piezas descomunales. Por cualquier parte surgía algún saludo o algún rostro que les sonreía bajo la capa de mugre y sudor.

—Mira para allá —dijo Elena—, son los laboratorios que llegaron anoche de la Tierra. Tú dormías y no pudiste oír el ruido; me daba no sé qué despertarte. Así que fui sola a requisarlos y vine. Le di el pecho al niño, y pensé de nuevo en llamarte, pero me arrepentí... Te veías tan bello con los ojos cerrados. Dormías tan plácidamente.

—Ayer fue un día de mucho trajín —dijo Albio, haciendo visera con una mano para ver mejor hacia donde ella le indicaba—. Hace dos meses que esperábamos esos laboratorios; me hubieras despertado.

—No quise —susurró ella, mirándole el perfil con devoción—, estabas tan bello así, con los ojos cerrados...

ÍNDICE

La espiga de oro gris / 8
Daína / 12
El ojo del amo / 21
Nave / 25
Equidistante / 30
A la vuelta del mundo / 40
Solteronas en el atardecer / 43
La pistola de láser / 48
De la TV; Marte, siglo I / 53
Recibo de conciencia / 56
Querubín / 67
En busca de Eurídice / 75
Homocornios / 80
Los poemas del Cíclope / 87
Humo en los espejos / 95
Un simple amor / 102
La corriente perpetua / 110
La voz del que grita en el desierto / 124
Un día de otro planeta / 137

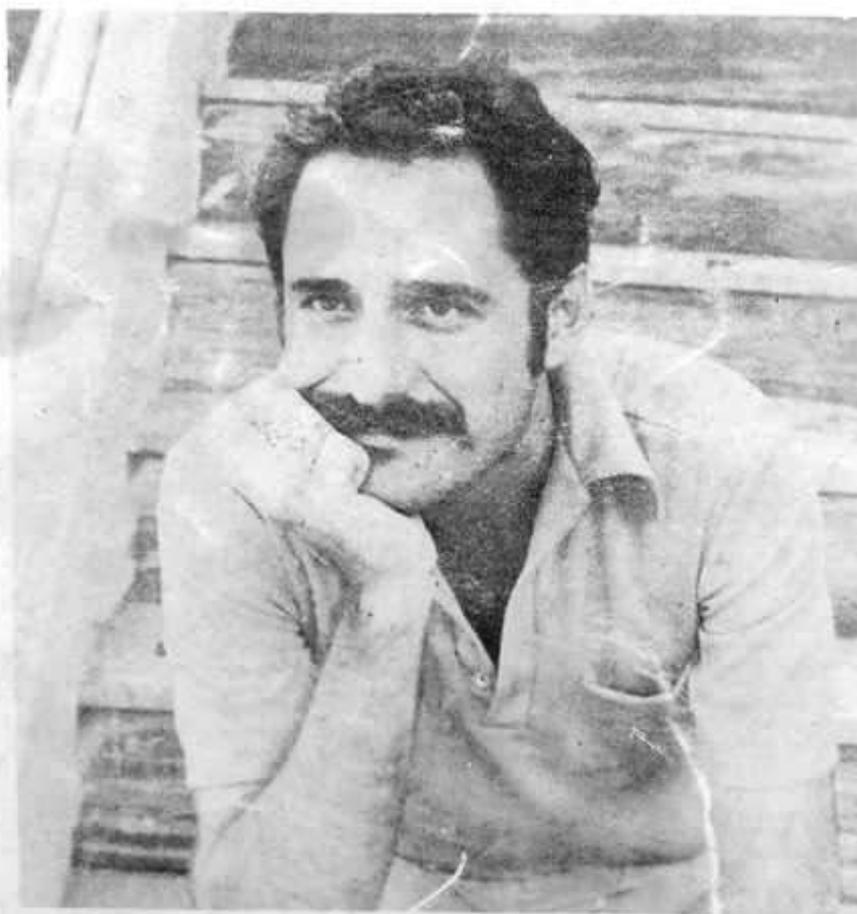
SOBRE EL AUTOR



ALBERTO SERRET (Santiago de Cuba, 1947) ha publicado *Figuras soñadas y cantadas* (poemas, 1981), *Jaula abierta* (poemas para niños, 1980) y *Espacio abierto* (cuentos de ciencia-ficción, en colaboración con Chely Lima, 1983).

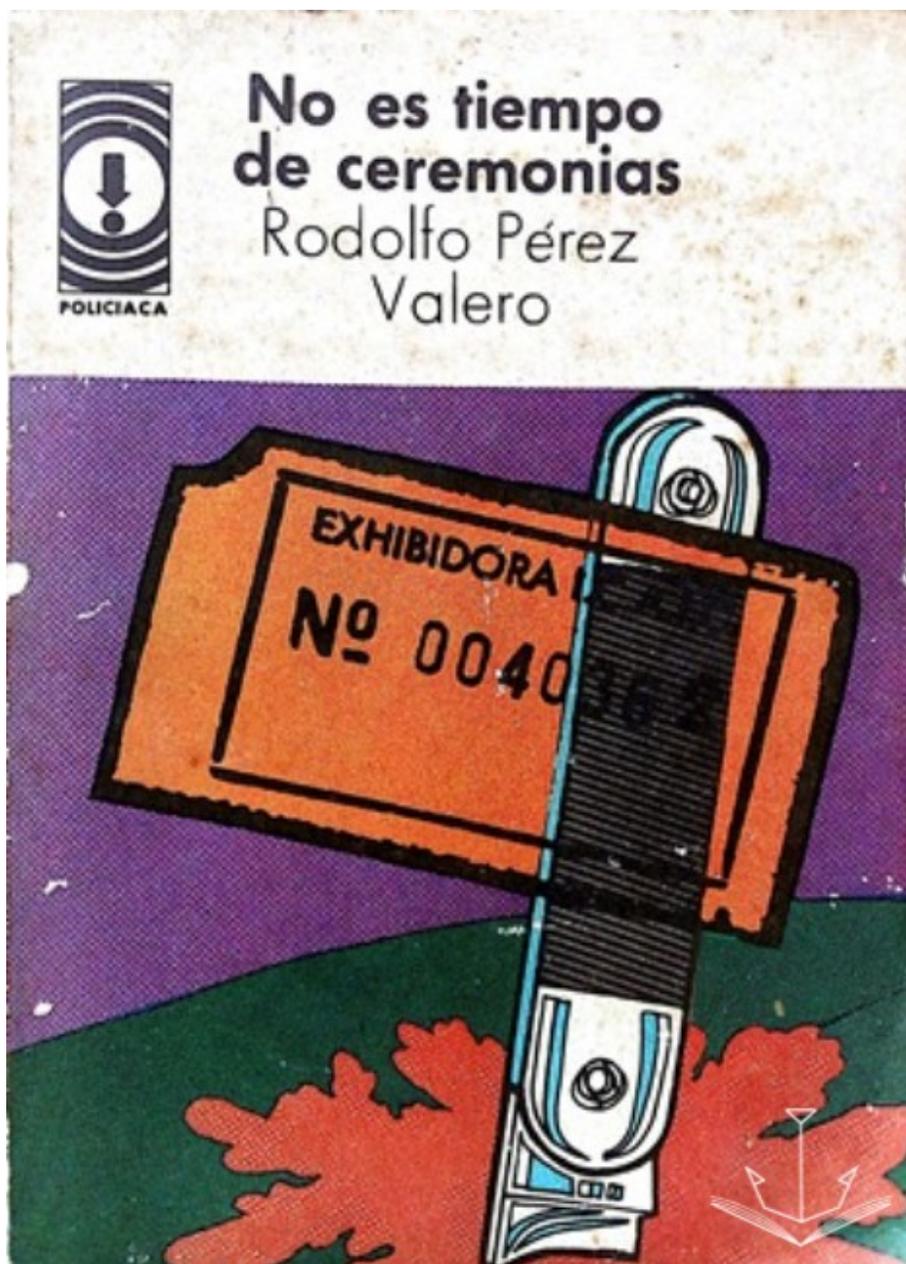
Los temas universales del hombre: el amor, la soledad, el odio, la curiosidad insaciable del ser humano, la solidaridad entre seres de diversos mundos, soñados y recreados, son la materia esencial de este libro de relatos, pleno de desbordante fantasía, humor y aliento poético, válidos para todas las épocas y todos los mundos posibles.

Alberto Serret (Santiago de Cuba, 1947) ha publicado *Figuras soñadas y cantadas* (poemas, 1981), *Jaula abierta* (poemas para niños, 1980) y *Espacio abierto* (cuentos de ciencia-ficción, en colaboración con Chely Lima, 1983).



EDITORIAL LETRAS CUBANAS

TÍTULOS
DIGITALIZADOS



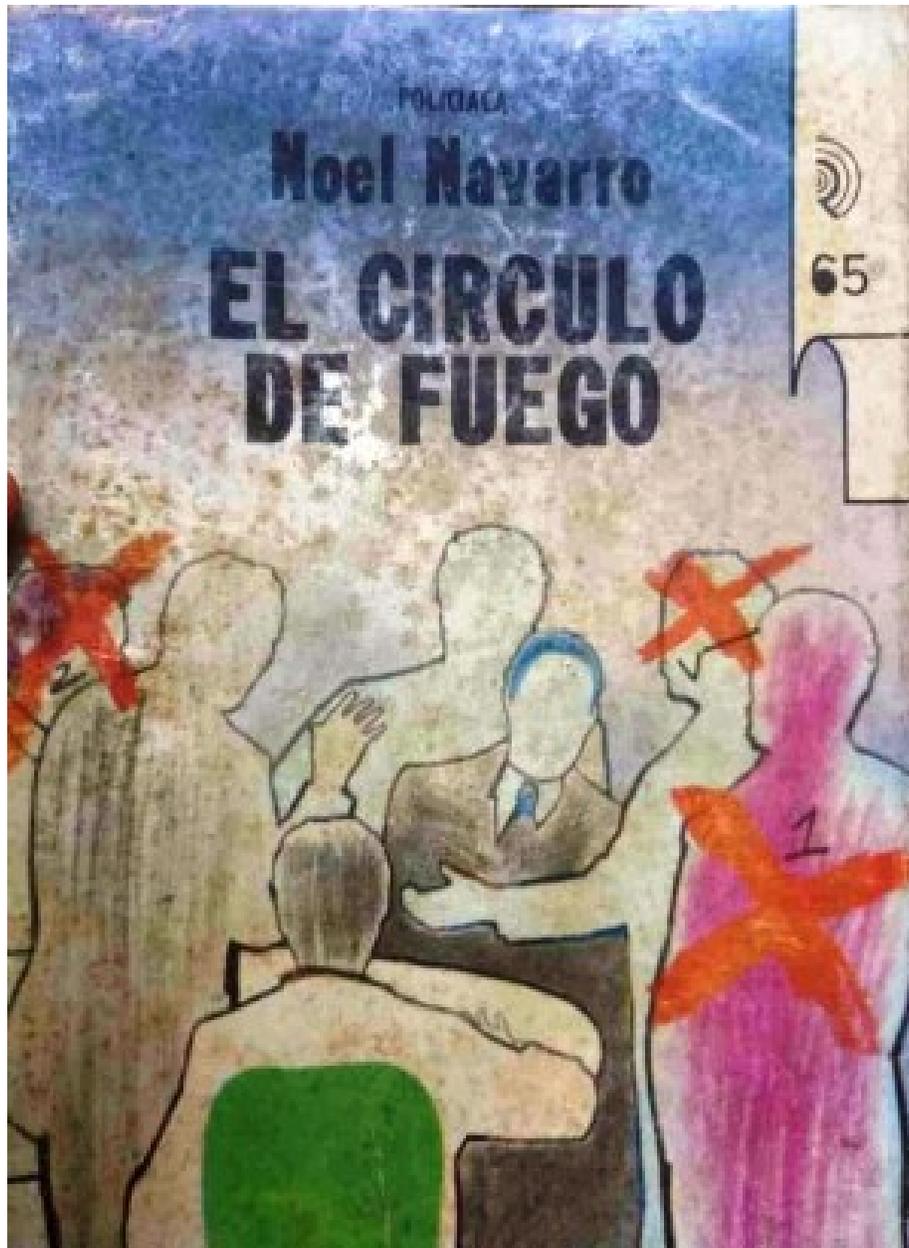
Con **No es tiempo de ceremonias**, su joven autor se incorporó al creciente número de escritores cubanos del género. Se trata de una novela en que el héroe no es aquel que, con un golpe genial, soluciona el enigma, tan frecuente en este tipo de literatura. Con fantasía legítima y buena dosis de imaginación, la trama agarra al lector por sus peripecias: los investigadores, apoyados en el pueblo —gran personaje— resuelven al fin la serie de incógnitos que conducen al culpable. Con la presente novela, su joven autor se incorporó al creciente número de escritores cubanos del género.



Preludio para un asesinato se desarrolla en La Habana, en los primeros años de la década del 60. El asesinato de Dalton Cutter —un extranjero dedicado a los negocios en nuestra capital— hace recaer sospechas sobre los miembros de dos «respetables» familias burguesas con las que mantenía estrechos vínculos. Los agentes encargados de la investigación del caso tienen ante sí un abanico de posibles culpables del crimen, dadas las características personales de Cutter, quien, aparte de sus múltiples actividades mercantiles, vivía inmerso en complicados trajes donjuanescos. El autor a través de un

acertado empleo del suspense, logra una novela que contará con la favorable acogida de los lectores.

***TÍTULO POR
DIGITALIZAR***



En la capital de un país subdesarrollado se celebra una conferencia internacional en la que se debaten problemas candentes de la actualidad mundial. Un grupo de diez hombres decide tomar de rehenes a varias de las personalidades asistentes, para exigir, en cambio, una fortísima suma de dinero. Cuando parece que todo marcha bien, irrumpe, dentro y fuera del marco del secuestro, una mano asesina que pone en jaque a las autoridades locales y concentra en aquella ciudad la atención mundial. En medio de esa atmósfera de

violencia aparece el detective Nefalí Carrasco, activo y minucioso, para darle, al fin, solución a la tragedia que allí se desarrolla.